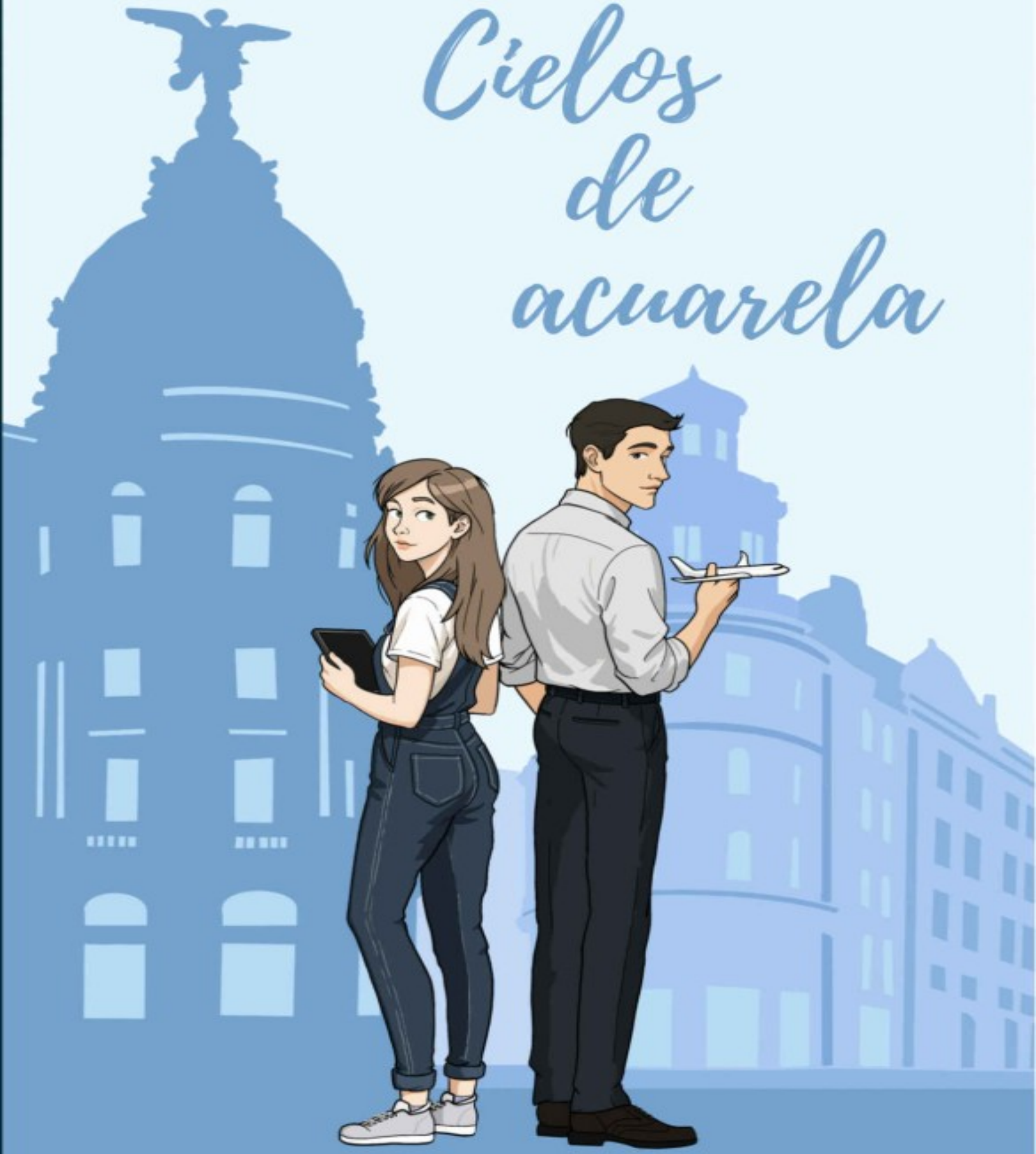
Cielos de acuarela



María Lauve

Cielos de acuarela

Cielos de acuarela

Maria Lauve

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio. La infracción de los derechos puede ser delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título original: Cielos de acuarela
Autor/a: María Lauve

© Portada e ilustraciones: María Lauve
© Corrección y maquetación: Noelia A. Bielsa

ISBN-13: 978-84-09-73671-3
Número de registro: 2506041987259
Depósito Legal: M-13894-2025

Canales de venta y distribución: Amazon y/o María Lauve

Todos los derechos reservados.

Biografía

María Lauve (diciembre 1997) vive entre montañas en la Sierra de Guadarrama (Madrid), donde ha comenzado a escribir, sueña y comparte su amor por las historias que emocionan. Apasionada del romance en todas sus formas, combina su mirada ilustradora con una narrativa cercana, honesta y llena de matices.

Cielos de acuarela es su primera novela; un debut que celebra los vínculos reales, los silencios que lo dicen todo y los detalles que convierten una historia en algo inolvidable.

"Escribir esta historia ha sido una experiencia transformadora: un proceso lleno de dudas, ilusión y descubrimiento. Verla tomar forma ha sido como aprender a mirar(me) con otros ojos, y ahora solo deseo que también pueda tocar el corazón de quien la lea".vive entre montañas en la Sierra de Guadarrama (Madrid), donde ha comenzado a escribir, sueña y comparte su amor por las historias que emocionan. Apasionada del romance en todas sus formas, combina su mirada ilustradora con una narrativa cercana, honesta y llena de matices.

Nota de la autora

Esta historia transcurre en el año 2021, aunque algunos establecimientos o ubicaciones reales mencionados en ella podrían haber abierto más tarde en la vida real.
Asimismo, he realizado ciertas adaptaciones en el ámbito laboral de los personajes con el fin de favorecer el desarrollo narrativo y mantener el ritmo de la historia.

Gracias por entender que, a veces, la ficción necesita pequeños ajustes para que las emociones encuentren su lugar.

Prólogo

Mar

Nunca me había considerado, exactamente, una experta en relaciones fallidas, pero los últimos seis meses casi me hacían merecedora de un diploma. Supongo que descubrir a tu pareja besándose con otra en el almacén de su tienda, a plena luz del día, justo después de haber corrido para llegar a verle tras una reunión, podría catalogarse como un momento clave en la vida de cualquiera.

Lo miré. Me miró. Ni siquiera se apartó. Y yo... solo pude decirle que se fuera a la mierda antes de girarme, con las piernas temblando y el alma hecha trizas. Me dolió, claro que me dolió, pero no por él. Por mí. Porque había vuelto a creer. Había bajado la guardia y pensé, aunque fuera por un segundo, que esta vez podría funcionar.

Desde entonces, me prometí que estaría mejor sola. Y, en cierto modo, lo estaba. Más o menos. Tenía trabajo suficiente como para no pensar demasiado: ilustraciones, reuniones con editoriales, encargos personalizados. Y ahora, además, la oportunidad que había estado esperando durante años: mi primera exposición en solitario. Veinte ilustraciones en tres meses. Un reto. Un salto. Una posibilidad real de que mi nombre empezara a sonar más allá del círculo de siempre. Esa parte de mi vida funcionaba. Y se sentía bien.

Pero la soledad no pregunta. Simplemente aparece. A veces, en mitad de la noche, cuando el silencio se hace tan denso que parece que va a aplastarte. A veces, en medio de una canción demasiado romántica en el supermercado. Otras, en un desayuno sin nadie al otro lado de la mesa. Y aunque había llenado cada hueco del calendario con trabajo, el vacío seguía ahí, paciente.

Tenía a Mia, mi compañera de piso y mi mejor amiga. La persona que se había convertido en mi familia en esta versión adulta —y a

veces demasiado ruidosa— de la vida. Ella estaba para las charlas hasta tarde, para las películas de domingo, para preguntarme cómo estaba y no conformarse con un "bien" por respuesta. Y, a pesar de todo, incluso con ella cerca, a veces me sentía sola. Porque, con el tiempo, había perdido otras amistades. Por la distancia. Por los cambios. Por esas cosas que no sabes cómo ni cuándo se rompieron, pero que ya no están.

Esa tarde, Mia había salido a ver a unos amigos. Cuando volvió, me encontró en el salón, acurrucada en el sofá con una manta y una manzanilla, como si me hubiera mimetizado con la calma forzada de la casa.

—¿Y? ¿Cómo fue la tarde? —pregunté mientras se sentaba a mi lado.

Mia se dejó caer junto a mí en el sofá con un suspiro largo, soltando las llaves y el bolso a un lado sin demasiada elegancia. Se estiró como un gato perezoso antes de girar la cabeza hacia mí.

—Intensa. Divertida. Todo a la vez —dijo, soltando una risa cansada—. Y no, no pasó nada con Luis, por si lo estabas pensando.

Sonreí de lado, sin necesidad de abrir la boca. Me conocía demasiado bien.

Ella me lanzó una mirada afilada, casi divertida, pero luego frunció un poco el ceño.

—¿Y tú? Te noto más apagada de lo normal —añadió, dándome un leve codazo en el brazo.

Asentí despacio, sin apartar la vista del suelo. Las palabras me pesaban en la garganta, como si tuviera que empujarlas una a una para sacarlas.

—Mia… creo que necesito un cambio de aires —empecé, con la voz más baja de lo normal—. No confío en que pueda gustar de verdad a alguien. No después de lo de Ángel. Me hizo sentir tan... poca cosa.

Ella no respondió enseguida. Solo se quedó en silencio unos segundos, observándome con atención. Después, me cogió la mano con suavidad, entrelazando los dedos con los míos.

—Mar... —dijo, en tono más serio, más blando—. Eso no es verdad. Tú no eres poca cosa. Nunca lo fuiste.

No quise mirarla. Me limité a apretar su mano con fuerza, como si en ese gesto pudiera sostenerme.

—¿Y qué pasa con tu exposición? —preguntó al cabo de un momento, con esa mezcla de delicadeza y determinación que solo ella sabía usar.

Respiré hondo y me pasé una mano por el pelo, echándolo hacia atrás.

—Me han dado luz verde. Tengo tres meses para crear veinte ilustraciones. Es una locura... pero es mi oportunidad.

Mia se incorporó un poco, como si la emoción le recorriera el cuerpo en un segundo.

—Eso es increíble, Mar. Estoy tan orgullosa de ti —dijo con una sonrisa radiante, mientras me rodeaba con los brazos en un abrazo fuerte, sincero, de esos que sostienen el alma.

Cerré los ojos un momento, dejándome envolver por su energía, por su cariño tan desbordante y honesto.

—Con eso no puedes estar triste —murmuró contra mi hombro—. No cuando estás haciendo algo tan tuyo.

Y, por primera vez en días, sentí que quizá tenía razón. Que tal vez no todo estaba perdido.

—No lo estoy. Solo... a veces siento que, por mucho que avance en lo profesional, en lo personal sigo estancada. Como si me faltara algo. Y me da miedo que sea algo que ya no puedo tener.

Mia me acarició el brazo.

—Pues empieza por ti. Cree en ti. Y si algún ligue se cruza en el camino, disfrútalo. Pero que no te haga olvidar quién eres.

Asentí. Tal vez no sabía qué quería exactamente. Pero sí sabía que necesitaba volver a creer en algo. Aunque fuera en mí. Aunque fuera por un rato. Porque, tal vez, la vida no estuviera resuelta, pero esta vez... la página en blanco ya no me asustaba tanto.

Capítulo 1

Lucas

A veces sentía que mi vida avanzaba a una velocidad distinta a la del resto. No más rápida ni más lenta, solo… distinta. Trabajaba en un sector que nunca se detenía, donde cada decisión implicaba cálculos, precisión y mil variables. Vivía en Buenavista, un barrio tranquilo a unos quince minutos de la empresa. Lo había elegido por su cercanía al trabajo, pero también porque no pasaba mucho tiempo allí. Me gustaba esa calma. Me ayudaba a pensar.

Entre semana, mis días se repetían casi con exactitud: reuniones, cálculos, informes, alguna videollamada con el equipo de pruebas. A veces cocinaba para distraerme; otras, simplemente dejaba que el silencio me acompañara. No salía mucho. La mayoría de mis amigos vivía fuera, con trabajos igual de exigentes o incluso más, y cuando volvía al pueblo para ver a mis padres, ya casi no quedaba nadie con quien quedar. Con algunos aún mantenía contacto —sobre todo los que también habían dejado el pueblo—, pero la mayoría se había dispersado por razones que a veces entendía y otras no. Supongo que crecer también significaba eso: perder gente por el camino. Aunque tenía un buen grupo de amigos en Madrid —varios eran compañeros de trabajo o de la universidad—, nuestras vidas seguían ritmos diferentes.

Mis padres seguían viviendo en Torrelaguna. Nos veíamos a menudo: a veces se acercaban ellos a Madrid; otras, era yo quien volvía al pueblo. Siempre que lo hacía, intentaba mantener un perfil bajo. No por desprecio, ni mucho menos, sino porque me costaba enfrentarme a las versiones cambiadas de las personas que una vez conocí. Había algo triste en reencontrarte con alguien y darte cuenta de que ya no tenías nada en común. Que lo que una vez fue natural ahora solo era silencio y recuerdos difusos.

Ese fin de semana, sin embargo, había decidido quedarme allí. Mis padres estaban encantados, como siempre, y yo necesitaba aislarme un poco para avanzar con el proyecto. Estábamos trabajando con nuevos materiales para aviones comerciales: grafeno, fibra de carbono… Sonaba emocionante —y lo era—, pero también resultaba agotador. Ese proyecto podría suponerme un ascenso, una gran oportunidad. Quería estar preparado. Aunque, si era sincero conmigo mismo, a veces me preguntaba si el éxito profesional sería suficiente. Si al final del día, cuando apagaba el ordenador y el silencio me envolvía, eso era lo que realmente quería. Tal vez no.

***

El domingo por la mañana, tras horas frente al ordenador y con la cabeza a punto de estallar, me di cuenta de que necesitaba aire. Había llegado al punto en que las cifras comenzaban a perder sentido y mis pensamientos se dispersaban con facilidad. Decidí salir a correr. No por salud ni por disciplina. Solo para dejar de pensar. Me puse las zapatillas, conecté la música y eché a andar sin mucho rumbo.

Hacía tiempo que no corría por allí. Las calles del pueblo seguían iguales, aunque había detalles que se me escapaban: un cartel nuevo, una casa reformada, una panadería cerrada. La vida seguía, pero yo me sentía un extraño en mi propio barrio. No me gustaba esa sensación, aunque la aceptaba como parte del precio de haberme ido.

Tomé el camino que bordeaba el parque, uno que no solía tomar. ¿Por qué ese? Tal vez porque el resto me resultaban demasiado familiares. O tal vez porque, sin saberlo, estaba buscando algo diferente. Algo que me sacudiera del letargo. Y aunque en ese momento no lo sabía, esa decisión —ese simple giro a la izquierda en lugar de a la derecha— estaba a punto de cambiarlo todo.

Fue entonces cuando la vi. Primero, solo una figura a lo lejos. Luego, un destello de movimiento. Una coleta alta, algunos mechones sueltos, la silueta inconfundible de alguien que corría con energía. Al principio pensé que era solo una coincidencia, otra

persona aprovechando la mañana para despejarse. Pero, a medida que me acercaba, reconocí su forma de correr, la manera en que sus brazos se movían al compás de sus pasos.

El corazón se me aceleró, no solo por el esfuerzo físico, sino por la inesperada sorpresa de verla allí, en mi territorio. En un lugar que no asociaba con ella. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la había visto así, tan natural, tan despreocupada?

No planeaba decirle nada. Podría haber seguido corriendo y fingido que no la había visto. Pero no pude.

Capítulo 2

Mar

Compartir piso con Mia era, en muchos aspectos, como vivir con un huracán teñido de rubio. Vivíamos en un piso pequeño pero funcional, a las afueras del pueblo. Dos habitaciones, una cocina abierta al salón y un baño que se convertía en zona de guerra cada mañana. Las paredes estaban decoradas con ilustraciones mías y plantas que Mia insistía en mantener vivas a base de buena voluntad y regaderas olvidadas. Su cuarto era un caos adorable: ropa colgada en la silla, libros apilados sin orden y una vela encendida casi siempre. El mío era más austero, con un escritorio junto a la ventana y una cama llena de cojines que nunca terminaban de combinar.

Pero era hogar. Nuestro hogar. Y, aunque a veces me desesperaba tener que discutir por quién le había dado la última croqueta a Audrey, no lo cambiaría por nada. No pasaba un solo día sin un nuevo drama, una idea descabellada o un comentario tan directo que me hacía replantearme mi existencia. Pero la quería, y después de seis meses de soltería, también me venía bien alguien que me recordara que el mundo no se acababa solo porque mi vida amorosa estuviera más muerta que nuestras plantas. No era nuestro punto fuerte.

—Mar, en serio, ¿cuánto tiempo más vas a seguir con este celibato autoimpuesto? —me preguntó una noche, sentada en el sofá, mirándome como si fuera un experimento sociológico.

—No es autoimpuesto, es… circunstancial. —Intenté defenderme, pero su mirada escéptica me dejó claro que ni yo misma me creía.

La verdad era que salir de fiesta o tener citas en Madrid se había vuelto un suplicio desde que cerraron la carretera principal. Los atascos eran infernales y llegar al centro, un calvario. ¿Buscar algo en el pueblo? Ni hablar. Conocía a casi todos los chicos desde que

tenía uso de razón, y no estaba dispuesta a que mi madre acabara enterándose de mi vida sentimental por el carnicero. Así que sí, llevaba seis meses sin quedar con nadie. Y aunque no buscaba nada serio, un poco de diversión no me vendría mal.

Por eso había vuelto a correr, un hábito que retomaba cada vez que necesitaba despejar la mente. Pero lo que no esperaba era que esa carrera me llevara directa a un choque con el pasado. Literalmente.

Iba mirando el reloj cuando, de repente, choqué contra algo. O, mejor dicho, contra alguien.

—¡Dios! —exclamé, tambaleándome hacia atrás, con el corazón acelerado no solo por el impacto, sino por la sorpresa.

—Sigues sin mirar por dónde vas, Mar. —Esa voz grave y ligeramente divertida me golpeó más fuerte que el choque.

Mis manos temblaron ligeramente y, al levantar la vista, la respiración se me quedó atrapada en la garganta. Lucas. Reconocería esa voz en cualquier parte. Grave, con un toque de ironía que se colaba en cada palabra. Parpadeé, aún en shock. Lucas estaba frente a mí, con el pelo corto y un poco revuelto, los ojos marrón oscuro clavados en los míos con intensidad, y una camiseta que dejaba claro que el tiempo lo había tratado indecentemente bien.

—Joder… —mascullé, llevándome la mano al brazo, más para distraerme que por el golpe. Sentía cómo la sangre me subía a las mejillas y el temblor en las manos se intensificaba.

—Vaya, eso sí que es un recibimiento —comentó, esbozando una sonrisa que me dejó sin palabras.

Intenté devolvérsela, pero lo único que conseguí fue una especie de mueca nerviosa. Me di cuenta de que estaba respirando rápido, no solo por el ejercicio, sino porque él me miraba con esa intensidad que siempre me había desarmado.

—Lucas… —dije finalmente, con una voz más débil de lo que hubiera querido—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a pasar el finde con mis padres. ¿Y tú?

—¿Yo? Bueno… vivo aquí. Ya sabes, donde siempre.

—Cierto. —Sonrió, y por algún motivo eso me puso aún más nerviosa—. Te veo bien, Mar.

¿Me veía bien? En ese momento llevaba un moño desastroso, la cara roja por el ejercicio y ropa que no favorecía en absoluto. ¿Pero él? Él parecía sacado de un maldito anuncio de deporte.

—Tú también —solté, antes de poder detenerme.

Él sonrió, y su sonrisa… Ay, su maldita sonrisa. Me hizo recordar muchas cosas. Demasiadas.

—¿Sigues con tus padres o ya te has mudado con tu chico? —preguntó, con un tono entre curioso y divertido.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo el calor volvía a subirme a las mejillas.

—No hay chico, pero estoy compartiendo piso con Mia —respondí, apartando un mechón de mi pelo largo y castaño, que ya se había soltado del moño deshecho que me había hecho para correr.

Lucas arqueó una ceja con algo que juraría que era satisfacción. Aún sentía su mirada sobre mí, intensa, como si analizara cada pequeño detalle. ¿Me vería diferente después de todo este tiempo? Mi piel seguía siendo blanca, con esas pecas que, en verano, se multiplicaban por todo el rostro. Mis ojos verdes siempre habían llamado la atención, pero en ese momento lo único que reflejaban era sorpresa.

—¿Y tú, sigues en Madrid?

—Sí, vivo en las afueras. Más cerca del trabajo —se encogió de hombros—. No está mal.

—Oh… cierto, tú eras ingeniero aeronáutico —murmuré, más para mí que para él.

—¿Lo recuerdas? —sonrió de lado.

Como para olvidarlo. Siempre me pareció jodidamente brillante. Tan inteligente, tan seguro de sí mismo. Demasiado para mí.

Hubo un silencio incómodo. Mi cabeza iba a mil por hora. Hace años, jamás pensé que entre nosotros pudiera haber algo más que sexo. Él siempre me había parecido inalcanzable. Demasiado inteligente, demasiado exitoso, demasiado… perfecto. Yo era solo Mar, la chica que hacía ilustraciones y que, por alguna razón, había terminado en su cama más veces de las que quería admitir.

Lucas carraspeó, rompiendo la burbuja de mis pensamientos.

—Tengo que seguir corriendo, pero… —Hizo una pausa, con una expresión calculadora—. Te escribiré para ponernos más al día.

¿Me escribiría? ¿Aún tenía mi número? ¿O me buscaría en Instagram? ¿Lo decía en serio o era solo una despedida educada? Mi cerebro entró en colapso y, como respuesta, solo pude asentir torpemente.

—Claro, cuando quieras —dije con una voz que no sonaba ni la mitad de natural de lo que hubiera querido.

Él sonrió otra vez, con esa maldita sonrisa que me desarmaba, y se alejó corriendo.

Yo me quedé ahí, viendo su espalda desaparecer en la distancia, preguntándome si de verdad recibiría su mensaje o si, como tantas otras veces, todo quedaría en un simple recuerdo de lo que pudo haber sido. Suspiré y miré el cielo. Empezaba a oscurecer.

Sacudí la cabeza, tratando de borrar el cosquilleo que aún sentía en la piel, y retomé el camino de vuelta a casa. Mejor no darle más vueltas. Aunque, por alguna razón, tenía la sensación de que esta no sería la última vez que me cruzaría con Lucas.

Capítulo 3

Mar

A pesar de lo que había pensado en un principio, Lucas sí me escribió.

El mensaje llegó la noche siguiente, cuando yo estaba en el sofá, en pijama y con la tablet sobre las piernas, intentando adelantar trabajo.

Lucas: *Espero que esta vez no te hayas chocado con ningún otro incauto.*

Sonreí al leerlo. Claro, directo, con ese toque burlón que siempre había tenido.

Mar: *He logrado sobrevivir sin más accidentes, gracias por la preocupación.*

Vi los tres puntitos aparecer y desaparecer varias veces. Por alguna razón, eso me puso nerviosa.

Lucas: *Me alegro. No me gustaría que te pasara algo antes de que me cuentes qué tal la vida.*

Vale. Esto no era un simple mensaje de cortesía. Quería hablar. Me acomodé mejor en el sofá, sintiendo una punzada de emoción absurda, y decidí seguirle el juego sin parecer demasiado entusiasta.

Mar: *Nada demasiado emocionante. Sigo en el pueblo, sobreviviendo al tráfico infernal para llegar a Madrid cuando me toca ir a la oficina, aunque la mayoría de días teletrabajo. Y con más trabajo del que debería haber aceptado.*

Lucas: *Vaya, suena divertido.*

Mar: *Divertidísimo.*

Lucas: *¿Sigues con lo de las ilustraciones?*

Me sorprendió que lo recordara. No es que nunca hubiésemos hablado de nuestras vidas fuera de la cama, pero la mayoría de

nuestras conversaciones se daban entre sábanas revueltas y respiraciones entrecortadas.

Mar: *Sí. Ilustraciones y portadas de libros, sobre todo. Tengo que preparar una exposición en tres meses y aún no tengo nada listo. Pero bueno, la presión es mi motivación… o eso me gusta decirme para no entrar en pánico.*

Lucas: *Siempre decías que trabajabas mejor al límite. Parece que nada ha cambiado.*

Me mordí el labio. Tenía razón. Y no sabía por qué me afectaba tanto que aún me recordara así.

Mar: *¿Y tú? ¿Sigues en lo de los cohetes?*

Lucas: *Aviones. Pero sí, sigo en lo mismo. Tengo unos días libres antes de un viaje de trabajo. Cierro un proyecto importante en unas semanas.*

Mar: *Míralo, salvando el mundo con su inteligencia.*

Lucas: *No salvo el mundo, pero hago cosas interesantes. Aunque dudo que sean más divertidas que dibujar portadas de libros.*

Rodé los ojos, aunque estaba sonriendo.

Mar: *Depende de cómo lo veas. Si te gustan las crisis existenciales y la falta de inspiración, entonces sí, mi trabajo es divertidísimo.*

Lucas: *Podría ayudarte a buscar inspiración, si quieres.*

Me quedé mirando el mensaje más tiempo del necesario. No había ningún emoji, ninguna pista de si lo decía en broma o si había una insinuación oculta ahí.

Mar: *¿Ah, sí? ¿Y cómo harías eso, genio aeronáutico?*

Tardó un poco en responder.

Lucas: *Podemos hablar de eso en persona.*

Mi estómago hizo un giro absurdo. Esto sí que no me lo esperaba; parecía más tímido cuando lo conocí. Pero, en lugar de responder inmediatamente, bloqueé el móvil y lo dejé sobre el sofá. No quería parecer desesperada. Además, tenía que pensar si realmente quería abrir esa puerta otra vez. Aunque, para ser sincera, una parte de mí ya conocía la respuesta.

Continuamos hablando durante todos esos días. Nada demasiado intenso al principio: comentarios sarcásticos, algún que otro

recuerdo compartido, preguntas lo suficientemente casuales como para no parecer que estábamos entrando en terreno peligroso. Pero había algo ahí. Algo que flotaba entre las palabras, en las pausas, en la forma en que alargábamos la conversación con excusas tontas.

La atracción siempre había estado presente. Nunca fue un problema porque nos limitábamos a lo físico, sin mezclar sentimientos, sin complicaciones. Era cómodo. Seguro. Sin expectativas. Pero ahora… ahora había matices que antes no estaban. Una palabra más amable. Un silencio que parecía esconder algo. Un *buenas noches* que se tardaba más de la cuenta en llegar.

Capítulo 4

Lucas

Me costaba creer lo rápido que todo había cambiado. Habían pasado años sin verla y, de repente, ahí estaba Mar, apareciendo en mi vida como si el tiempo no hubiera pasado. Como si los recuerdos de adolescencia, las miradas furtivas y las conversaciones a medias nunca se hubieran desvanecido.

No tenía ni idea de por qué había tomado ese camino justo ese día. No formaba parte de mi recorrido habitual, y hacía meses que no corría por el pueblo. Pero el destino, el azar o lo que fuera quiso que girara a la izquierda en lugar de a la derecha, y ahí estaba ella: coleta alta, algunos mechones sueltos, mejillas rojas, una camiseta cualquiera... y, aun así, guapísima. No de esa belleza que te golpea de inmediato, sino de la que se queda. De la que te hace girarte para mirarla dos veces. De la que te persigue incluso cuando ya has doblado la esquina.

No planeaba decirle nada. Podría haber seguido corriendo, fingido que no la había visto. Pero no pude. Porque cuando se trata de Mar, hago cosas que normalmente no haría. Como frenar mis pasos, saludar, bromear... quedarme con las ganas de seguir hablando cuando se fue. Y lo peor —o quizá lo mejor— es que seguimos hablando.

Día tras día. Mensajes que empezaban con alguna tontería y terminaban con una sonrisa que no podía ocultar. Yo, sonriendo al móvil como un idiota. Y sí, notaba el tonteo. Que no digan que los tíos no pillamos indirectas. Había algo en cómo escribía, en los silencios que dejaba, en cómo siempre respondía a todo con esa mezcla de sarcasmo y dulzura tan suya, tan reconocible.

Y entonces se me ocurrió la idea. Una locura, probablemente. La llamaría. No, mejor aún: la invitaría a pasar el fin de semana

conmigo en mi casa. Sabía que era arriesgado. Que era mucho para un solo paso. Pero sentía que, si no lo hacía ahora, me arrepentiría. Y como con todo lo que me da pánico, lo primero que hice fue llamar a Jorge.

Me contestó al tercer tono.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó con la voz medio amortiguada, como si hubiera estado masticando algo. Probablemente lo estaba.

—Nada, que quería preguntarte una cosa.

Silencio al otro lado. Eso ya era raro. Jorge y yo solíamos hablar de todo, pero nunca de esto.

—¿Me vas a pedir consejos sobre mujeres? —se burló al final, soltando una risa corta.

—No es eso. Bueno, sí, un poco. —Me pasé la mano por el pelo, nervioso—. Es que me encontré con Mar.

—¿Mar? ¿Con la que…? —repitió, como si no pudiera creerlo, y le corté.

—Sí, ella. Nos encontramos corriendo el otro día, en el pueblo.

—¿Y qué tal? ¿Os saludasteis y ya? —preguntó un tono de curiosidad evidente.

—No. Hemos estado hablando. Tonteando, más bien.

Jorge soltó un bufido, como si intentara no atragantarse con lo que fuera que estaba comiendo.

—¿Y qué pasa? ¿Te ha entrado el gusanillo?

—No es solo eso. —Me apoyé en el borde de la encimera, mirando sin ver los restos de la cena de la noche anterior—. Es que… me apetece verla. De verdad. No solo un rato. Quiero pasar tiempo con ella.

Hubo otro silencio. Esta vez más largo. Podía imaginármelo al otro lado, intentando decidir si tomarse esto en serio o seguir con las bromas.

—¿Y qué? ¿La vas a invitar a cenar o qué? —dijo al final, divertido, claramente esperando más detalles.

—Pensaba algo más grande —respondí con una sonrisa suave.

—¿Más grande? —repitió, con un matiz de sorpresa en su voz.

—Sí. Se me ha ocurrido invitarla a pasar el finde en mi casa —dije, dejando entrever un toque de nerviosismo.

Jorge soltó una carcajada, no tanto de burla como de sorpresa.

—Joder, tío. Tú no haces esas cosas.

—Lo sé —solté una leve carcajada, consciente de lo inusual que sonaba.

—¿Y quieres hacerlo porque…? —dejó la frase en el aire, con más curiosidad que antes.

Me quedé en silencio un segundo, buscando las palabras. No quería sonar como un idiota enamorado, pero tampoco minimizar lo que sentía. Que tampoco sabía exactamente qué era, porque con Mar nunca había pasado más, pero siempre había sentido que podría haber ocurrido.

—Porque... siento que día no basta. Es como si... no sé cómo explicarlo. —Me pasé la mano por la nuca, incómodo—. Es como si necesitara más tiempo para entender qué está pasando aquí. Para ver si esto tiene sentido.

—¿Sentido? —repitió, como si la palabra le resultara extraña saliendo de mi boca—. ¿Te estás escuchando, tío? Estás hablando como si estuvieras en una maldita película romántica.

Me reí, porque sabía que tenía razón. Pero no me importaba.

—Ya, pero es que... no sé, Jorge. Me gusta cómo me siento cuando hablo con ella. Me hace reír. Me desconcierta. Y, al mismo tiempo, me tranquiliza. No sé cómo explicarlo.

Jorge soltó un suspiro, y pude imaginármelo rascándose la barba, pensativo.

—Mira, Lucas. Si quieres hacerlo, hazlo. No le des más vueltas. Invítala. Sé tú mismo. Lo peor que puede pasar es que te diga que no. Y lo mejor... —Hizo una pausa, como si se estuviera esforzando por encontrar las palabras adecuadas—. Lo mejor es que tal vez descubras que eso que te hace sentir como un gilipollas es algo que merece la pena explorar.

Me quedé callado unos segundos, procesando sus palabras.

—Gracias, tío.

—No me las des aún. Ya me contarás cómo te va. Pero, por favor, si os liáis encima de la encimera, ¡poned un mantel o algo!

Colgué con una media sonrisa. Sabía que Jorge se estaba esforzando por no tomarse la conversación a la ligera, y eso

significaba mucho más de lo que él mismo se daba cuenta. Porque si había alguien que me conocía bien, era él. Y si él pensaba que esto podía valer la pena, entonces tal vez... tal vez yo también debía empezar a creérmelo.

Capítulo 5

Mar

Lucas: *Tengo una semana libre. No voy a salir de la ciudad.*

Leí el mensaje mientras tomaba un colacao (no era muy de café), apoyada en la encimera de la cocina. Mia revoloteaba por detrás, buscando algo para desayunar, hablando sola como hacía cada mañana, mientras yo intentaba digerir lo que acababa de leer.

Mar: *¿Y qué vas a hacer con tanto tiempo libre?*

Lucas: *Depende.*

Mar: *¿De qué?*

Lucas: *De si vienes a pasar el finde conmigo.*

El colacao casi se me va por la nariz.

—¿Estás bien? —preguntó Mia, frunciendo el ceño mientras sacaba un bol del armario. Me miraba como si me hubiera atragantado con una mala noticia, cuando en realidad... no estaba segura de qué tipo de noticia era esta.

—Lucas me acaba de invitar a su casa este fin de semana —solté con voz ahogada.

Mia se quedó en pausa, la caja de cereales detenida en el aire, como si acabara de oír que había decidido mudarme a Canadá. Me miró. Parpadeó. Luego, muy lentamente, dejó los cereales sobre la encimera.

—¿Qué? ¿Y qué le has dicho? —preguntó con una mezcla de asombro y expectativa, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—Nada aún…

Cruzó los brazos, ladeando la cabeza con esa mezcla entre reproche y fascinación que solo ella sabía manejar.

—¿Y qué piensas decirle? —insistió con voz suave, pero llena de curiosidad, intentando descifrar mis propios sentimientos con su

mirada.

Me encogí de hombros, aunque sabía que ella no se conformaría con eso. Suspire, dejando el móvil sobre la encimera con más fuerza de la necesaria.

—No lo sé. Esto es distinto a lo de antes, Mia. No es solo sexo. Pasar un fin de semana juntos significa hablar, compartir espacio, despertarme a su lado... es entrar en su mundo. Y dejar que él entre en el mío.

Ella no respondió al instante. Audrey, su teckel, levantó la cabeza desde su rincón junto a la alfombra, bostezó y volvió a acurrucarse como un croissant. A veces sentía que ese perro tenía una comprensión emocional más elevada que muchos humanos.

—¿Y cuál es el problema con eso? —dijo finalmente Mia, con voz suave—. Te vendría bien cambiar de aires. Estás encerrada en esta rutina que tú misma te has construido como un escudo. Además, no me vas a engañar: te apetece ir.

—Claro que me apetece. Pero... también me aterra. ¿Y si me equivoco? ¿Y si esto me remueve más de lo que puedo manejar ahora? Estoy bien como estoy. No necesito complicaciones.

—¿Y si no es una complicación? —se acercó más, apoyando las manos en la mesa, como si quisiera asegurarse de que no podía escaparme de sus ojos—. ¿Y si es justo lo que necesitas? Un fin de semana contigo misma, con lo que sientes, con lo que no te has permitido pensar en meses. ¿Y si dejarte sentir no es debilidad, sino el principio de volver a confiar?

Me quedé callada. Las palabras flotaban, demasiado ciertas, demasiado certeras.

Lucas: *Sin presión. Solo un finde. Sin planes fijos. Puedo llevarte a cenar. Cocinarte algo. No tengo expectativas, Mar.*

Volví a mirar la pantalla.

La seguridad de su tono. La forma en que no exigía nada. Solo ofrecía. Solo estaba… ahí.

—¿Y si las cosas se complican? —murmuré.

—¿Y si no? —repitió Mia, con una sonrisa cómplice que me rompió un poco.

No respondí. No necesitaba hacerlo. Porque en el fondo ya sabía la respuesta.

***

Desde que recibí el mensaje de Lucas invitándome a pasar el fin de semana con él, no dejé de pensar en ello. No respondí de inmediato. En realidad, aún no le había respondido. La conversación con Mia fue clarificadora, sí, pero no resolvió del todo el caos que tenía dentro. Porque, seamos honestos, esto no era tan simple como coger una mochila y decir: "sí, allá voy".

Estaba perdida. Sin saber qué hacer. Por un lado, me parecía una decisión muy precipitada. ¿Un fin de semana juntos? ¿Así, de la nada? Es decir, no nos habíamos visto en años, y cuando nos conocimos… bueno, no hubo precisamente cenas románticas ni charlas profundas. Solo química. Física. Lo nuestro nunca fue más allá de eso. Y de repente, Lucas quería pasar un fin de semana conmigo. ¿Qué significaba eso? ¿Qué esperaba de mí?

Pero, por otro lado… estaba esa parte de mí que no podía callar. La que decía que tal vez eso fuera justo lo que necesitaba. Una especie de sacudida emocional. Una aventura fuera de la rutina. Algo que me recordara que todavía podía ilusionarme, aunque fuera con algo temporal. Con alguien con quien, por lo menos, tenía historia. Conocí a Lucas en el instituto, era guapísimo, pero jamás pensé que se fijaría en mi, aunque fuese solo para acostarnos. Y sucedió. Nunca pasó nada más, ni se me pasó por la cabeza.

Claro que el miedo también estaba ahí. Miedo a que no tuviéramos nada que decirnos fuera de la cama. A que el encanto se rompiera al compartir el desayuno. A que él viera en mí a una versión antigua que ya no existía. Porque yo había cambiado. Me había roto. Me había reconstruido a base de esfuerzo, trabajo, lágrimas a escondidas y una larga lista de reproducción con música de todo tipo.

Y, lo más importante: tenía una exposición que preparar. Veinte ilustraciones en tres meses. No era una tarea pequeña. Era, literalmente, la oportunidad que había estado esperando durante

años. ¿Y si irme con Lucas hacía que me desconectara justo cuando necesitaba estar más enfocada?

Pero… ¿y si no lo hacía? ¿Y si dejaba pasar esto y luego me arrepentía?

Esas preguntas me mantenían despierta más de lo que quisiera admitir. Mia decía que necesitaba cambiar de aires. Que eso podría ser sano para mí. Que Lucas no era una amenaza. Pero no era él. Era yo. Era la duda constante, el miedo a volver a sentir, la inseguridad de no saber si podía gustar de verdad. Si alguien podía verme entera y quedarse.

Tal vez por eso estaba tan asustada. Porque, por mucho que dijera que quería algo casual… parte de mí sabía que, si volvía a abrir esa puerta, ya no habría vuelta atrás.

Y esa idea… me aterraba y me atraía a partes iguales.

Volví a mirar el mensaje. No estaba segura de que fuera la mejor decisión que había tomado, pero… había tomado peores.

Mar: *Está bien. Pero necesito trabajar unas horas, o al menos intentarlo…*

Los tres puntos de su respuesta aparecieron al instante.

Lucas: *Te prometo que no te distraeré demasiado.*

Sonreí y dejé el móvil sobre la mesa, sintiendo una mezcla de nervios y emoción.

Fuera lo que fuera esto, ya no había vuelta atrás.

Capítulo 6

Lucas

No sé en qué momento pensé que esto era una buena idea.

Estoy en el salón, sentado en el borde del sofá con el móvil en la mano, mirando la pantalla como si fuera a darme una respuesta mágica. Mar llega dentro de nada y yo sigo sin tener claro cómo narices se me ocurrió invitarla a pasar el fin de semana conmigo. ¿En qué estaba pensando? ¿En serio creí que iba a ser tan fácil como mandarle un mensaje y *voilà*, fin de semana juntos?

Mar y yo nos acostamos hace años. Así empezó todo. Mucha química, mucha piel… pero nada más. Nunca fuimos amigos, nunca hablamos demasiado. Éramos... lo que éramos. Y han pasado más de dos años sin vernos. En ese tiempo, estoy seguro de que los dos hemos cambiado. Pero por algún motivo, le escribí. Y cuando la conversación fluyó, me lancé. No lo pensé demasiado. Solo lo hice. La invité. Y ella aceptó.

Necesitaba hablar con alguien antes de que me diera un ataque. Así que busqué a Jorge en el registro de llamadas y marqué su número.

—Tío, dime que no te has rajado —contestó sin más, en cuanto descolgó.

—No, no me he rajado —resoplé, pasándome una mano por el pelo—. Pero tampoco sé cómo cojones me atreví a proponerle esto.

—¿"Esto" siendo un fin de semana con una chica con la que ya te has acostado? Uf, suena aterrador —se rió, burlón.

—No me jodas. No es eso. Es que no hablamos desde hace años, Jorge. Literalmente años. Y en su día... bueno, lo nuestro fue pura atracción. Físico. Ni una charla profunda. Ni una pizza compartida. Y ahora va a venir a mi casa. A pasar dos días conmigo. ¿Y si no tenemos nada que decirnos?

—Bah, eso es solo el síndrome del impostor afectivo. Aparte, ¿cómo conociste a esta Mar? Nunca me habías hablado de ella.

—Somos del mismo pueblo, Torrelaguna. Ella es un par de años menor, pero coincidíamos en el instituto y en las fiestas. Teníamos amigos en común. Recuerdo una verbena en concreto. Había bebido un poco, lo justo para hacerme valiente. La vi bailando, me acerqué... y conectamos. Esa misma noche acabamos liándonos. Y así, durante una temporada. Nunca fue nada serio, pero... siempre me pareció guapísima.

—A ver si entiendo. ¿Tú, el chico tímido al que le cuesta invitar a una chica a tomar un café, te lanzaste a hablarle en una fiesta?

—El alcohol ayudó —admití con una sonrisa—. Pero también es ella. Con Mar… siempre me ha salido hacer cosas que normalmente no haría. Como ahora. Como invitarla a pasar el finde sin saber ni en qué plan viene.

—Estás fatal. Pero adorable, eso sí. ¿Tienes algo preparado o vas a improvisar sobre la marcha?

—Voy a llevarla a cenar esta noche. Hay un italiano cerca de casa que está bastante bien. Tranquilo, acogedor, buena comida. Y como sé que necesita trabajar durante el finde, he ordenado el escritorio del salón. Tiene buena luz, está cerca de la estantería, y le he dejado un par de cables por si necesita cargar cosas. Incluso he puesto una planta pequeña.

—¡Una planta! Tío, menos mal que no te gusta, ¿eh? Porque estás a dos velas de pedirle que se quede a vivir contigo —dijo con un tono claramente sarcástico.

—Cállate, capullo —me reí, aunque sabía que tenía parte de razón —. Solo quiero que se sienta cómoda. Ya está.

—Vale, vale. Pero si ves que la cosa fluye y os lo estáis pasando bien, mándame un mensaje. Planeamos algo guay para el sábado, una salida o lo que sea.

—Hecho. Te cuento cómo va. Gracias, tío.

Colgué y me quedé un momento en silencio, mirando la casa. Todo estaba en orden. El salón recogido, el escritorio listo, incluso la cocina olía a limpio. Caminé un poco, nervioso, repasando con la

mirada cada rincón. El reloj decía que ya no faltaba mucho para que llegara.

Mi corazón latía más rápido de lo normal. No quería admitirlo, pero estaba nervioso. Habían pasado años. Los dos habríamos cambiado. Y, aun así, esperaba que ella siguiera teniendo esa forma de mirar el mundo como si pudiera dibujarlo todo con una sola línea.

Debía tranquilizarme. Nos conocíamos. Esto era solo lo que era: un fin de semana. Nada más. No tenía que pasar nada raro.

Pero había una parte de mí, una estúpida parte, que deseaba que esta vez… fuera diferente.

Capítulo 7

Mar metió lo esencial en una pequeña maleta: ropa cómoda, un par de mudas, algo más arreglado por si acaso. Luego, con mucho más cuidado, preparó su mochila. Un cuaderno, su tablet, el estuche, algunos cables y todo lo que pudiera necesitar para trabajar durante el fin de semana. Porque sí, iba a pasar tiempo con Lucas, pero no podía olvidar que debía empezar a preparar la exposición. Sin embargo, otros pensamientos le rondaban la cabeza. Aquello era una escapada de dos días con Lucas, un hombre con el que había compartido más sábanas que palabras. Y ahora, de repente, se disponía a convivir con él fuera de una habitación a oscuras.

Arrancó el coche, intentando convencerse de que no estaba cometiendo un error. Pero la carretera secundaria —obligatoria por las obras— no ayudó en absoluto a calmar su mente. Cada semáforo en rojo, cada atasco inesperado, le daba más tiempo para pensar. ¿En qué momento había aceptado esto? ¿Desde cuándo era buena idea pasar un fin de semana entero con alguien con quien nunca había mantenido más de cinco minutos de conversación?

***

Cuando llegó al piso, Lucas ya la esperaba en la puerta. Llevaba una camiseta negra que se ajustaba demasiado bien a su cuerpo y una sonrisa que la hizo sentirse vulnerable al instante. No se habían visto en días, pero la tensión era palpable. Ni un beso en la mejilla, ni un abrazo casual. Solo una mirada prolongada antes de que él apartara la vista y le hiciera un gesto para que pasara.

Mar cruzó el umbral y se detuvo un segundo. No sabía exactamente qué esperaba, pero no era eso. El piso de Lucas era mucho más amplio y luminoso de lo que habría imaginado. La cocina, de madera oscura y encimera blanca, se abría al salón con elegancia, sin muros innecesarios. Todo estaba en su sitio, perfectamente ordenado, pero sin parecer impersonal.

Más allá, una pequeña terraza dejaba entrar la luz e iluminaba toda la estancia. Y junto a ella, una mesa de comedor de madera maciza, acompañada por sillas tapizadas en gris, aportaba un aire elegante sin ser pretencioso. Aquel espacio era… suyo. Pero de una forma tan humana, tan silenciosamente íntima, que Mar sintió que estaba viendo a Lucas de verdad por primera vez.

Y justo cuando pensaba que el nudo en el estómago era solo por los nervios, vio el escritorio, cerca de una estantería repleta de libros. Sobre la mesa, un ordenador, una libreta y espacio suficiente para trabajar. No era nada del otro mundo, pero el gesto la golpeó en un lugar que no esperaba. Lucas había pensado en ella.

—Espero que sea cómodo —comentó él, cruzándose de brazos mientras la observaba con una expresión ilegible.

Mar se mordisqueó el labio. Se suponía que esto solo era físico. Sexo sin complicaciones. Pero algo tan simple como prepararle un espacio para trabajar hacía tambalear las barreras que había puesto.

Lucas la observaba con disimulo. Sabía que el detalle la había sorprendido. Y eso, por alguna razón, le generaba una extraña sensación de satisfacción. No debía preocuparse por esas cosas. No con Mar. Pero ahí estaba, haciendo pequeños gestos que traicionaban sus intenciones iniciales.

—Pensé que te vendría bien —añadió con naturalidad, como si no supiera el efecto que podía tener ese gesto en ella.

—Gracias —respondió Mar, algo incómoda con la calidez repentina de la situación.

Después del breve recorrido por el piso, él le mostró la habitación de invitados. No era grande, pero tenía un sofá cama, algunos materiales de ejercicio apilados en una esquina y, entre las dos habitaciones, un baño espacioso, mucho más organizado de lo que esperaba. El pasillo que llevaba a la última habitación estaba decorado con varios cuadros: fotografías de distintos destinos. Lucas le explicó que eran de países a los que había viajado. Al final, su habitación.

—Si quieres darte una ducha antes de salir, adelante —ofreció Lucas, apoyándose en el marco de la puerta.

Mar asintió y entró al baño, cerrando la puerta detrás de ella. Necesitaba despejarse, calmar el revoltijo de emociones que no había previsto. Se desnudó rápido, dejando la ropa en el suelo, y justo después de meterse bajo el agua, se dio cuenta de que había olvidado la toalla. Miró a su alrededor y no vio ninguna.

—Mierda… ¿Dónde tiene este chico las toallas? —murmuró.

No había forma de salir sin que él la viera. Tomó aire y, sin pensarlo demasiado, entreabrió la puerta.

—Lucas, ¿puedes darme una toalla? Me he olvidado la mía en casa.

El silencio al otro lado fue breve, pero suficiente para que la piel se le erizara. Escuchó una maldición de Lucas por lo bajo. Estaba claro que él tampoco había tenido en cuenta ese detalle.

—Claro, estaban en la secadora, ya voy —respondió, y ella notó un leve cambio en su voz.

Cuando la puerta se abrió apenas unos centímetros, Lucas le extendió la toalla sin mirarla directamente. Mar la cogió, pero no cerró la puerta de inmediato. Lo observó con atención, sintiendo cómo el aire se volvía espeso entre ellos.

Lucas tragó saliva. Siempre había sido un poco tímido, pero cambiaba en los momentos más íntimos. Su cuerpo entero se tensó cuando Mar, con una calma estudiada, alzó la mirada y sostuvo la suya con intención. Entonces tomó aire y, sin apartar la vista de él, dijo con absoluta naturalidad:

—Puedes entrar si quieres.

No había titubeo en su voz. No era un juego ni una provocación barata. Era una invitación directa. Y Lucas lo supo. Como también supo que estaba jodidamente perdido.

El silencio que siguió fue denso, cargado de una electricidad que hacía que el aire se volviera más pesado. Los ojos de Lucas se clavaron en los suyos con una intensidad que le quemó la piel. Y entonces, sin hacer preguntas, sin necesidad de más palabras, cruzó la puerta.

Lo que pasó después no fue una sorpresa. Fue una colisión inevitable, un incendio que llevaba demasiado tiempo esperando una chispa. Sus labios se encontraron con urgencia, con la desesperación

de dos personas que ya conocían el camino y no necesitaban mapas. Las manos de Lucas exploraron su piel con la misma certeza de siempre, y Mar se dejó llevar sin reservas, sin preocuparse por lo que vendría después.

Cuando finalmente se separaron, ambos jadeaban, con los cuerpos pegados y la piel caliente. Mar se apoyó contra la pared de azulejos, mirándolo como si quisiera grabar ese momento en su memoria.

Lucas levantó una mano y le apartó un mechón húmedo del rostro. Su expresión era diferente. Menos contenida. Como si estuviera dejando caer una parte de la coraza que siempre llevaba.

—No iba a pasar nada si no me lo pedías —murmuró él.

Mar sonrió, entrelazando los dedos con los suyos.

—Por eso lo pedí.

Más tarde, mientras se vestía para salir a cenar, se sorprendió a sí misma sonriendo. No porque lo que acababan de hacer fuera nuevo, sino porque, de alguna manera, sentía que esta vez sería diferente. Porque esta vez no podrían evitar el hecho de que el fin de semana apenas comenzaba. Y lo iban a pasar juntos.

Capítulo 8

Mar

Nos vestimos de manera informal para la cena: unos vaqueros, una camiseta sencilla y una chaqueta ligera. Nada especial. Pero mientras nos dirigíamos al restaurante italiano, a pocos minutos de su casa, noté cómo mi nerviosismo se intensificaba. ¿Qué era exactamente esta cena? ¿Solo un momento para compartir algo de comida antes de volver a la misma cama? ¿O era algo más?

El lugar era acogedor, con luces tenues y un aroma a albahaca y ajo que me hacía sonreír. Me encantaba la comida italiana, así que cuando Lucas lo sugirió, no tuve objeción alguna. Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana y, cuando el camarero se marchó con nuestro pedido, nos quedamos unos segundos en silencio. No un silencio incómodo, pero sí cargado de algo que aún no sé nombrar.

—Estoy a punto de terminar un proyecto en el trabajo —dijo Lucas, rompiendo la pausa. Jugaba con el borde de su vaso de agua antes de mirarme—. Se trata de un nuevo diseño de materiales para fuselajes de aviones comerciales.

—¿Diseño de materiales? —repetí, interesada—. Suena complicado.

Lucas sonrió, con ese aire de suficiencia que a veces me sacaba de quicio y otras me resultaba… demasiado atractivo.

—Lo es, pero la idea es simple —explicaba, apoyando los antebrazos en la mesa—. La clave para hacer los aviones más eficientes no está solo en los motores, sino en aligerarlos sin comprometer su resistencia.

Asentí, aunque no dije nada. No era como si supiera demasiado sobre aeronáutica.

—Estamos utilizando fibra de carbono y grafeno para desarrollar una nueva estructura para el fuselaje y las alas. Estos materiales

pesan mucho menos que los metales tradicionales, pero son increíblemente resistentes. Si logramos reducir el peso del avión, los motores no necesitarán tanta potencia, lo que significa menos consumo de combustible y menos emisiones.

—Eso suena como algo importante —murmuré, sorprendida al notar que realmente me interesaba lo que decía.

Lucas asintió, y su entusiasmo era contagioso.

—Lo es. Si todo sale bien, los aviones podrían ser hasta un 20 % más ligeros. Además, los motores emitirían menos ruido porque, al reducir el esfuerzo que hacen, funcionan de forma más eficiente. También estamos probando unas estructuras internas que absorben vibraciones y amortiguan el sonido en cabina. Sería un cambio enorme para la industria.

—¿Y está funcionando? —pregunté, inclinándome un poco sobre la mesa sin darme cuenta.

—Estamos en la fase final de pruebas —respondió con un destello de emoción en los ojos—. La semana que viene tengo que viajar a Barcelona para realizar los últimos tests estructurales y asistir a varias reuniones antes de cerrar el proyecto. Si todo va bien, podríamos presentar los resultados en unos meses y comenzar la certificación.

—Wow. Suena… grande.

Lucas se encogió de hombros, pero pude ver el orgullo en su rostro.

—¿Y tú? ¿Cómo vas con tu exposición? —preguntó, desviando la atención hacia mí.

Solté un suspiro antes de contestar.

—Mal. Tengo que presentar veinte obras y ahora mismo tengo cero ideas. Me han dado libertad total, pero creo que eso lo hace peor. Si al menos me hubieran dado un tema o algo… Pero así, me siento completamente bloqueada.

Lucas asintió, como si entendiera exactamente lo que quería decir.

—A veces tener demasiadas opciones es peor que tener restricciones —dijo—. ¿Y si piensas en un hilo conductor? Algo que conecte todas las piezas.

—Es lo que intento, pero todo me parece vacío. Siento que si no encuentro algo que realmente me mueva o que valga la pena, no podré avanzar.

Me incliné un poco hacia adelante, los dedos jugueteando con el borde de mi vaso, buscando las palabras adecuadas. Las ideas se enredaban en mi mente, como si intentaran escaparse antes de que pudiera atraparlas.

—Es normal sentirse así —murmuró, levantando la vista para encontrarse con mis ojos. Quería que entendiera lo que decía, que sus palabras no se quedaran cortas—. A veces es solo cuestión de dejar que las ideas vengan solas. No te apresures, Mar. —Hizo una pausa, y sentí cómo el calor comenzaba a subir por mi cuello. Esas palabras decían más de lo que pretendían—. Lo que hagas, que salga de ti. Eso es lo que hará que sea especial.

Lo observé unos segundos. Él me miraba como si intentara leer cada pequeño cambio en mi expresión. Sentí cómo mi corazón se aceleraba ligeramente y, antes de delatarme del todo, bajé la mirada a mis manos, que ahora jugueteaban nerviosas con la servilleta sobre la mesa.

Hice una mueca, pero sus palabras seguían flotando en mi cabeza. Sin darme cuenta, la conversación se volvió más fluida. Entre risas y pasta recién hecha, la noche avanzó y la tensión entre nosotros empezó a cambiar. Era más sutil, menos centrada en lo físico y más en… algo que me asustaba nombrar.

Al salir del restaurante, caminamos de regreso juntos, pegados por la brisa nocturna. La conversación había sido fácil, natural. Como si estuviéramos descubriendo una nueva faceta del otro.

***

Cuando entramos al apartamento, la puerta se cerró detrás de nosotros con un suave golpeteo. Ninguno de los dos se movió de inmediato. La atmósfera estaba cargada, como si el aire contuviera la respiración, esperando a que algo ocurriera. Mi mirada se cruzó con la de Lucas, y sus ojos brillaban bajo la luz tenue de la entrada. Podía sentirlo: el roce de su piel contra la mía, la cercanía inminente.

No era solo una cuestión de deseo, no esta vez. Había algo más, algo que empezaba a tomar forma entre nosotros, algo que no podía identificar del todo, pero que me inquietaba.

—¿Te parece si vamos a la cama? —preguntó Lucas con una sonrisa suave, aunque sus ojos ya me daban la respuesta antes de que las palabras llegaran a mis oídos. Y claramente, se refería a los dos y a su cama.

Asentí, aunque ni yo misma sabía si estaba respondiendo a su pregunta o simplemente dejándome llevar por la corriente. Caminamos hacia la última puerta del pasillo, nuestros pasos resonando sobre el piso de madera. Al llegar al dormitorio, Lucas se giró hacia mí.

—¿Tienes frío? —preguntó, al notar que me abrazaba ligeramente a mí misma.

—Un poco —admití, con la voz apenas audible, como si temiera que el hechizo que nos rodeaba se rompiera.

Lucas no dijo nada más. En lugar de hablar, dio un paso hacia mí y, con un movimiento lento, me rodeó con sus brazos. El calor de su cuerpo me envolvió al instante, y sentí su latido resonando contra mi pecho. Estaba tan cerca que podía notar el aire que respiraba. Sus dedos tocaron mi espalda con un roce suave que me hizo estremecer. No eran caricias apresuradas. No había urgencia. Era un contacto que se extendía lentamente, como si estuviéramos aprendiendo a leer los contornos del otro, a comprender nuestras reacciones. Nunca antes nos habíamos detenido a estudiarnos.

—Estarás más cómoda si te quito esto —dijo Lucas con suavidad, refiriéndose a la chaqueta que aún llevaba puesta.

No objeté. Me dejé llevar por el momento. Él me despojó de la chaqueta con una lentitud que convertía cada gesto en un delicado descubrimiento. Al hacerlo, sus dedos rozaron mi piel, y sentí cómo el calor se expandía desde ese punto de contacto, envolviéndome por completo. No era solo deseo lo que había en su roce; era algo más profundo, una conexión silenciosa, una comprensión tácita de lo que ambos buscábamos en ese instante.

Cuando la chaqueta estuvo fuera, Lucas me miró nuevamente. Sus ojos se fijaron en los míos, buscando mi aprobación, mi permiso

tácito para continuar. No pude evitar morderme el labio, sintiendo cómo mi cuerpo reaccionaba sin que pudiera evitarlo. Le di una leve inclinación de cabeza, un gesto casi imperceptible, pero suficiente para que supiera que podía seguir.

La tensión creció aún más cuando empezó a quitarse su propia camisa. Lo observé, notando cómo su respiración se volvía más rápida. Todo parecía suceder a cámara lenta y, al mismo tiempo, demasiado rápido como para poder detenerlo. Nuestros ojos se encontraron, y en ese momento no importaron las palabras. Solo importaba cómo nuestros cuerpos se acercaban, cómo cada centímetro de distancia entre nosotros desaparecía.

Di el primer paso, acercándome lo suficiente como para que nuestros cuerpos se rozaran. El calor se intensificó y, casi sin darme cuenta, levanté las manos y lo toqué, recorriendo su piel con suavidad. Lucas cerró los ojos ante la sensación de mis dedos, una caricia tan simple, pero que desató un torrente de sensaciones en su cuerpo. Era como si estuviéramos siguiendo una coreografía no escrita, un baile de descubrimiento que nos conducía a un lugar más íntimo de lo que jamás habríamos imaginado.

—No sé si esto es lo mejor —susurré, aunque no estaba segura de a qué me refería exactamente. No quería apresurarme, pero mi cuerpo pedía lo contrario. Le pedía más.

—Yo tampoco —respondió Lucas, acercándose aún más, hasta que nuestros rostros quedaron apenas a centímetros de distancia.

Lo siguiente fue inevitable. Nuestros labios se encontraron en un beso lento, profundo, que pareció decir más que cualquier palabra que hubiéramos podido pronunciar. Fue un roce de labios y respiraciones, una exploración que iba mucho más allá de lo físico.

Mientras nuestros cuerpos se encontraban, no compartíamos solo el deseo. Estábamos aprendiendo el uno del otro: el tacto de su piel, sus reacciones ante cada beso, cada roce. Sentía cómo me guiaba con sus manos, cómo sus caricias se volvían más seguras, más decididas. Nuestros cuerpos se reconocían, pero cada gesto seguía siendo una pregunta, un intento de entender lo que necesitaba el otro, de dar sin esperar nada a cambio.

El mundo exterior dejó de existir. Solo quedaban nuestras respiraciones entrecortadas, el roce de las sábanas, la presión de nuestros cuerpos buscándose. La intensidad no estaba solo en los besos, sino en los pequeños gestos: en cómo nuestros dedos recorrían la espalda del otro, en cómo buscábamos ese punto exacto, intentando que cada movimiento fuera justo lo que el otro anhelaba, en cómo nos aferrábamos, buscando algo más que la satisfacción momentánea.

Finalmente, nos separamos, exhaustos pero satisfechos. Permanecimos allí, envueltos en las sábanas, nuestras respiraciones calmándose poco a poco. Lucas me abrazó, y yo me acomodé junto a él, sintiendo cómo mi cuerpo encajaba perfectamente en el suyo. La noche había sido más que una simple conexión física. Había algo más... y ni siquiera queríamos darnos cuenta.

Capítulo 9

Mar

Me levanté temprano, antes de que el sol se asomara por completo. Él aún dormía profundamente cuando me dirigí al baño. La ducha caliente me ayudó a despejar la maraña de pensamientos que comenzaban a enredarse en mi cabeza. El agua caía sobre mi piel con fuerza, casi como si intentara borrar las dudas que me rondaban.

Mientras me enjabonaba, me pregunté una vez más si esto —lo que estaba pasando entre Lucas y yo— tenía realmente algún sentido. Mi vida siempre se había regido por la rutina, por la independencia que me daba el trabajo, y ahora... ahora todo parecía estar dando un giro inesperado. No era solo la proximidad física, ni el deseo. Había algo más. Algo que no sabía definir, pero que me estaba atrapando sin remedio.

Cuando salí de la ducha, con solo una camiseta puesta, me sorprendió ver a Lucas en la cocina. Me detuve al inicio del pasillo, observando cómo se movía con destreza entre los utensilios, preparando lo que parecía ser el desayuno. La luz suave de la mañana iluminaba sus movimientos, y algo en esa escena hizo que mi corazón latiera un poco más rápido. No me lo esperaba.

—Buenos días —dijo al levantar la vista, con la voz todavía ronca por el sueño—. ¿Te apetece un colacao? Compré unos sobres el otro día.

Asentí, algo desconcertada, mientras me acercaba a la mesa. No sabía qué decir. Después de la noche anterior, esa familiaridad con él —la sensación de estar compartiendo algo más que una cama— seguía flotando en el aire.

Me senté y lo observé mientras ponía las tazas con cuidado. Había algo en su presencia que no lograba descifrar, pero que me

intrigaba. Cuando se sentó frente a mí, la conversación empezó a fluir con naturalidad, como si no hubiera pasado nada extraño entre nosotros. Como si fuéramos solo dos personas compartiendo una mañana.

—¿Vas a trabajar en tu exposición o tienes más proyectos? —preguntó, mientras tomaba un sorbo de café y me observaba con interés.

Suspiré y me dejé caer un poco en la silla. La exposición me tenía más nerviosa de lo que quería admitir.

—Es... complicado. Tengo que empezar a plantear ideas para las veinte ilustraciones. Me encanta mi trabajo, pero la idea de hacer algo tan grande me está abrumando. Las portadas de libros son un reto, sí, pero esto... esto es diferente. Es personal. Y me cuesta encontrar una dirección. Las últimas portadas las tengo casi listas, así que en breve tendré que empezar con las ilustraciones.

Lucas me miró, y supe que realmente me estaba escuchando. Lo vi en su postura, en su mirada atenta, como si tratara de entender más allá de mis palabras.

—Vale, voy a intentar ayudarte. ¿Qué tipo de ilustraciones necesitas? —preguntó con genuina curiosidad.

Me encogí de hombros, mirando mi taza mientras me sumergía en mis pensamientos.

—Quiero que tengan coherencia. No quiero hacer dibujos sueltos. Necesito que cada pieza tenga un propósito, que todo esté conectado. Pero no sé ni por dónde empezar.

Lucas se quedó pensando unos segundos. Su expresión se suavizó y su voz sonó tranquila.

—Es normal sentirse así. A veces solo hay que dejar que las ideas vengan solas. No te apresures, Mar. Lo que hagas, que salga de ti. Eso es lo que lo hará especial.

Sus palabras, aunque simples, me tranquilizaron más de lo que esperaba. A veces olvidaba que el proceso creativo no es lineal. No todo tiene que resolverse enseguida.

Justo cuando la conversación se volvía más relajada, su teléfono vibró sobre la mesa. Lucas lo miró de reojo y me sonrió.

—Es un amigo —dijo antes de revisar la pantalla.

Se fue a hablar con él con más tranquilidad, aunque nuestras miradas no se rompieron. Cuando volvió, su expresión había cambiado ligeramente.

—Necesita ayuda con un mueble pesado. No quiero dejarte sola —me dijo, preocupado.

Le sonreí, levantando la mano en señal de que no pasaba nada.

—No te preocupes. Voy a quedarme aquí trabajando esta mañana. Sabes que puedo ocuparme. Si tienes que ir, ve tranquilo.

Lucas asintió, aunque no del todo convencido. Miró su reloj y se levantó.

—Está bien, pero no te esfuerces demasiado, ¿eh? —me dijo, acercándose un poco antes de salir—. Si necesitas algo, avísame.

Me reí, una risa ligera y sin preocupaciones, mientras lo veía prepararse y salir por la puerta.

—No te preocupes. No haré ningún desastre.

Me quedé sentada frente a mi taza vacía, pensando en sus palabras. Tenía razón. Necesitaba dejar que las ideas llegaran solas. Y aunque la exposición me inquietaba, algo en lo que él dijo me transmitió calma. A veces, lo más importante era no forzar el proceso.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, me levanté para comenzar a trabajar, pero una pequeña sonrisa se dibujó en mi rostro. La mañana había empezado con una extraña sensación de paz. Una que no esperaba, pero que agradecía.

Aprovechando la soledad, decidí llamar a Mia. No podía quedarme con todo lo que estaba pasando sin contárselo, sobre todo a ella, que sabía que me había ido el fin de semana a casa de Lucas.

—¿Qué tal? —dijo su voz al otro lado de la línea, con ese tono inconfundible de quien no ha olvidado ni un detalle.

—Aquí, trabajando un poco —respondí mientras miraba la pantalla de la tablet. Estaba en medio de un dibujo, pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas a la noche anterior—. Ha sido... diferente.

Hubo un breve silencio, como si esperara algo más. Sabía que Mia tenía una curiosidad insaciable por los detalles.

—¿Diferente cómo? —preguntó, con esa sonrisa cotilla flotando en su voz.

—No sé... más tranquilo de lo que pensaba. Ayer, durante la cena, tuvimos una conversación más normal, más como dos personas que se están conociendo. No solo... ya sabes —me detuve, sin querer decir nada demasiado directo.

—¿Más normal? ¿No solo... ya sabes? —Mia rió al otro lado de la línea, claramente disfrutando del giro inesperado que estaba tomando todo—. ¡Vamos, cuéntame todo!

Suspiré. Sabía que no iba a librarme de su análisis.

—Fue como... como si realmente habláramos de nosotros. Como si fuera más allá de lo físico. Raro, pero bien. Lo que quiero decir es que... no sé, parece que estamos empezando a vernos de una forma distinta.

—¡O sea, que estás empezando a ver al chico como un ser humano! —se burló, aunque en su voz había un matiz de sorpresa —. Esto va más allá de los cuerpos, ¿verdad? Me encantaría haber visto cómo te miraba. ¿Eres consciente de lo que estás diciendo?

Me mordí el labio, incómoda, pero sin poder evitarlo. Algo estaba cambiando entre nosotros, aunque aún no sabía si eso era bueno.

—No estoy diciendo que vayamos a salir o algo así —intenté aclarar. Mia no me dejó terminar.

—¿Salir? No me hagas reír. Solo digo que parece que, de alguna forma, has dejado de verlo solo como un tío con el que te acostabas y con el que no tenías ninguna oportunidad, y has empezado a ver a la persona que hay detrás. Y eso es... interesante. O sea, ¿qué tal si vas a por más? ¡¿Por qué no?! Lo de ayer, estar juntos, hablar... todo eso hace que las cosas sean más complicadas. Y me gusta.

Me quedé en silencio un momento, procesando lo que decía. ¿Era cierto? ¿Estaba empezando a ver a Lucas de otra manera? ¿Realmente había una oportunidad de que surgiera algo más que química física entre nosotros?

—No sé si estoy lista para dar un paso tan grande, Mia —respondí, aunque sabía que, en el fondo, mi duda no era tan grande como me estaba diciendo—. Pero... no sé, tengo la cabeza hecha un lío.

—¿Y si te digo que le prepares una sorpresa para comer, y así sigues viéndolo más allá de lo obvio? —me sugirió, claramente convencida de que eso me haría reaccionar.

Me reí, a pesar de que la idea me parecía un poco loca. Pero, por alguna razón, tenía sentido.

—Está bien —dije finalmente—. Voy a hacerlo, pero solo como agradecimiento por haberme invitado a su casa.

—¡Eso está mucho mejor! Después me cuentas todo, ¿eh? No quiero perderme ni un detalle.

Colgué el teléfono y, por un momento, me quedé pensativa. La idea de sorprenderlo no parecía tan mala. De hecho, algo en mí decía que ya era hora de dejarme llevar, de dejar de resistir lo que estaba empezando a suceder entre los dos.

Capítulo 10

Lucas

Nada más salir por la puerta, me relajo. No porque quiera huir de Mar, al contrario. Pero necesitaba despejarme un poco. Lo de anoche fue... intenso. En todos los sentidos. Y sí, ya le avisé a Jorge para que me llame. Necesito hablar con alguien, aclarar la maraña mental que tengo encima.

Voy en coche hasta su piso. Jorge comparte piso con Carlos, otro del grupo, aunque dudo que a estas horas esté despierto. Cuando llamo al timbre, Jorge me abre con una tostada en la mano y una sonrisa burlona en la cara.

—Vaya, el señorito ha venido a montarme los muebles. Ya que no tengo ninguno que colocar, si quieres hoy toca limpiar —suelta mientras se aparta para dejarme pasar.

Lo miro con cara de querer matarlo, pero no tengo tiempo para sus bromas. Necesito soltar todo ya.

—Carlos está dormido. Luego le cuento que has venido a confesarte —dice, cerrando la puerta tras de mí.

Me dejo caer en el sillón del salón y paso las manos por la cara.

—No voy a entrar en detalles, pero anoche fue... diferente. Hablamos, lo hicimos, estuvimos juntos. Y no se sintió forzado. Nada de eso.

Jorge arquea una ceja y se sienta frente a mí con su café.

—Tío, ¿no era eso lo que queríais? Ya habíais tenido sexo antes. Supongo que esto era solo seguir la dinámica, ¿no?

Puse los ojos en blanco.

—Claro que quería acostarme con ella, joder. Pero fue distinto. No sé cómo explicarlo... era como si los dos quisiéramos estudiarnos, como si todo fuera nuevo. Ella es... increíble.

Jorge me mira como si me estuviera viendo por primera vez.

—Igual es que habéis madurado. Quiero decir, han pasado años. Puede que hayáis cambiado hasta en la cama. Aunque... —me clava la mirada— no sé, Lucas. Me estás hablando como si sintieras algo más y no me refiero de ayer a hoy.

Me quedo callado. Inmóvil. Nunca me había parado a pensar en eso. Nunca lo analicé. Mar no me dio motivos en su momento para pensar que lo nuestro podía ir más allá de lo físico. Y en realidad, ahora tampoco. Estábamos pasando tiempo juntos porque tocaba. Por inercia. ¿O no?

Jorge asiente lentamente, como si entendiera mi silencio.

—Mira, estás bloqueado. Te propongo algo: sal esta noche con el grupo. Te vendrá bien. Y claro, tráete a Mar. Seguro que se lo pasa bien.

—¡Estás loco! Me manda a la mierda si le propongo eso.

—Díselo con calma. Tomaros un café, le explicas que podría venirle bien para despejarse. Nada serio.

—Mar odia el café —respondo sin pensar.

Jorge se queda quieto, parpadeando un par de veces antes de soltar una carcajada.

—¿Perdona?

—Lo odia. Una vez, después de quedar, le ofrecí uno y me dijo que no le gustaba. Pero lo intentó por educación. Lo recuerdo porque me hizo gracia que alguien pudiera odiar el café con tanta firmeza.

—Pues va a ser que sí que la conoces, colega —dice Jorge, sacudiendo la cabeza, medio sorprendido.

Me encojo de hombros e intento volver al tema.

—Lo intentaré en la comida. A lo mejor hasta le apetece. Está muy metida con lo de la exposición, estresada. Algo de distracción le puede venir bien. Y creo que le caería bien al grupo. Alicia en especial. Es muy intensa, pero tienen muchas cosas en común.

Jorge asiente, con una sonrisa menos burlona esta vez.

—Vale. Me parece un buen plan. Si sale bien, nos vemos esta noche. Si no, ya tendrás excusa para no contestarme el domingo.

Me reí por lo bajo y me levanté del sofá.

—Oye, tío… gracias, de verdad.

—Nada, compi. Ve a ver a tu musa. Que seguro que te está esperando con cara de querer matarte por desaparecer.

Salí del piso con una sonrisa pequeña pero sincera. El trayecto de vuelta fue rápido. Cuando aparqué frente a mi edificio, me quedé unos segundos dentro del coche.

Habían pasado años. Estábamos cambiados. Pero Mar seguía teniendo algo que me hacía perder el equilibrio. No sabía si esto iba a alguna parte. No sabía si debía desearlo siquiera.

Pero sabía una cosa: Me volvía loco, eso no había cambiado.

Capítulo 11

Mar

Decidí centrarme en el trabajo. Saqué la tablet, el lápiz digital y comencé a esbozar algunas ideas para la exposición. Quería algo que reflejara mi estilo, pero también que tuviera un significado más profundo, algo que conectara con las personas. Sin embargo, tras varios intentos fallidos y demasiados garabatos sin sentido, me di cuenta de que no estaba logrando nada. Suspiré y dejé el lápiz a un lado. Necesitaba despejarme.

Hasta ahora, apenas había prestado atención a la casa de Lucas. La había visto por encima, moviéndome entre su habitación, la cocina y la sala de estar, pero no me había detenido realmente a observar los detalles. Tal vez, explorando un poco, descubriría algo interesante... o al menos lograría distraerme.

Caminé por la sala, recorriendo con la mirada los estantes llenos de libros y películas. Para mi sorpresa, encontré varias carátulas de películas de terror que reconocí al instante. Sonreí, recordando la cantidad de veces que había intentado verlas y terminaba escondiéndome detrás de un cojín. A Lucas, en cambio, parecían gustarle de verdad. Aunque, entre los títulos, también encontré varias películas de acción que estaban entre mis favoritas. No lo habría imaginado… o sí, pero nunca me había parado a pensarlo. Seguí explorando, pasando los dedos por los lomos de los libros, la mayoría relacionados con ingeniería aeronáutica. Un pequeño modelo de avión sobre uno de los espacios en la estantería captó mi atención. Me acerqué y noté una inscripción con una fecha: su año de graduación. No sabía por qué, pero ese detalle me sacó una sonrisa.

Cuando bajé la vista, mis ojos se toparon con una foto sobre el mueble de la televisión. En ella, Lucas aparecía con su padre, ambos

con la camiseta de su equipo de fútbol favorito. Me quedé enredada en mis pensamientos, recordando cuando iba con el mío a ver fútbol. Me sorprendió lo fácil que era encontrar pequeños puntos de conexión con él, ahora que realmente me estaba fijando en esos detalles.

Me apoyé en el respaldo del sofá, observando la casa desde otra perspectiva. Lucas era ordenado, meticuloso, ponía cada cosa en su lugar. Yo, a pesar de ser artista, nunca había encajado en el cliché del desorden caótico. Quizá éramos más parecidos de lo que creía.

Una idea me cruzó la mente como una chispa inesperada. Si Mia tenía razón —y últimamente parecía tenerla más de lo que estaba dispuesta a admitir—, quizá debía permitirme dar un paso más. No hacia el abismo, sino hacia algo tan sencillo como una mesa compartida. ¿Y si lo sorprendía con la comida?

No soy una gran cocinera, nunca lo he sido. Pero tampoco un desastre. Se me daban bien los platos sencillos, esos que no requieren mucha técnica, pero sí mimo. Y ahora mismo, eso era lo que me salía del pecho: mimarlo. Hacerle sentir lo que no siempre lograba decir con palabras.

Abrí la nevera con decisión, como si se tratara de una misión secreta, y me puse a revisar ingredientes con el ceño fruncido y las mangas de la sudadera remangadas hasta los codos. Encontré un puñado de fresas, algo de queso de cabra, un paquete de langostinos congelados y un calabacín solitario que parecía estar esperándome.

Preparé una ensalada con fresas, nueces y queso de cabra, aderezada con un chorrito de vinagre balsámico que encontré en el fondo de un armario. No era complicado, pero tenía color, frescura y ese punto dulce que me recordaba a los días tranquilos. Luego, me puse con las brochetas. Calabacín en rodajas finas, langostinos marinados con limón y un poco de ajo. Montarlas fue casi terapéutico, como dibujar una composición simple pero bonita.

Mientras los ingredientes se doraban en la sartén, me aseguré de que todo estuviera bajo control. Recogía a medida que cocinaba, algo que había aprendido a hacer con los años, más por instinto que

por costumbre. No quería que Lucas llegara y encontrara el caos del esfuerzo. Quería que viera el resultado, no el proceso.

El olor en la cocina era sutil, prometedor. Me hizo sonreír, más confiada de lo que habría imaginado. No era una receta de restaurante. No era algo digno de un chef como él. Pero era mío. Preparado con cuidado, con intención, con ganas.

Apagué el fuego, coloqué las brochetas en un plato bonito, adorné la ensalada con un par de hojas de albahaca fresca y suspiré. No me había salido mal. De hecho… se veía bastante bien. Una vez limpiada la encimera, encendí una de las lámparas pequeñas de la cocina para crear un ambiente más cálido y me quedé allí de pie, recogiendo lo que faltaba y observando la mesa como si fuera una obra recién terminada.

El sonido de la puerta abriéndose me sacó de mis pensamientos. Lucas entró y se detuvo en seco al ver la mesa preparada.

—¿Y esto?

—He querido preparar algo para comer.

—¿Tú has preparado todo esto? —preguntó con una mezcla de sorpresa y diversión en la voz.

Me crucé de brazos y sonreí.

—No pongas esa cara, tampoco es como si hubiera hecho un banquete de cinco estrellas.

Se acercó a la mesa, inspeccionando los platos como si no terminara de creérselo.

—No esperaba esto —admitió—. Tiene una pinta increíble.

Encogí los hombros, fingiendo indiferencia.

—Quería agradecerte el fin de semana. Y, bueno, aprovechar para que no pienses que solo sé comer comida precocinada.

Lucas soltó una risa baja y negó con la cabeza.

—Definitivamente, no lo pensaba. Pero esto es un detalle.

Sus palabras, simples pero sinceras, hicieron que sintiera un calor extraño en el pecho. Lo miré de reojo mientras él se sentaba a la mesa y, por un momento, me pregunté en qué momento había empezado a importarme tanto lo que pensaba de mí.

Sin darle más vueltas, me senté frente a él y empezamos a comer. Y, aunque al principio intenté no darle demasiada importancia, una

parte de mí supo que algo estaba cambiando.

La comida transcurría en ese punto cómodo donde la conversación fluía sin esfuerzo, sin pausas incómodas ni necesidad de buscar temas de relleno. Lucas hablaba con esa confianza suya, esa seguridad que parecía venirle de fábrica, como si estuviera genéticamente programado para moverse por el mundo sin dudar.

—Después de las vacaciones tengo la reunión del proyecto en Barcelona —comentó, llevándose un trozo de brocheta a la boca.

Lo dijo con naturalidad, como si fuera cualquier cosa. Yo apenas podía organizar mi agenda para completar veinte ilustraciones y él estaba aquí, mencionando reuniones extremadamente importantes como si fueran un café con amigos.

—¿Y te apetece o es algo que te fastidia? —pregunté, haciendo girar el tenedor entre mis dedos.

Lucas se encogió de hombros.

—Depende. No es el único proyecto que tengo entre manos, aunque sí el más importante y al que más tiempo le he dedicado. Estoy considerando adelantar algunos trabajos desde casa para tener más tiempo libre.

Levanté una ceja.

—¿Puedes hacer eso?

—No es lo común, pero he trabajado muchas más horas de las que debía para sacar adelante mi último proyecto. Mis jefes están bastante contentos con los resultados, así que dudo que me pongan pegas. Además, después de esta semana tendré que tomarme unos días porque me deben tiempo libre.

Por supuesto. Porque no solo era un ingeniero brillante, sino que además era responsable, eficiente y lograba que sus superiores estuvieran encantados con él. Mientras que yo… bueno. Yo había pasado la última media hora intentando decidir si la sombra en mi último boceto se veía artística o simplemente mal hecha.

—Qué suerte la tuya —murmuré, pinchando un trozo de fresa con más fuerza de la necesaria.

Lucas levantó la mirada, con una ligera arruga en el entrecejo.

—No es suerte. Es trabajo —dijo, sin dureza, solo con calma.

Toqué el puente de mi nariz y suspiré.

—Lo sé. No lo decía en plan… despectivo. Es solo que… suena tan fácil cuando lo dices.

Él me miró por un segundo, como si intentara descifrar qué pasaba por mi cabeza. Como si pudiera ver la sombra de mi inseguridad asomándose. Pero en lugar de señalarla, simplemente continuó, como si no hubiera notado nada.

—Si quieres, puedo ayudarte con la organización de la exposición. No con la parte artística, claro. Ahí no tengo ni idea. Pero si necesitas estructurar tiempos o hacer un plan, soy bueno en eso.

Tragué saliva. No tenía ni idea de lo mucho que eso significaba para mí, y lo peor es que ni siquiera lo decía para impresionarme. Lo decía en serio. Como si fuéramos un equipo. Como si, de alguna manera, estuviéramos al mismo nivel.

—Lo pensaré —dije, mi voz sonando más estable de lo que me sentía.

Terminamos de comer entre comentarios casuales y bromas sobre lo mucho que había mejorado mi cocina (una vez quise hacer sándwiches después de una cita y se me rompió la tostadora, así que fueron los peores de la historia). Y justo cuando pensaba que habíamos cruzado la línea de peligro de conversaciones que me hacían cuestionar mi vida, Lucas soltó:

—Mi amigo Jorge me ha propuesto salir esta noche con su grupo.

Levanté la vista de golpe.

—¿Y vas a ir? —intenté que no se notara la preocupación en mi pregunta.

—Solo si vienes conmigo.

Me atraganté con el último sorbo de agua.

—¿Yo? —logré decir con la voz temblorosa.

—Sí —afirmó, mirándome con esa determinación que me desarmaba.

—Lucas, no conozco a nadie —protesté.

—Y ellos no te conocen a ti. Perfecto equilibrio —respondió con una sonrisa tranquilizadora.

Como si fuera tan simple. Como si no fuera un problema que todos sus amigos fuesen, probablemente, igual de exitosos, inteligentes y estructurados que él. Como si no fuera una locura

imaginarme ahí, tratando de explicarles que sí, hago dibujitos para portadas de libros y que, a veces, me cuesta encontrar inspiración para ello.

—No quiero que sientas que tienes que quedarte conmigo si prefieres salir con ellos —dije, moviendo la servilleta entre mis manos.

Lucas ladeó la cabeza.

—Mar… ¿por qué no querrías venir?

Me removí en mi silla.

—No sé si voy a encajar.

Se hizo un pequeño silencio. Uno en el que yo esperaba que él se diera cuenta de que tenía razón, y que me dijera que no pasaba nada, que entendía que no quisiera ir. Pero Lucas no hacía eso.

—Déjame adivinar… —dijo, inclinándose un poco hacia mí—. ¿Crees que mis amigos te van a mirar raro por ser artista o algo así?

Me crucé de brazos. No iba a admitir la verdad, por eso le seguí el rollo.

—Es una posibilidad.

Lucas resopló, apoyándose en el respaldo de la silla con una sonrisa de incredulidad.

—No son una secta. Algunos también tienen trabajos creativos. Y te recuerdo que yo también vengo del mismo pueblo que tú. No nos pasamos el tiempo hablando de sistemas de propulsión ni de teorías matemáticas. Te juro que saben mantener una conversación normal y que no van a juzgarte por lo que haces.

Bufé.

—¿Seguro? Porque me imagino a todos en una esquina, con cócteles, discutiendo sobre el coeficiente aerodinámico de… lo que sea que estudiéis.

Lucas se rió, ladeando la cabeza.

—Si eso pasa, prometo rescatarte.

—¿Cómo? —pregunté, alzando una ceja.

—Besándote delante de todos —respondió con un tono juguetón.

Abrí los ojos como platos.

—¿Eso es una amenaza?

—Eso es una promesa. Y así tendrán algo más interesante de lo que hablar —contestó, guiñándome un ojo—. Además, tengo una amiga a la que le encantan los museos y siempre quiere ir con alguien. Creo que os podríais llevar bastante bien.

Resoplé, intentando disimular que eso último me había emocionado un poco, y porque ya sabía que había perdido.

—Está bien. Iré. Pero si la música es terrible o la conversación es insoportable, podemos fingir una emergencia médica y largarnos.

Lucas asintió con solemnidad.

—Trato hecho.

Y así, con una mezcla de pánico y emoción en el pecho, me di cuenta de que estaba a punto de entrar un poco más en su mundo. Uno en el que, por alguna razón, Lucas ya había decidido que yo encajaba.

Capítulo 12

Mar

Después de comer, Lucas y yo decidimos descansar un poco antes de salir. Mientras recogíamos la mesa, nuestras manos se rozaron fugazmente al pasarnos un plato. No fue intencional, ni siquiera fue un gesto especialmente íntimo. Pero algo en ese contacto me dejó la piel ardiendo, como si hubiera pasado una corriente eléctrica entre nosotros. Me obligué a mantener la compostura, a fingir que no me afectaba, aunque por dentro... por dentro era un caos.

Fuimos a la habitación en silencio, como si el más mínimo sonido pudiera romper la tensión que nos envolvía. Me tumbé de lado en la cama, dándole la espalda, sintiendo cada movimiento que él hacía detrás de mí. El colchón se hundió con su peso y mi respiración se detuvo por un segundo. No me tocó. No de inmediato. Pero su proximidad era casi tangible.

Me giré lentamente, encontrándome con sus ojos. Tan oscuros. Tan intensos.

—Si sigues mirándome así, no vas a dormir —murmuró con voz ronca, esa que usaba sin querer y que me enredaba el corazón.

Lucas soltó un leve suspiro y, en un gesto que me desarmó por completo, deslizó su mano hasta mi cintura. Lo hizo con calma, como si estuviera probando si tenía permiso. Yo no me aparté. Me acerqué a él, nuestros labios apenas rozándose antes de que el beso se hiciera inevitable. Fue lento, profundo. Nada que ver con la urgencia de otras veces. Este beso tenía algo distinto. Algo que dolía un poco por dentro, porque sabía que, si seguíamos así, ya no habría vuelta atrás.

Nos separamos antes de cruzar la línea, aunque con el pecho revuelto, el cuerpo en alerta, la respiración acompasada. Y así, entre su calor y ese suspiro que dejó en mi cuello, me dormí.

***

Cuando desperté, la habitación estaba en penumbra. La cama, vacía. Extendí la mano y solo encontré sábanas frías. Me incorporé con cuidado. Desde el pasillo llegaba el murmullo lejano de la cafetera.

Me puse una camiseta amplia y salí descalza hacia la cocina. Lucas estaba allí, de espaldas a mí, apoyado en la encimera, sosteniendo una taza humeante en una mano. Llevaba el pelo un poco desordenado y leía algo. Me acerqué sin hacer ruido y ladeé la cabeza para ver el título. Una novela. No un ensayo técnico ni un tratado de ingeniería. Una novela de misterio.

—¿Ahora lees thriller? —pregunté con una sonrisa, apoyándome en el marco de la puerta.

Lucas alzó la mirada, algo sorprendido. Sus ojos se suavizaron al verme.

—Leo de vez en cuando. Este lo pillé en una librería hace unos días. Quería cambiar un poco. Creo que necesitaba dejar de leer cosas que me recuerdaran al trabajo todo el tiempo —dijo, encogiéndose de hombros—. Este me llamó la atención. Aunque, si quieres recomendarme algo mejor...

—Yo leí ese hace poco —dije, alzando las cejas—. El final te va a encantar.

Él sonrió.

—¿Ves? Estoy tomando buenas decisiones sin saberlo.

Me preparé una manzanilla mientras él volvía a sumergirse en el libro. El silencio era cómodo, acogedor. Me senté a la mesa con la tablet frente a mí, decidida a avanzar con los primeros bocetos. Pero nada salía como quería. Todo era demasiado superficial, sin alma. Y la exposición merecía más que eso.

Frustrada, desbloqueé el móvil. Mia me había dejado varios mensajes de voz contándome que había conocido a un chico nuevo. No pude evitar sonreír. Su ilusión era contagiosa, tan pura. Tan intensa. Tan ella. Me pregunté si alguna vez volvería a sentir algo así. Si permitiría que alguien —Lucas— llegara lo bastante lejos para tocarme en lo emocional, no solo en lo físico.

No le conté nada. No aún. Me limité a preguntarle por su noche, a reírme con sus notas de voz atropelladas, a prometerle que pronto le daría novedades. Y bloqueé el móvil.

Suspiré. Mia lo decía con tanta facilidad: *déjate llevar, vive*, pero yo... yo siempre había sido más cauta. Más reservada. Había aprendido a sobrevivir sola. A no esperar nada. Porque esperar implicaba arriesgarse. Y últimamente, no me fiaba ni de mi sombra.

Pero entonces lo miré. Lucas, aún concentrado en la novela, con el ceño ligeramente fruncido, completamente ajeno a que estaba inspirándome sin decir una sola palabra. Y pensé que tal vez... tal vez no todo tenía que ser tan complicado. Tal vez el amor —o algo que se le pareciera— se construía así: con silencios compartidos, con tazas de café (o manzanilla), con el roce de una mano y una cama compartida sin necesidad de explicaciones.

Y justo ahí, entre ideas borrosas y líneas que empezaban a tomar forma en mi cabeza, supe por dónde empezar la serie de ilustraciones.

No con grandes conceptos. No con arte abstracto ni piezas complejas. Con momentos. Con esos detalles diminutos que parecían irrelevantes, pero que eran capaces de cambiarlo todo.

Tomé el lápiz digital y comencé a esbozar. No sabía si aquello sería suficiente para una exposición. Pero sí sabía una cosa: por primera vez en semanas, dibujaba con ganas.

Y, entre líneas y trazos, mientras Lucas pasaba de página, mi mente volvía a él. Y al roce fugaz de sus dedos, que aún ardía en mi piel.

Capítulo 13

Lucas

Mar estaba concentrada. Lo sabía por la forma en que fruncía el ceño, con la punta de la lengua apenas asomando entre los labios y los dedos deslizándose con una precisión que no imaginé que tendría. Era como si el resto del mundo hubiera desaparecido para ella. Como si yo no estuviera a escasos metros, mirándola sin disimulo desde la cocina.

Había algo hipnótico en verla trabajar. No solo por la destreza, sino por la entrega. Y porque, aunque no llevábamos mucho tiempo compartiendo espacio, esa era la primera vez que la veía así: sumergida en lo suyo, con un brillo en los ojos que no conocía. Hasta entonces, no había entendido cuánto me faltaba por descubrir de ella.

Dejé el libro que tenía entre manos —más por costumbre que por interés— y me acerqué a la encimera. Ella no levantó la vista ni una sola vez. Y, por extraño que suene, me gustó. Me gustó verla olvidarse de todo. Incluso de mí. Y, al mismo tiempo, me jodía un poco. Porque había una parte de mí —esa que no sabe mantenerse al margen— que deseaba que me mirara. Solo un segundo. Solo para saber que estaba ahí.

Decidí prepararnos algo de cenar. Nada elaborado, solo lo justo para que no se nos hiciera demasiado tarde. Mientras buscaba ingredientes, me sorprendí recordando fragmentos sueltos de nuestro pasado: risas a medianoche después de fiestas del pueblo, conversaciones breves entre canción y canción, y ese magnetismo silencioso que nos empujaba a acabar en la misma habitación sin necesidad de hablar demasiado.

Pero lo que estábamos haciendo ahora no tenía nada que ver con aquello. Aquello era piel e impulso. Esto... esto parecía otra cosa.

Más compleja. Más peligrosa. Y no sabía cómo manejarlo.

Mientras amasaba la base de la pizza, me descubrí observando sus gestos otra vez. Me di cuenta de que no sabía tantas cosas como creía. Por ejemplo, que le temblaban ligeramente los dedos cuando encontraba la línea perfecta. Que murmuraba cosas para sí misma cuando algo no salía como quería. Que su concentración tenía una belleza serena, casi vulnerable.

Nunca antes me había fijado en eso. Nunca me había dado tiempo. Y ahora que lo hacía, no podía dejar de mirarla.

¿Siempre había sido así? ¿Tan meticulosa? ¿Tan apasionada por lo que hacía? Quizás sí. Quizás simplemente yo nunca me había detenido a verla de verdad. Porque verla —de verdad— implicaba más que mirar. Implicaba prestar atención. Y eso era lo que estaba haciendo ahora.

Preparé también una ensalada, sabiendo que le gustaba aparentar ser sana, aunque adoraba comer. Eso lo sabía por algunos momentos del pasado, pero, si soy sincero, tampoco estaba del todo seguro. Creía que sí. A decir verdad, muchas de las cosas que estaba empezando a descubrir sobre Mar las había aprendido ese fin de semana. Que odiaba el café ya lo sabía, pero ahora también sabía que trabajaba mejor con música instrumental de fondo. Que se perdía en sus bocetos hasta perder la noción del tiempo.

Y, aun así, en medio de ese descubrimiento constante, tenía que recordarme que no éramos nada. Que lo que estábamos construyendo no tenía nombre todavía. Y que, aunque quisiera acercarme más, lo último que quería era asustarla.

Cada pequeño gesto suyo parecía decirme: *Esto soy yo, si estás dispuesto a mirar de cerca*. Y lo estaba. Con cada maldita parte de mí.

Quizás por eso, mientras terminaba de preparar la mesa, no pude evitar sonreír. Porque no sabía exactamente qué éramos, ni adónde nos llevaba todo esto. Pero, por primera vez, no me importaba no tener respuestas. Solo quería seguir conociéndola. Sin prisas. Sin promesas. Solo quería seguir mirándola como ahora. Aunque a ratos me costara quedarme en mi sitio.

Capítulo 14

Mar

Después de varios intentos y correcciones, finalmente completé los dos primeros bocetos. Aunque aún no estaba del todo satisfecha, decidí dejarlos reposar por el momento. Necesitaba despejar la mente y, además, ayudar a Lucas a preparar la mesa para la cena. Todavía tenía pendiente decidir qué ponerme para la fiesta; desconocía la etiqueta del sitio, y eso me inquietaba.

Mientras él terminaba de emplatar, me detuve a observarlo. Se había duchado hacía un rato y solo llevaba puesto un pantalón de chándal. Su torso desnudo dejaba ver cada músculo definido, moviéndose con precisión en cada gesto. Era impresionante. Me pregunté cómo era posible que un hombre como él no tuviera pareja. No solo por su atractivo físico, sino porque, además, era una persona increíble: inteligente, deportista, trabajador, detallista... Siempre lo supe, pero ahora, conociéndolo más de cerca, mi admiración por él no había hecho más que crecer.

—¿Te ayudo con algo? —pregunté, acercándome a la mesa.

—Si puedes traer los cubiertos, sería genial.

Asentí y fui a por ellos. Mientras los colocábamos, no pude evitar expresar mi preocupación:

—Lucas, no tengo idea de qué ponerme para esta noche. No sé cuál es la etiqueta en esa discoteca.

Él sonrió, con esa sonrisa tranquila que siempre lograba calmarme.

—No te preocupes demasiado. Las chicas suelen llevar vestidos o faldas. La música es una mezcla de reguetón, pop y algo de tecno. En general, la gente va arreglada, pero lo importante es que te sientas cómoda.

—Entiendo. Intentaré buscar algo adecuado, entonces.

***

Mientras cenábamos, la conversación fluyó hacia temas más personales. La curiosidad me llevó a preguntarle sobre su vida amorosa.

—¿Por qué no tienes novia? — solté de golpe.

Lucas parpadeó, sorprendido.

—¿Perdón?

—Eso. ¿Por qué no tienes novia? —repetí, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

Él dejó el tenedor sobre el plato y me miró, visiblemente desconcertado. No se esperaba esa pregunta.

—Pues… no lo sé —dijo, cruzándose de brazos, como si analizara la cuestión con la misma precisión con la que diseccionaba las novelas que leía—. Supongo que no ha surgido.

—¿No ha surgido? —repetí, incrédula—. Venga, Lucas, no me mientas. Eres… bueno, ya sabes.

—No, no sé —replicó con una sonrisa divertida—. Ilumíname.

Me llevé un trozo de pizza a la boca para evitar contestar. No iba a darle el gusto de inflarle el ego más de lo necesario. Pero él me miraba fijamente, sin intención de ceder.

—Eres guapo, inteligente, buen tipo… —admití al fin, evitando su mirada—. No me digas que no tienes pretendientas.

—No digo que no haya tenido oportunidades —reconoció con una sonrisa—, pero no ha sido algo en lo que me haya querido centrar últimamente.

Me quedé pensativa un momento antes de seguir.

—¿Pero has tenido novia estos años?

Lucas dejó nuevamente el tenedor sobre el plato y me miró con sinceridad.

—Tuve una. La conocí en el trabajo. Era increíblemente talentosa y apasionada por lo que hacía.

—¿Qué pasó? —pregunté, sintiendo una punzada de curiosidad... y algo más.

—Le ofrecieron una gran oportunidad en Estados Unidos. Ninguno de los dos quería una relación a distancia, así que decidimos

separarnos.

—Debió de ser difícil —dije, con una mezcla de empatía y un leve, inexplicable, sentimiento de celos.

—Lo fue, pero creo que fue lo mejor para ambos —contestó con una honestidad que me desarmó.

Su sinceridad me tocó profundamente. Sentí una oleada de emociones contradictorias. No podía negar que Lucas despertaba en mí sentimientos que hasta ahora había mantenido ocultos, incluso para mí misma.

—¿Y tú? —preguntó de pronto, sacándome de mis pensamientos.

—¿Yo qué? —traté de ocultar mi nerviosismo.

—La última vez que supe de ti, tenías novio. ¿Qué pasó?

Comencé a mirar mi vaso, incómoda. Había pasado medio año desde que lo dejé con mi ex, pero aún no lo había hablado con Lucas.

—Nada digno de mencionar. Terminamos, y sinceramente, fue lo mejor que me pudo haber pasado.

Lucas arqueó una ceja, claramente intrigado, pero no insistió. Le agradecí internamente que respetara mi silencio.

Terminamos de cenar en un silencio que, con él, resultaba cómodo.

—Ve duchándote tú mientras termino de recoger —dijo Lucas, apilando los platos con naturalidad.

Lo miré con sospecha.

—¿Me estás echando?

Su sonrisa fue lenta, algo burlona.

—Solo estoy siendo eficiente.

Puse los ojos en blanco, pero le hice caso. No tenía sentido quedarme mirando mientras él se encargaba de la cocina.

El agua caliente me relajó más de lo esperado, y cuando salí, envuelta en una toalla y con el cabello húmedo, Lucas ya no estaba en la cocina. Lo oí moverse en su habitación, probablemente vistiéndose y arreglándose.

Me senté en la cama y abrí la maleta. Sabía que había empacado ropa cómoda: vaqueros, camisetas, incluso un vestido muy casual

por si cenábamos fuera... pero nada adecuado para una discoteca. Bufé, sacando prenda tras prenda sin éxito.

—Mierda.

Busqué mi teléfono y llamé a Mia.

—Dime que pensaste por mí y metiste algo para salir. Esta noche vamos a una discoteca y no tengo nada.

—Obvio —respondió con orgullo—. Mira en la bolsa negra, en el bolsillo grande.

Fruncí el ceño y rebusqué hasta encontrar lo que me indicaba.

—No me lo puedo creer.

—Sabía que te harías la loca, así que metí un vestido sexy que tenía guardado y sabía que te quedaba bien. Quiero que vayas deslumbrante esta noche. Llámame adivina… o simplemente alguien que quiere que Lucas disfrute.

Sonreí al sacar el vestido. Era negro, ceñido, con una abertura en la parte baja y un solo tirante. La espalda quedaba casi por completo al descubierto. Sexy. Mucho.

—Te quiero, pero también te mataría.

—¿Te gusta? —preguntó Mia con impaciencia.

—Sí… pero me siento un poco desnuda.

—Mar, estás buenísima. Póntelo y disfruta de la noche. Y mándame fotos.

Miré hacia arriba con exasperación, pero no pude evitar reír.

—Gracias, Mia.

Colgué y me lo puse. Me miré en el espejo. Vale… el vestido era espectacular. Lo combiné con unos botines de tacón ancho: elegantes y cómodos para bailar.

En ese momento, escuché la puerta abrirse y pasos acercándose a la habitación de invitados, donde yo estaba, rodeada de ropa por todas partes. Vaya.

—¿Estás lista? —preguntó Lucas.

Me giré justo cuando apareció en el umbral, terminando de ajustarse el reloj. Se quedó quieto. Me miró. Yo miré cómo me miraba. Sus ojos recorrieron cada centímetro de mi cuerpo con una intensidad que me hizo temblar. Tragó saliva.

—Mierda.

Sonreí con diversión mientras me intentaba subir la cremallera del vestido. Pero Lucas ya estaba avanzando hacia mí.

—Lucas… —advertí.

—Mar —su voz era grave; sus manos fueron directas a mi cintura, sus labios demasiado cerca de mi cuello.

Podía sentir su respiración en mi piel.

—Llegaremos tarde —susurré.

No respondió enseguida. Bajó la cabeza y presionó un beso en la curva de mi cuello, lento, deliberado. Su mano terminó de subir la cremallera con una calma exasperante, rozando mi costado.

Cuando terminó, sus labios seguían peligrosamente cerca.

—Al volver —susurró—, terminaré lo que no me has dejado empezar.

Sonrió con arrogancia y se alejó.

Yo me quedé ahí, con el corazón desbocado y el calor subiéndome por todo el cuerpo.

Maldito Lucas.

Respiré hondo, me maquillé como pude, con las manos todavía algo temblorosas y, cuando estuvimos listos, salimos juntos hacia la fiesta.

Capítulo 15

Mar

Cuando llegamos a la discoteca, Jorge ya estaba esperando en la fila. Parecía tener más o menos la misma edad que Lucas, con el pelo castaño y la barba un poco larga, lo que le daba un aire desenfadado y ligeramente intimidante. Tenía las manos en los bolsillos y nos saludó con una sonrisa tranquila cuando nos acercamos. Lucas me había contado que eran compañeros de trabajo y que se habían hecho muy buenos amigos desde que él se mudó a Madrid.

—Ya era hora —bromeó, chocando el puño con Lucas—. Pensé que me habías dejado tirado.

—Mar tarda horas en arreglarse —respondió Lucas con una sonrisa burlona.

Le di un leve codazo, fingiendo indignación.

—Por favor, si hemos salido casi a la vez. La diferencia es que tú has tardado diez minutos en elegir unos vaqueros.

Jorge soltó una risa baja, divertida.

—Me gusta. —Me miró de arriba abajo, pero no de forma incómoda, sino con la curiosidad de alguien que intenta descifrar una dinámica—. Así que tú eres la famosa Mar.

—¿Famosa? —repetí, confundida.

Lucas resopló.

—No empieces —le advirtió con una sonrisa contenida—. Está dramatizando. Como siempre.

Jorge le lanzó una mirada de "ajá, claro" antes de volver a mirarme. Nos dirigimos hacia la puerta y Lucas se acercó a mi oído mientras me acariciaba la espalda.

—¿Nerviosa? —me susurró.

—Un poco —admití, sin atreverme a mentir.

—No hace falta —dijo Lucas, apretándome la cintura con suavidad —. Les vas a encantar.

Rodé los ojos.

—¿Y si no? —pregunté en voz baja, intentando que no se notara mi ansiedad.

Él ni siquiera dudó.

—Entonces tienen un problema de criterio.

Mi corazón dio un pequeño vuelco. No supe qué decir.

La fila avanzó rápido, y pronto entramos en la discoteca. Dentro, el grupo de amigos de Lucas estaba en un reservado, charlando animadamente. Aunque no eran demasiados, imponían. Tal vez porque yo me sentía como la nueva el primer día de clases.

Lucas no me soltó la mano mientras nos acercábamos.

—Chicos, ella es Mar.

Y entonces empezó la ronda de nombres: Alicia, la rubia de pelo corto y sonrisa fácil; Carlos, con el cabello negro y rizado; Manu, de brazos tatuados y aire simpático; Fer, altísimo, con pinta de surfero; Laura, increíblemente estilosa con el cabello trenzado; y Carla, con gafas y una coleta dorada casi blanca.

Todos me saludaron con amabilidad, pero Lucas, como si leyera mi mente, añadió con naturalidad:

—Oye, Ali, Mar es ilustradora. Hace un trabajo increíble.

Noté el calor subiéndome a las mejillas. Pero entonces, Alicia se inclinó hacia mí, intrigada.

—¿Has ido al Museo Thyssen?

Parpadeé, sorprendida por la pregunta.

—Eh… sí, hace tiempo. Me encantó la sala de los impresionistas.

—¡A mí también! —exclamó con una sonrisa tan grande que me contagió de inmediato—. Siempre que voy salgo con mil ideas nuevas. ¿Sabes qué? Deberíamos ir juntas un día. Me encantaría ver el museo contigo.

Me quedé un segundo en silencio. No me lo esperaba. Apenas había dicho tres frases y ya me estaba incluyendo en su mundo. Sentí algo cálido dentro de mí.

—Me encantaría —respondí, con una sonrisa que esta vez no tuve que forzar.

Nos quedamos charlando mientras los demás se dispersaban un poco para pedir copas. Alicia era muy simpática y fácil de hablar.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó de pronto, sin rodeos, como si estuviéramos en un café de confianza.

—Veintiocho. ¿Y tú?

—También. Qué gusto, por fin alguien de mi quinta —rió, y su tono era tan auténtico que no pude evitar reír también—. ¿Hace mucho que conoces a Lucas?

—Sí, aunque hacía tiempo que no hablábamos. ¿Y tú?

—Le conocí hace dos años y medio, cuando se mudó a Madrid. Jorge y él trabajan juntos, y yo conozco a Jorge desde el instituto. Somos amigos de toda la vida, nunca perdimos el contacto.

—Qué casualidad. ¡Madrid une!

—Ya ves. Además, estudié Historia del Arte y ahora soy profesora en una escuela de arte del centro. Por eso, cuando Lucas me habló de ti y me dijo que eras ilustradora, me emocioné. Me encanta conocer gente creativa.

—¡Qué bien! La verdad es que no suelo hablar mucho con profesores de arte. Es raro coincidir.

—Ya, pero cuando ocurre, es genial. A veces siento que mis alumnos no aprecian lo increíble que es este mundo. Hablar contigo es refrescante.

Sonreí. Su entusiasmo era contagioso y la conversación fluía con naturalidad. Me alegraba haber salido aquella noche.

—¿Y tú cómo conociste a Lucas? —preguntó de nuevo, con curiosidad.

Dudé un segundo antes de responder.

—Nos conocemos del pueblo. Él es dos años mayor, pero íbamos al mismo instituto. Coincidíamos bastante... —me detuve, dejando que la frase se esfumara en el aire. No quería decir más de la cuenta —. Hace tiempo de eso.

—¡Vaya! Así que tenéis historia.

—Digamos que sí —respondí, esquivando una sonrisa que se me escapó sin querer. *El pasado no siempre se queda en el pasado*, pensé, sintiendo cómo el corazón me latía un poco más deprisa.

La noche apenas empezaba, pero ya tenía una mezcla de emociones difícil de clasificar.

Alicia sonrió, pero antes de que pudiéramos seguir hablando, Laura apareció a su lado y la agarró del brazo.

—Déjala respirar, Ali. No la asustes en su primera noche.

Laura se unió a nosotras y, en cuestión de segundos, nos encaminamos a la barra, dejando atrás a los chicos.

Cuando pedí un refresco y ninguna de ellas me miró raro por no beber alcohol, me sentí extrañamente cómoda. Estaba acostumbrada a que la gente insistiera o preguntara. Pero esta vez, simplemente aceptaron mi elección sin más.

Cuando volvíamos al reservado, Carla me lanzó una de esas miradas que dicen más que mil palabras, ladeando la cabeza con una sonrisa cómplice.

—Entonces… ¿Lucas y tú? —preguntó en tono juguetón, alzando una ceja.

El refresco se me fue por el otro lado y tuve que toser un poco para recuperar el aire.

—Nos conocemos desde hace tiempo y… —me mojé los labios, intentando no parecer demasiado nerviosa—. Estamos… compartiendo el fin de semana. Viéndonos.

Laura, que venía justo detrás, se adelantó con una sonrisa de oreja a oreja, como si acabara de oír el mejor cotilleo del año.

—Eso es justo lo que quería escuchar —dijo entre risas, dándome un leve codazo amistoso en el brazo—. Ya me caías bien, pero ahora me encantas.

—No es nada serio, ¿eh? —intenté matizar, aunque ni yo misma sabía si lo decía para protegerme… o por si alguien más estaba escuchando.

—Ya, claro —replicó Carla con una mirada traviesa—. Y yo solo vengo a estas fiestas por el agua con gas.

Las tres nos reímos, y aunque mi corazón aún iba un poco rápido, me sentí extrañamente cómoda. Aceptada. Como si, por una vez, encajara en una escena de la que siempre había pensado que no formaría parte. Y antes de que pudiera decir nada más, ya me estaban arrastrando de nuevo a la pista de baile.

Estuvimos yendo y viniendo entre la pista y el reservado, dejándonos llevar por el ambiente y por la noche. Ya no me sentía fuera de lugar. Incluso Lucas me dejaba a mi aire con las chicas, sin miedo a que me sintiera sola. En un momento, vi cómo Carla se acercaba a él con una sonrisa insinuante. Se pusieron a bailar juntos, cada vez más cerca. Ella se inclinaba para hablarle al oído, se reía y se pasaba los dedos por el cabello mientras lo miraba con intensidad. Y él… él no se apartaba. Le sonreía. Seguía el ritmo con ella, sin moverse de su lado.

Me obligué a mirar hacia otro lado, pero la incomodidad ya se había instalado en mi estómago como una piedra. ¿Qué estaba haciendo? ¿Y por qué me afectaba tanto?

Decidí ir a por otro refresco. Jorge me acompañó.

—¿Lo estás pasando bien? —comentó mientras esperábamos en la barra.

—Sí —admití, aunque mi voz sonó menos convincente de lo que esperaba—. Sois geniales.

Pero mis ojos volvieron a buscar a Lucas. Seguía con Carla. Sus cuerpos apenas dejaban espacio entre ellos. No sé qué cara puse, pero Jorge lo notó enseguida. Se inclinó hacia mí con una sonrisa divertida.

—Tranquila —dijo—. No tienes de qué preocuparte.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? No, yo no… —Madre mía, qué vergüenza. Intentaba no parecer nerviosa.

—Carla está mucho más interesada en Laura que en cualquier otra persona del grupo. Lo más probable es que estén cotilleando de ella… o de ti.

Abrí la boca. La cerré. Y luego quise enterrarme bajo tierra. Porque lo que había sentido al ver a Lucas con otra persona… no estaba en mis planes. Jorge recogió su cerveza y me pasó el refresco.

—Y, por cierto… —me miró con picardía—. Para ninguno de los dos parece ser algo sin importancia.

Mi corazón se saltó un latido. Pero Jorge no me dejó procesarlo. Me animó a volver con el grupo, como si nada.

Pensé en su frase mientras lo seguía. *Para ninguno de los dos.* ¿Era eso cierto?

Alicia y yo seguimos bailando mientras el resto del grupo se retiraba al reservado. La música subía de intensidad y las luces parpadeaban en destellos vibrantes. Me sentía ligera, como si el ambiente me envolviera por completo.

—Así que, ¿estás en algún proyecto de ilustración? —preguntó Ali, sonriendo mientras se movía al ritmo de la música.

Asentí.

—Sí, ahora mismo estoy trabajando en una exposición.

Sus ojos brillaron con curiosidad.

—¡Eso es increíble! Lucas ha mencionado algo, pero no ha dado muchos detalles. ¿Sobre qué trata?

Me mordí el labio, sintiéndome repentinamente tímida. No estaba acostumbrada a hablar de mi trabajo con desconocidos.

—Es un proyecto personal… una especie de reinterpretación de emociones. Aún estoy en las primeras fases.

Ali me miró con los ojos muy abiertos, como si acabara de confesarle que hablaba con animales o algo igual de mágico.

—Eso suena fascinante, Mar. Tienes que invitarme cuando la expongas.

Me llevé un mechón de pelo detrás de la oreja, algo avergonzada por su entusiasmo, pero sonreí.

—Pensaba hacerlo desde el principio.

Ella se inclinó hacia mí con una media sonrisa cómplice.

—Menos mal… Porque si no lo hacías, estaba dispuesta a suplicártelo de rodillas.

Negué, riendo con suavidad. Me encantaba su forma de hablar, su energía ligera y auténtica. Tenía ese tipo de presencia que iluminaba cualquier conversación sin esfuerzo.

Seguimos bailando un poco más. Me empezaba a relajar, incluso a disfrutar, cuando Ali bajó un poco la voz, sin perder su tono curioso.

—Por cierto… he notado algo.

—¿Algo? ¿El qué? —pregunté, aún sonriendo.

Pero su expresión cambió. Sus ojos se enfocaron en algo detrás de mí y sus labios se curvaron con una mezcla de malicia y ternura.

—Luego hablamos —murmuró, y dio un paso atrás, dejándome con la curiosidad atrapada en el pecho.

Entonces lo sentí.

Una mano cálida se posó en mi cintura, firme, segura.
Me giré a medias justo cuando su aliento me rozó el cuello, como un susurro contra la piel.

—No te he dicho lo preciosa que estás esta noche —murmuró Lucas, tan cerca que me olvidé del ruido, de la música, de todos los cuerpos que nos rodeaban.

Mi cerebro dejó de funcionar. Me giré lentamente, atrapada en su mirada.

—Tampoco me has dicho que bailas —dije en voz baja, arrastrando las palabras—. Te vi antes. Lo haces bien.

Él sonrió, con esa confianza que me desarmaba. Bailamos, enredados en un tonteo lento, contenido. Cada vez más cerca.

—¿No estarás celosa? —Se inclinó para decírmelo al oído.

—Si Laura está tranquila, yo también —intenté mirar a otro lado, con un poco de vergüenza cargada sobre mí.

—Ajá… —me miró de lado, con una ceja arqueada—. O sea que te habías puesto celosa y han tenido que explicarte que no hay nada.

—Existe esa posibilidad —admití, tocando distraída el borde de su camisa. Parte por nervios, parte porque necesitaba hacer algo con las manos para no descomponerme del todo.

Lucas soltó una carcajada suave. Se notaba que le divertía mi incomodidad.

—Anda, ven aquí.

Tiró ligeramente de mí, su mano firme en mi cintura, sin dejar de sonreír. Nuestros cuerpos encajaron con una naturalidad que me descolocó. Seguimos bailando, pegados.

—¿Estás disfrutando? —preguntó. Su voz sonó más grave, como si el calor de la música y la cercanía le pesara en la garganta.

Asentí. No me salían las palabras.

Él bajó la mirada hasta mis labios. Y yo, temblando por dentro, me acerqué un poco, solo un roce, casi un suspiro sobre su boca. Ni beso, ni caricia. Solo el aviso.

—Mar… —dijo, ronco, tragando saliva—. Si sigues así, me va a dar igual la fiesta.

Mi pulso se disparó. Lo miré a los ojos y me atreví a morderme el labio, dejándole claro que lo había escuchado. Que lo había entendido. Y que quizá, solo quizá, me pasaba lo mismo.

—¿Ah, sí? —pregunté con una sonrisa traviesa, bajando un poco la voz mientras mis dedos se enredaban con los suyos—. Pues a mí me está empezando a dar igual todo… menos tú.

Lucas entrecerró los ojos, advirtiéndome. Pero en vez de detenerme, le besé. Fue un beso lento, intenso, más cargado de sentimientos que nunca.

Nos despedimos de todos y volvimos a casa. Y ahí… no hubo prisa.

Capítulo 16

Mar

Después de salir de la discoteca, cogimos un taxi hasta la casa de Lucas. Hubo caricias, y una tensión que se intensificaba cada vez que nos acercábamos a su piso.

Estaba algo nerviosa. No era la primera vez, evidentemente, pero las cosas estaban cambiando. Todo iba rápido, y yo necesitaba tenerlo.

Nos besamos en la puerta, contra la pared, deslizándonos hasta la cama sin dejar de tocarnos. Cada beso, cada roce, era una chispa que avivaba el fuego que ardía entre nosotros, un fuego que solo crecía con cada contacto. Las manos de Lucas recorrían mi cuerpo con una urgencia silenciosa, como si no quisiera perder ni un segundo de ese instante.

Se tomó su tiempo, como si quisiera memorizar cada curva de mi cuerpo, cada centímetro de piel, cada respiración que escapaba de mis labios. Comenzó a besarme lentamente, saboreando cada rincón de mi piel al que se acercaba. Su boca dejó un rastro cálido por mi cuello, mis hombros, mi vientre. La presión de sus labios me hizo estremecer, y una sacudida eléctrica me recorrió de pies a cabeza. No podía pensar, solo sentir. La necesidad de él era incontrolable.

Siguió bajando aún más, y mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Sin previo aviso, comenzó a lamerme con una dulzura salvaje, y un suspiro involuntario se escapó de mis labios. Mi espalda se arqueó, mi cuerpo se tensó, y un gemido bajo brotó de mi garganta. Sus dedos no dejaban de moverse, atentos a mis reacciones, leyendo cada movimiento, cada jadeo, como si fueran un mapa hacia el centro de mi placer. Me aferré a su cabello, empujando su rostro más cerca de mí, aunque no hacía falta guiarlo. Sabía exactamente lo que hacía… y me hacía perder el control. Su

ritmo era perfecto, y me borraba el mundo. Solo existía él. Solo existía ese momento. Y me hizo llegar al orgasmo.

Cuando por fin levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron, vi en su mirada una chispa de satisfacción, pero también de deseo. Sonrió, mordiéndose el labio con una mezcla de complicidad y lujuria, y subió lentamente, dejando un rastro de besos por mi clavícula hasta alcanzar mis labios. Mi corazón latía a mil por hora, y él seguía tan sereno, tan seguro, mientras me acariciaba con una suavidad que contrastaba con la intensidad de lo que acabábamos de compartir.

—Te necesito, Lucas —susurré, con la respiración agitada, la voz temblorosa. No pude evitarlo. La necesidad en mi pecho era tan grande que se escapó en una frase inevitable.

Él sonrió. Un destello de satisfacción brilló en sus ojos, y con un movimiento suave, me colocó encima de él.

—Ven aquí, preciosa —dijo.

Preciosa. Era la segunda vez que me lo decía esa noche, pero cada vez lo sentía como si fuera la primera. Algo en ese susurro me atravesó, me hizo sentir viva, deseada, conectada. Me quedé inmóvil por un segundo, perdida en el sonido de su voz, en la intensidad que recorría cada rincón de mi cuerpo.

Noté lo caliente que estaba debajo de mí, su cuerpo firme y ansioso, y sin pensarlo más, comenzamos a besarnos de nuevo. Estaba tan mojada, tan perdida en el deseo, que no necesité hacer ningún esfuerzo para encajar con él. En cuanto lo sentí dentro de mí, un estremecimiento me recorrió la columna vertebral, y comencé a moverme con suavidad, saboreando la calidez de su piel contra la mía.

Quería verle disfrutar como nunca antes. Lo observaba fijamente a los ojos, buscando en su mirada aquello que no podía decir con palabras. Lo entendía; sentía lo mismo. Cada movimiento que hacíamos estaba impregnado de un deseo compartido, una conexión que iba más allá de lo físico. Los besos se hicieron más intensos, más urgentes, y la velocidad aumentó sin necesidad de que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra.

Lucas me sujetó las caderas, guiando el ritmo, dándome más fuerza, más profundidad, y yo lo seguí, incapaz de contener los gemidos, con la respiración entrecortada, completamente perdida en la sensación de tenerlo tan cerca. Me giró de golpe, sin separarse de mí, besándome con una ferocidad que me encendió aún más. La presión de su cuerpo sobre el mío me hacía perder la noción del tiempo. La intensidad crecía con cada embestida, cada roce, cada susurro contra mi piel.

Me movía debajo de él, empujando con fuerza, más profundo, y sentía cómo la conexión entre nosotros se volvía más real, más visceral. Le agarré del cuello, entrelazando mis dedos en su pelo, y él me levantó, colocándonos sentados al borde de la cama. Mis piernas se enroscaron en su cintura al instante, y su cuerpo se adaptó al mío con una perfección que me dejó sin aliento. Estaba al borde del abismo, tan cerca de llegar de nuevo, y sabía que él también. Su respiración se volvió más rápida, más errática, y me apretó contra él como si quisiera fundirnos en uno solo.

Y entonces sucedió. Nuestros cuerpos se sacudieron al unísono, invadidos por una oleada de placer que nos rompió en un gemido compartido, profundo, tembloroso, como si por un instante dejáramos de ser dos. Mi cuerpo se contrajo y se rindió, mientras él se hundía en ese mismo éxtasis. La sensación de entrega total, de ese momento compartido, me dejó sin aliento, como si el mundo se hubiera desvanecido.

Estaba exhausta. Pero también asustada. Asustada por lo que comenzaba a sentir, por lo que esa conexión significaba. No había sido como otras veces. Y no sabía si a él le pasaba lo mismo. Me dormí a su lado, envuelta en su calor, pero sin poder apartar de mi mente esa inquietud sutil, esa sensación confusa que no sabía nombrar, pero que ya se había instalado dentro de mí.

***

El sol ya había salido cuando me desperté. El lado de la cama donde Lucas había dormido estaba frío. Muy frío. Lo suficiente como para saber que llevaba rato fuera. Me giré hacia su almohada,

aspirando el aroma que aún quedaba en las sábanas. Y, por un momento, me quedé allí, quieta, intentando grabarme la sensación de ese espacio compartido que pronto iba a dejar atrás.

Me obligué a levantarme. Cuanto más tardara en irme, más difícil sería. Caminé descalza hasta la cocina, con el pelo revuelto y una sensación extraña en el pecho. No lo llamaría tristeza, todavía no. Pero se le parecía demasiado. Me serví un vaso de zumo y lo bebí de un trago, como si pudiera ahogar lo que empezaba a formarse dentro.

Después, recogí mis cosas con la misma precisión con la que desmontaría una tienda de campaña: rápida, metódica, sin mirar atrás. Doblaba la ropa con movimientos mecánicos, como si no perteneciera a ese cuarto, como si no hubiera dormido allí. Como si esa cama no hubiera sido nuestra por una noche.

Pero no podía fingir. El nudo en el estómago era real.

Esto no significa nada, me repetí, sin demasiado convencimiento. Fue increíble, sí. Pero solo era un fin de semana. Una pausa. Una burbuja. Nada más. ¿Verdad?

Sacudí la cabeza, como si eso pudiera borrar el eco de esa idea. Me dirigí al escritorio para dejar todo como estaba antes de llegar. No quería dejar huellas. Como si así pudiera protegerme de cualquier cosa que hubiera germinado sin darme cuenta.

Y entonces, la puerta se abrió. El sonido me sobresaltó más de lo que debería. Lucas entró cargado con bolsas, el pelo un poco alborotado por el viento.

—¿Dónde estabas? —pregunté, con la voz más tensa de lo que esperaba.

—Me he acercado un momento al súper —dijo, como si fuera lo más natural del mundo—. Pensé que podríamos comer juntos antes de que te fueras.

Su tono era tranquilo, casual, como si lleváramos meses haciendo eso. Pero algo en mí se desordenó. Su gesto era dulce, sí, pero… también peligroso. Porque si lo aceptaba, si me quedaba, si me permitía imaginar más escenas como esa, no iba a poder fingir que esto no me importaba.

—Lucas… —empecé, tragando saliva—. Creo que debería irme pronto. No quiero conducir de noche.

Él se limitó a asentir, sin borrar la media sonrisa que tenía en los labios.

—Lo entiendo —respondió con una serenidad que me desarmó—. Pero al menos come algo antes de irte. Te lo prometo, no te retendré a la fuerza.

Quise decir que no hacía falta. Quise decir que prefería marcharme ya, sin rituales ni despedidas amables. Pero no lo hice. No pude.

El desayuno fue silencioso, pero no incómodo. O tal vez sí, y simplemente ambos hacíamos un esfuerzo absurdo por fingir lo contrario. Hablamos del clima, de sus vacaciones, de trivialidades que no llenaban nada. Y mientras él hablaba, yo me preguntaba en qué momento había empezado a querer quedarme.

Cuando terminé, volví al cuarto a por la maleta. La arrastré hasta el coche, la metí en el maletero y me senté al volante. Respiré hondo. Una, dos veces. *Solo arranca, por favor*, pensé mientras giraba la llave.

Nada.

Fruncí el ceño y lo intenté otra vez. Nada. Ni un solo sonido. Ni una mínima señal de que el motor quisiera cooperar.

—No. No, no, no. —Golpeé el volante con frustración. No podía ser. No ahora.

Salí del coche, con el móvil en la mano y el orgullo hecho trizas. Marqué su número. No me dio tiempo a decir nada; ya estaba en la acera, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba preocupación y… ¿diversión?

—¿Problemas?

—La batería ha muerto —murmuré, evitando su mirada. Él se agachó, revisó el motor y negó con la cabeza.

—Ni lo intentes. Esto no arranca hoy. —Se incorporó y me miró con una mezcla de resignación y algo más suave, más íntimo—. Creo que tendrás que quedarte una noche más.

Mi estómago se revolvió.

—¿Estás de broma?

—No es tan grave, Mar.

Su voz era tan calmada, tan segura, como si el universo no estuviera empujándome hacia algo que no había previsto. Me mordí el interior de la mejilla. Saqué el teléfono y marqué a Mia, como una forma de recuperar el control.

—Te vas a quedar otra noche, vaya tragedia… —canturreó ella al segundo pitido—. A ver si el destino te está diciendo algo.

—Cállate —le solté, pero no había rabia en mi voz. Solo ese nudo, otra vez, subiendo por la garganta.

Cuando volví al piso, Lucas ya estaba en la mesa, trabajando. Me había dejado el escritorio libre. Me senté frente a la tablet y fingí que podía seguir con lo mío. Pero mis dedos apenas se movían, y mi mente no hacía más que observarlo a él. Su espalda recta, la concentración en su rostro, el leve movimiento de su ceja cuando algo no le cuadraba.

Y pensé en la extrañeza de esa imagen: nosotros dos, en silencio, cada uno trabajando a su ritmo. Como si lo hiciéramos siempre. Como si esto fuera lo normal.

Y esa idea… me dolió.

***

Terminamos de trabajar más tarde de lo previsto. La luz en la cocina era cálida, suave, y el silencio parecía más denso de lo habitual. Preparamos algo rápido para cenar: pan tostado, hummus, unas verduras salteadas. Nada especial, pero suficiente. Aunque, siendo honesta, no recordaba a qué sabía nada de eso.

Había algo en el ambiente. Una especie de pausa. Como si el aire estuviera conteniendo la respiración, a la espera de lo que vendría después.

Lucas recogía los platos cuando rompió el silencio:

—¿Te apetece ver una película?

Me giré hacia él y asentí, aunque el cosquilleo en el estómago traicionaba mi aparente calma.

—Sí, claro.

Nos acomodamos en el sofá como si no fuera la primera vez, como si existiera una coreografía ya ensayada: él con un cojín en la espalda, yo con las piernas cruzadas, a medio centímetro de su rodilla. La película empezó, una de esas que sirven más como excusa que como distracción real. La pantalla proyectaba imágenes, pero mi atención estaba en el calor sutil de su brazo junto al mío, en cómo sus dedos reposaban relajadamente sobre su muslo. En la proximidad silenciosa que nos envolvía.

No hablábamos, pero sentía que sí.

De pronto, su voz rompió el hilo de mis pensamientos:

—Mar —dijo, sin apartar la vista de la pantalla—. ¿Puedo preguntarte algo?

Me tensé. No porque esperara algo malo, sino por el tono de su voz: diferente. Casi… vulnerable.

—Depende —intenté bromear, pero no sonó tan ligera como pretendía.

Lucas giró la cabeza. Se apoyó en el respaldo, ladeado hacia mí. Su mirada era firme, casi inquisitiva, pero había algo en ella que me desarmaba.

—¿Por qué crees que nunca pasó nada entre nosotros antes?

El corazón me dio un vuelco.

Parpadeé. La pregunta flotó entre nosotros como un secreto al descubierto.

—No lo sé —dije, bajando la vista—. Tal vez no era nuestro momento.

Lucas frunció el ceño levemente. No como quien rechaza una respuesta, sino como quien intenta entenderla. Entenderme.

El silencio se alargó, y con él, la tensión. No la incómoda, sino la otra. La que hace que todo parezca suspendido.

Tomé aire. Me odié un poco por lo que iba a decir, pero también sentí una necesidad urgente de soltarlo.

—Creo que… jamás me lo planteé porque sentía que no era suficiente para ti.

La confesión salió más baja de lo que pretendía. Más cruda. El tipo de verdad que una ni siquiera se dice a sí misma.

Lucas se quedó en silencio unos segundos. No parecía enfadado. Tampoco sorprendido. Más bien… dolido.

—¿Cómo puedes pensar eso?

Su voz era suave, pero su expresión intensa. Había algo en sus ojos que me quemó. Como si acabara de romperle algo sin querer.

—Porque tú siempre fuiste brillante. Seguro. El tipo de persona que sabe a dónde va. Yo… siempre he sido más caos que orden. Me costaba creer que pudiera encajar contigo.

Lucas se acercó un poco más, con movimientos lentos. Cuando habló, lo hizo casi en un susurro:

—Siempre pensé que no te interesaba. Que, si intentaba algo, me mirarías como si me hubiera vuelto loco. Y no soportaba la idea de arruinar lo poco que compartíamos.

Nuestros ojos se encontraron, y sentí que algo se abría. Una rendija por la que se colaba la verdad.

—Pues… resulta que no eras el único con miedo.

Él soltó una risa breve, más exhalación que risa.

—Lo estamos descubriendo tarde, ¿eh?

—Tarde… —repetí, ladeando la cabeza—. Pero justo a tiempo.

Nos quedamos así, frente a frente. Las palabras habían hecho más que cualquier beso hasta ahora. Y justo por eso, lo que vino después fue inevitable. Natural.

Lucas alzó la mano y me apartó un mechón de pelo de la mejilla. Su pulgar rozó mi pómulo, y me sorprendió lo tierno que fue ese gesto. Tan consciente.

Y entonces me besó. Un beso lento. Casi reverente. No había prisa. No había urgencia. Solo una especie de reconocimiento. Como si por fin viéramos al otro con todos sus miedos, sus dudas… y aun así decidiéramos quedarnos.

No necesitábamos decir nada. Lo sabíamos.

Aquella noche no se trató de lo físico. Fue algo más íntimo. Más silencioso.

Nos encontramos sin máscaras. Y fue ahí, en esa conexión sin nombre, donde algo realmente cambió.

Capítulo 17

Lucas

Tenía los ojos clavados en el techo, los brazos cruzados detrás de la cabeza y el corazón latiéndome en la garganta, como si acabara de correr diez kilómetros. Todo estaba en calma. Salvo yo. La habitación era casi un susurro: apenas el leve zumbido del reloj en la pared y el sonido suave y constante de su respiración. No hacía frío, pero tenía la piel en tensión, como si algo dentro de mí no supiera cómo relajarse del todo.

Mar dormía a mi lado, con el cuerpo girado levemente hacia mí. Su espalda apenas rozaba la mía y, aun así, cada pequeño movimiento suyo me encendía los nervios. Como si ese contacto sutil me recordara todo lo que habíamos sido unas horas antes… y también todo lo que todavía no éramos. Estaba envuelta en las sábanas, con un mechón de pelo pegado a la mejilla, la boca entreabierta y los párpados tranquilos. Dormía con una paz que me rompía un poco por dentro. Como si el mundo entero no pudiera tocarla mientras estuviera aquí. Como si conmigo, estuviera a salvo. Y eso… eso me desarmaba.

No era solo deseo. Aunque el cuerpo todavía me ardía por ella, aunque su piel seguía impresa en la mía y el recuerdo de su voz ahogada entre suspiros me atravesaba sin permiso, lo que sentía era más grande. Más profundo. Era ella. Entera. Su forma de estar. De ocupar el espacio sin pedir permiso, pero sin invadirlo nunca. Lo que provocaba en mí, sin buscarlo, era algo que no sabía definir. Tenerla cerca y no poder tocarla, no poder decirle que estaba empezando a necesitarla más de lo que sería prudente… me dejaba inquieto. Como si algo dentro de mí empujara, como si me suplicara que hiciera algo.

Me giré despacio y la observé en silencio, como se mira lo que uno teme romper. El contorno de su rostro en penumbra, la respiración acompasada, el mechón rebelde que quería apartarle, pero no me atrevía a tocar. ¿Cómo era posible que llevara tan poco tiempo en mi vida y ya sintiera que, si se iba, algo en mí se quedaría hueco?

Me removí, incómodo. No por ella, por mí. Por todo lo que me estaba pasando y no sabía cómo manejar. Salí de la cama sin hacer ruido, crucé la habitación y me encerré en el baño. Me lavé la cara con agua fría. No sirvió de nada. Me miré en el espejo, empapado, con la mandíbula tensa y los ojos llenos de preguntas. Pero ya lo sabía. Me estaba pasando algo serio. Mar me estaba cambiando.

Este fin de semana me había dado la vuelta por dentro. No solo por lo que hicimos. No solo por su cuerpo encajando con el mío o su risa entre las sábanas. Sino por cómo me sentí haciéndolo. Por cómo me miró cuando creía que no la estaba mirando. Por cómo se reía cuando se sorprendía a sí misma. Por la forma en que se concentraba en sus dibujos como si todo lo demás desapareciera. Por cómo su voz bajaba de volumen cuando se abría. Por cómo buscaba mi contacto sin atreverse del todo a pedírmelo.

Y yo quiero más de eso. Más de sus mañanas con el pelo alborotado. De sus comentarios espontáneos y sus silencios largos. De su forma de sentarse con las piernas cruzadas sobre el sofá mientras dibuja. De sus domingos sin rutina, de su fruta cortada en platos que no combinan, de su manera de hablarle a Audrey como si pudiera entenderla —porque sí, le hablaba por teléfono a la perra de Mia—. Quiero más de sus rarezas, de sus verdades a medias, de sus preguntas sin respuesta y de sus miedos. Quiero verla vivir. No solo cuando se ríe, también cuando está triste, cuando se enfada, cuando se encierra en sí misma. Quiero conocerla fuera de esta burbuja. Saber si todo esto puede sobrevivir al ruido, a lo cotidiano, a los días que no brillan tanto.

¿Por qué esperar? Tengo la semana de teletrabajo. Podría quedarme. O podría pedirle que se quede. Podríamos compartir desayunos lentos, paseos sin planes, tardes sin nada especial. Podríamos probar a vivir esto sin disfraces. Ver qué pasa cuando no hay contexto ni magia. Cuando solo somos nosotros. Tal vez diga

que no. Tal vez crea que esto va demasiado rápido. Pero, sinceramente… ¿y qué? Ya perdimos bastante tiempo ignorándonos. No quiero volver a eso. No ahora.

Volví a la habitación con el cuerpo todavía tenso y las ideas en espiral. Me apoyé en el marco de la puerta, en silencio. Ella seguía dormida. El pecho subía y bajaba en un ritmo tan tranquilo que, por un momento, todo dentro de mí se calmó. La luz suave del pasillo se deslizaba hasta su rostro, dibujando en su piel una serenidad que parecía inalcanzable. Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí exactamente donde debía estar.

No sabía si esto acabaría bien.

Pero, por primera vez en años, no me daba miedo intentarlo.

Capítulo 18

Mar

Cuando Lucas me pidió que me quedara hasta el viernes, casi me atraganto con el zumo. No era el tipo de pregunta que esperaba, especialmente después de un fin de semana tan... complicado.

—Mar, ¿podrías quedarte hasta el viaje? —dijo, como si fuera algo completamente normal, mientras me miraba de reojo mientras recogía unas tazas en la cocina.

Lo miré como si hubiera dicho la cosa más absurda del mundo.

—¿Qué? —respondí, frunciendo el ceño—. ¿Te refieres a quedarme aquí hasta el viernes? ¿Así, sin más?

Dejó las tazas en el fregadero y se giró hacia mí, como esperando mi respuesta, pero sin presionarme.

—Sí —contestó con una sonrisa nerviosa, como si intentara convencerme a la vez que se convencía a sí mismo—. El viaje no es hasta el viernes y... bueno, me gustaría que te quedaras. Quiero mostrarte que no soy solo el tipo que pasa horas delante de la pantalla, que no soy tan aburrido como crees. Y tampoco quiero que te vayas aún. No quiero que esto se quede solo en un fin de semana.

Me quedé en silencio, sin saber qué responder. Algo en sus ojos, en su tono de voz, me hizo sentir que me estaba pidiendo algo grande. Algo que podía cambiarlo todo entre nosotros. Sentí una mezcla de sorpresa y... ¿emoción?

—Lucas, esto... —dije, buscando las palabras—. Es un poco... rápido, ¿no? Me refiero a que, no sé... acabamos de encontrarnos otra vez, y no quiero que esto se convierta en una de esas historias que parecen sacadas de una película.

Él levantó una ceja, esa mirada tan suya que siempre lograba dejarme sin palabras.

—¿Y qué pasa si lo fuera? —dijo, acercándose un paso más—. No creo que necesitemos complicarlo tanto. Solo... quiero estar contigo un poco más.

Mi corazón dio un vuelco. Había algo en su voz que no me esperaba, algo que hacía que mis dudas empezaran a desmoronarse. No era una cuestión de rutina o aburrimiento, sino de algo más profundo, algo que ambos queríamos, aunque tal vez no estuviéramos listos para aceptar del todo.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Su mirada lo decía todo, pero necesitaba escucharlo.

Se acercó aún más, hasta quedar a un solo paso de mí. Sus ojos brillaban con una intensidad que hacía que todo lo anterior pareciera irrelevante.

—Sí —dijo con firmeza—. Quiero que te quedes. No quiero que esto sea solo un fin de semana. Quiero que sea más, Mar. Y si me dices que no, lo entenderé. Pero, por favor, no te vayas tan rápido.

Mis pensamientos daban vueltas a mil por hora, pero algo en mí me decía que debía quedarme. Había algo aterradoramente sincero en lo que me decía. Podía sentir que no había marcha atrás, pero no me arrepentía.

—Está bien —susurré finalmente, con una sonrisa tímida que intentó esconder la ansiedad que sentía en el estómago—. Me quedaré.

Y en ese momento, algo cambió entre nosotros. El aire se volvió más denso, cargado, como si al pronunciar esas palabras estuviéramos tomando una decisión importante. Algo me decía que ya no podía echarme atrás, que las cosas entre nosotros no serían como antes. Que ahora serían diferentes.

Lucas sonrió, pero no de la manera que esperaba. No fue una sonrisa aliviada ni triunfante. Fue suave, cálida, como si me estuviera agradeciendo en silencio. Como si ya supiera que acabábamos de dar un paso importante.

—Gracias —dijo en voz baja, mirando mis labios antes de desviar la mirada—. No te vas a arrepentir.

Lo miré a los ojos, con un nudo en el estómago.

Después de esa conversación con Lucas, me quedé unos minutos mirando al vacío, procesando lo que acababa de pasar. No sabía muy bien qué pensar, pero sentía algo distinto en el aire, como si realmente estuviera tomando una decisión que cambiaría muchas cosas.

Suspiré, saqué el móvil del bolsillo y, sin pensarlo demasiado, abrí el chat con Mia. Le debía una explicación. O al menos algo que justificara que mi regreso se retrasara.

Mar: *Mia, tengo que contarte algo. Me voy a quedar hasta el viernes. No voy a regresar todavía.*

Su respuesta llegó enseguida, como siempre.

Mia: *¿¡QUÉ!? ¡¿ESTÁS DE BROMA?! ¿¡QUÉ HA PASADO!?*

Una sonrisa se me escapó de los labios, aunque mi corazón seguía acelerado. Sabía exactamente lo que pasaría cuando le contara por qué me quedaba más tiempo.

Mar: *No, no estoy de broma. Lucas me ha pedido que me quede unos días más. No sé... las cosas están complicadas, pero también diferentes. Necesito tiempo para pensar.*

Mia: *¡OH DIOS! Tienes que contarme TODO en cuanto llegues a casa, ¿ok? Y no, no me vale "complicadas". ME ESTÁS DEJANDO EN SUSPENSE.*

Reí por lo bajo, cerrando los ojos por un instante, sintiendo esa mezcla de nervios y emoción. De alguna manera, Mia tenía razón. Estaba dejando todo en el aire, y ni siquiera yo sabía exactamente qué pensaba. Pero no podía evitarlo. Necesitaba ver cómo se desarrollaban las cosas.

Mar: *Te lo prometo, te cuento todo. Pero por ahora, estoy aquí. Hablamos más tarde.*

Cuando envié el mensaje, me quedé mirando el teléfono unos segundos. No había vuelta atrás. Sabía que esta decisión iba a cambiar las cosas. Pero algo dentro de mí quería quedarse, al menos un poco más, para ver qué pasaba.

Guardé el móvil y volví a mirar a Lucas, que seguía allí, tranquilo, como si no hubiera dicho nada importante. Pero yo sabía que lo había dicho todo. Y por alguna razón, lo que sentía en ese momento me decía que las palabras ya no eran suficientes.

Capítulo 19

Mar

Hay semanas que se sienten como un paréntesis en medio del caos. No por ser perfectas, sino porque logran congelar el tiempo, como si la vida decidiera concederte una tregua. Esta fue una de esas semanas. No por la ausencia de problemas, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, sentí que no tenía que resolverlo todo sola.

Quizá fue porque el fin de semana dejó abierta una puerta a lo que serían estos días al lado de Lucas, a esa extraña posibilidad de que no siempre tuvieran que ocurrir cosas malas. Porque con Lucas no tenía que esforzarme, y él me hacía sentir así: más atenta, más presente, más real. Y eso, lejos de asustarme como habría ocurrido antes, me hizo querer quedarme un poco más. Respirar un poco más de ese aire que, por alguna razón, no me pesaba.

Durante esos días, Lucas y yo fuimos algo más que dos personas intentando no romperse. Fuimos refugio. Una tregua el uno para el otro. Fui testigo de su risa mientras cocinábamos, esa risa que empezaba tímida pero se desbordaba cuando me veía hacer alguna tontería. Observé sus silencios cuando creía que no lo miraba, tan llenos de pensamientos que casi podía oírlos. Sus dudas, sus formas de protegerse y, sobre todo, su ternura escondida detrás de una broma.

Y en cada gesto, en cada mirada que se detenía medio segundo más de lo necesario, algo dentro de mí se acomodaba. Como si por fin tuviera un lugar y si esta versión de nosotros tuviera sentido. Como si todo el miedo que había arrastrado hasta aquí empezara, poco a poco, a rendirse. Porque, por una vez, lo bonito no daba tanto miedo. Porque, por una vez… no quería huir.

Y lo que más me sorprendía, lo que me sacudía por dentro como una corriente cálida, era la ilusión que me nacía sin pedir permiso. Tal vez Lucas no era una historia más con final previsto. Tal vez no tendría que recoger mis pedazos otra vez.

Lunes 12

La mañana empezó con esa familiaridad que solo se consigue cuando compartes algo más que espacio con alguien. Desayunamos en pijama, en silencio al principio, como si el día aún no hubiera terminado de despertarse del todo. Lucas preparó café —para él— y me sirvió un zumo recién exprimido sin que se lo pidiera. A veces, esos pequeños gestos decían mucho más que cualquier palabra.

—¿Quieres que hagamos algo especial hoy? —preguntó, apoyado contra la encimera.

Lo miré con mi vaso en las manos, algo medio dormida, pero con el corazón demasiado despierto.

—¿Como qué?

—Podemos cocinar juntos. Algo rico. Algo de verdad.

—¿Yo cocinando? No me lo pierdo —sonreí.

Más tarde, cuando nos pusimos manos a la obra, Lucas tomó el rol de chef con una seriedad cómica. Él se metía en la cocina mientras yo lo observaba, sentada en uno de los taburetes y apoyada en la encimera, con papel en mano para anotar todo lo importante. Me explicó cómo cortar las verduras correctamente y a qué temperatura debía estar el horno, como si estuviéramos en un programa de cocina en directo. Cada vez que me equivocaba —a propósito, algunas veces—, él soltaba una risa que me desarmaba.

Nos manchamos las manos, compartimos cucharas y bromas, y, cuando finalmente la comida estuvo lista, la mesa se llenó de aromas, risas y miradas que decían más de lo que nos atrevíamos a admitir. Y en medio de todo eso, hubo momentos de silencios cómodos, de miradas sostenidas que no necesitaban explicaciones. Vivíamos en una burbuja de calma, como si el mundo real quedara lejos.

Por la noche, mientras recogíamos los platos de la cena, Lucas me lanzó un comentario como quien no quiere la cosa.

—Por cierto, Alicia me ha pedido tu número.

Levanté la mirada de mi manzanilla, sorprendida.

—¿Ah, sí? —pregunté, intentando que no se notara demasiado la sorpresa.

Asintió, apoyado en el borde de la encimera.

—Dice que le gustaría hablar contigo. Me ha dicho que le caíste muy bien.

Sentí cómo se me encendían las mejillas, no de vergüenza, sino de ilusión. No estaba acostumbrada a conectar así con la gente tan rápido.

—Dáselo —dije con una sonrisa que no supe esconder—. Me encantaría.

Lucas me miró un segundo más de la cuenta, como si estuviera procesando algo que no había dicho en voz alta.

—Te lo mereces, Mar. Gente así cerca. Amistades que suman.

Y entonces pasó algo que no esperé. No fue un gesto grande ni una frase concreta. Fue su mirada. Un segundo más sostenida. Cálida. Como si en ese instante pudiera ver en mí cosas que ni yo misma sabía explicar. Sentí que quería decirme algo más, pero no lo dijo. Y no hizo falta. Porque ese silencio, lleno de intención, me envolvió más que cualquier palabra.

Volvió la vista al plato que tenía entre las manos, pero su sonrisa seguía ahí, escondida en la comisura de los labios. Yo seguí a su lado, enredada en ese instante pequeño y, a la vez, inmenso, sin querer moverme. Como si ese momento cotidiano se hubiera convertido, sin darnos cuenta, en otra forma de decirnos que estábamos bien así.

Martes 13

La tarde la pasamos trabajando, cada uno concentrado en lo suyo, pero compartiendo esa burbuja que habíamos creado. Nos mirábamos de vez en cuando, con la sensación constante de que todo esto estaba demasiado bien, como si en cualquier momento pudiera romperse. Pero, aun así, ninguno de los dos se alejaba.

Por la noche, Lucas me pidió que me arreglara porque tenía una sorpresa. Me llevó al restaurante Insólito, en una azotea con vistas espectaculares a Madrid. No lo vi venir, y eso hizo que me emocionara aún más.

El restaurante se alzaba como un secreto bien guardado sobre la ciudad, escondido entre los últimos pisos de un edificio moderno. La terraza, abierta al cielo, parecía suspendida entre el atardecer y las primeras luces de la noche. La cristalera que lo rodeaba ofrecía una vista inmejorable del *skyline* madrileño, donde las torres se recortaban contra un cielo anaranjado que se deshacía lentamente en tonos púrpura.

—Este lugar es… increíble —murmuré al sentarme, dejando que la vista se me perdiera un segundo en el horizonte. El reflejo del atardecer teñía las copas de los árboles, y el murmullo de fondo parecía envolverlo todo de calma.

Lucas se acomodó frente a mí, con los brazos apoyados sobre la mesa y esa sonrisa medio torcida que parecía diseñada solo para mí.

—No es nada comparado contigo —dijo, como si fuera lo más lógico del mundo.

Le lancé una mirada entre escéptica y divertida mientras recogía un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Sigues con los piropos ensayados?

Él se encogió de hombros despacio, sin dejar de mirarme, como si disfrutara de cada una de mis reacciones.

—No. Estos son en directo. Improvisados. Pero cada vez me salen mejor, ¿no crees?

Levantó una ceja, jugando a hacerse el inocente. Yo negué con la cabeza, sonriendo sin poder evitarlo. Bajé la mirada un segundo, como si eso bastara para calmar el aleteo suave que me crecía en el pecho.

Lucas estiró un poco el brazo, como si fuera a alcanzarme la mano, pero solo dejó los dedos cerca de los míos, rozando la madera de la mesa. Había algo en sus gestos, en su forma de estar presente sin invadir, que me desarmaba más que cualquier frase bonita.

—Puede que sí —admití, sin mirarlo del todo, aunque notaba sus ojos puestos en mí—. Pero no se te puede decir, que te lo crees.

—Ya lo creo desde hace rato —respondió en voz baja, como si el aire entre nosotros no necesitara testigos.

Cada rincón del lugar parecía haber sido diseñado para invitar al susurro y al roce sutil de unas manos que se buscan. Sillas de madera y sillones trenzados en tonos cálidos se mezclaban con mesas redondas donde las copas esperaban, alineadas como promesas. Guirnaldas de luces colgaban sobre las cabezas de los comensales, lanzando destellos dorados que jugaban con el brillo del metal, del cristal y de las sonrisas compartidas.

Sobre una de las mesas, un bol de champán enfriaba botellas que parecían esperar a alguien importante. Frutas frescas y dulces adornaban una bandeja como si formaran parte de un ritual. Todo allí hablaba de calma, de elegancia sin pretensiones, de esa clase de magia que solo ocurre cuando todo está en su sitio y el mundo parece detenerse por un instante.

Era un lugar para primeras citas que no se olvidan, para reencuentros que merecen una segunda oportunidad. Un refugio donde el tiempo no dolía y el amor —si se atrevía a aparecer— encontraba un escenario perfecto para decir lo que aún no había sido dicho.

Nos reímos durante toda la noche y, poco a poco, la conversación se volvió más tranquila, más íntima. Hablamos de películas favoritas, de los sitios a los que nos gustaría viajar, de los miedos que aún no habíamos dicho en voz alta.

—¿Y tú? —preguntó él, jugando con el borde de su copa—. ¿Siempre supiste que querías ilustrar?

Asentí con una sonrisa nostálgica.

—Desde que tengo memoria. Pero nunca pensé que podría vivir de esto. A veces todavía siento que, en cualquier momento, alguien va a decirme que fue un error. Que no debería estar aquí.

Lucas frunció el ceño.

—Te prometo que nunca he conocido a nadie con tanto talento. Me parece imposible que alguien no lo vea.

Ese tipo de comentarios me calaban más hondo de lo que él imaginaba.

Después de la cena, volvimos caminando un tramo hasta el parking donde habíamos dejado el coche de Lucas, disfrutando del aire fresco y de la ciudad iluminada. Me sentía ligera, llena. Y lo miré, sin que él lo notara, con una sensación de gratitud que me recorrió por dentro.

Miércoles 14

Decidimos salir a correr. Empezamos con un calentamiento rápido en el cuarto de invitados, donde Lucas tenía varias esterillas y algo de material deportivo. No se fiaba de que pudiera terminar lesionada. Según él, era por precaución; según yo, porque me subestimaba. No entendía por qué pensaba eso de mí… si nos reencontramos corriendo. Aunque, bueno, también me choqué con él. Punto para él.

Al principio, todo fueron risas y provocaciones.

—Intentaré no dejarte atrás —le dije mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza y notaba cómo los músculos empezaban a desperezarse.

Lucas soltó una carcajada y se inclinó hacia mí con una ceja levantada.

—Eso me muero por verlo.

Arrancamos a trotar a un ritmo suave. El aire fresco nos acompañaba, y el sonido de nuestras pisadas sobre el asfalto se mezclaba con el de las hojas moviéndose a nuestro paso. No pasaron ni cinco minutos cuando ya estaba jadeando, y él, a mi lado, parecía como si acabara de empezar: ni una gota de sudor, ni un gesto de esfuerzo.

—¿No te cansas nunca? —pregunté entre bocanadas de aire, haciendo un esfuerzo monumental por mantener la compostura.

—¿De correr o de ti? —respondió sin perder el aliento, con una sonrisa ladeada.

Puse los ojos en blanco y solté una risa corta, más por orgullo que por energía. Lucas no solo no se alejaba, sino que me esperaba en cada esquina, con las manos en la cintura, como si no le importara el ritmo. Como si, de hecho, le gustara ir más lento si eso significaba estar conmigo.

—Esto es casi tan divertido como verte cocinar —soltó en cuanto me alcanzó tras una pequeña cuesta, con esa voz burlona que usaba

cuando sabía que me sacaba de quicio.

—Esto es una tortura, no diversión. No confundas conceptos —gruñí, con las piernas ardiendo y el orgullo a punto de sentarse en la acera.

Lucas rió sin disimulo y se acercó un poco más, bajando el ritmo para acompañarme. No dijo nada, pero noté cómo me miraba de reojo, pendiente, atento. Como si todo el sarcasmo no pudiera tapar que, en el fondo, solo quería que estuviera bien.

Vale, sí. Yo corría muy tranquilamente.

Y esta era apenas la segunda vez que salía este mes. Puede que necesitara un par de días más para coger el ritmo. O toda una vida si él seguía mirándome así.

Cuando llegamos a casa, empapados y riendo, nos metimos en la ducha —aún no estoy segura de que ducharnos juntos ahorre agua, pero tampoco pienso quejarme—. Después, el día nos arrastró de vuelta a la rutina. Lucas se instaló en la mesa del salón, con la luz del balcón bañando sus papeles mientras cerraba unos informes que debía llevar a Barcelona. Yo me acomodé en el escritorio que me había cedido durante toda la semana —ese pequeño gesto que, sin decirlo, me había hecho sentir bienvenida— y continué ajustando algunas ideas para los próximos bocetos, considerando también cómo podrían integrarse en el espacio de la exposición.

Mientras trabajábamos en silencio, cada uno en su mundo, sentía que ese equilibrio sencillo entre los dos era, en sí mismo, una forma de intimidad.

Jueves 15

Esa tarde fuimos a pasear sin rumbo. Me había puesto un vestido lila y sandalias; Lucas iba guapísimo con unos vaqueros grises y una camisa negra. No teníamos pensado hacer nada en especial, pero creo que el día lo iba a merecer.

Lucas y yo entramos en una pequeña librería cerca de Madrid Río. Se llamaba *Derivas*. Desde el primer paso, sentí cómo algo dentro de mí se aflojaba. El suelo de madera crujía suavemente bajo nuestros pies y el olor a libros nuevos, mezclado con el aroma a café recién hecho, flotaba en el aire como una promesa silenciosa.

La librería era una maravilla. Las paredes, de un azul profundo, creaban un ambiente acogedor, como si invitaran a bajar la voz y quedarse a vivir entre los libros. Las estanterías de madera clara estaban repletas de títulos de todos los géneros, y la decoración, cálida y cuidada, hacía que todo resultara casi irreal. A un lado, varias butacas amarillas junto a una mesa de madera sugerían un rincón perfecto para presentaciones o tardes de lectura. Más al fondo, se intuía una pequeña zona con sillas y mesas donde se podía tomar un café, rodeados del olor a tinta y papel.

—¿Te imaginas pasar aquí una tarde entera? —le pregunté en voz baja, girándome hacia él mientras caminábamos despacio entre los pasillos.

Lucas detuvo sus pasos y me miró con esa media sonrisa suya, esa que no era ensayada, que aparecía solo en momentos como este, cuando parecía olvidar el mundo.

—Me lo imagino perfectamente —respondió, como si la idea no pudiera resultarle más tentadora.

Seguimos paseando entre los estantes sin prisas. Nuestros dedos rozaban las cubiertas como si buscáramos algo que no sabíamos nombrar. A veces, sin querer, nuestras manos se cruzaban al alcanzar un mismo libro, y uno de los dos reía por lo bajo antes de retirarse con una excusa tonta. No estábamos buscando nada en

concreto, pero en un lugar así, cualquier hallazgo se sentía como un pequeño tesoro compartido.

Me detuve frente a la estantería de *thriller*, inclinando un poco la cabeza mientras recorría los lomos con la vista. Lucas se quedó a mi lado, en silencio, observando mientras hojeaba un título que me llamó la atención.

—*Los muertos no saben nadar* —leí en voz alta, divertida.

Cuando levanté la mirada, él me observaba con una sonrisa ladeada, esa que usaba cuando se daba cuenta de que llevábamos más tiempo del previsto en algún sitio y a ninguno le importaba. Me encogí de hombros, sin disculpas, porque allí, entre libros, con él, con la luz cálida acariciando los lomos de las estanterías… me sentía en paz. Como si todo encajara. Como si ese rincón se hubiera convertido en un refugio sin pretenderlo.

Después salimos de la librería y caminamos unas calles más hasta la heladería *Mistral*. El aire fresco de la tarde nos despejaba un poco y las luces cálidas de los locales comenzaban a encenderse. Al llegar a la fila, Lucas se inclinó hacia mí, lo justo para que solo yo pudiera escuchar.

—Hay un grave problema —murmuró junto a mi oído, con el tono serio de quien revela un secreto.

—¿Cuál? —pregunté alzando una ceja, sin poder evitar sonreír.

—No sé cuál es tu sabor favorito —dijo, entre divertido y ligeramente nervioso, como si de verdad eso fuera un dato crucial.

Me giré un poco hacia él, cruzando los brazos.

—Vaya, pues tenemos el mismo problema —repliqué—. Porque yo tampoco sé el tuyo.

Lucas se rió, bajando la vista con gesto encantadoramente torpe, como si no esperara que le respondiera con lo mismo. Ya solo quedaba una persona delante.

—Tranquilo, es fácil. Chocolate o *stracciatella* —dije, encogiéndome de hombros—. ¿Y el tuyo, vainilla o algo así?

Me miró, y por un segundo pareció que iba a responder. Pero nos tocó el turno y, sin más, se giró hacia el mostrador.

—Buenas. Dos tarrinas: una de chocolate y *stracciatella*, la otra solo de vainilla, por favor.

Lo miré con sorpresa contenida.

—¿He adivinado?

—Has tenido suerte, parece… —dijo, entregándome la mía mientras me rozaba los dedos con los suyos sin querer. O queriendo, no lo supe.

Pagó él, aunque prometió dejarme invitar a la cena más tarde. Lo mínimo, decía, después de todo lo que me había "obligado" a correr y caminar esa semana.

Nos sentamos en un banco cercano, y mientras el helado se derretía despacio, hablamos. De nuestras familias. De lo que nos daba miedo. De deseos que aún no nos atrevíamos a confesar. Las conversaciones fluían sin filtros, con esa naturalidad que empezaba a parecer mágica, pero que también imponía.

Más tarde, ya en casa, nos acurrucamos en el sofá con una película de fondo que ninguno estaba viendo del todo. Las luces bajas, su brazo rozando el mío, y el sonido bajo de la tele creando un murmullo de fondo.

Noté que Lucas estaba distraído. Yo también lo estaba.

—¿En qué piensas? —me preguntó, rompiendo el silencio sin querer romper la calma.

Tardé unos segundos en contestar.

—En lo fácil que es esto contigo. Y lo mucho que asusta.

Se giró hacia mí, buscando mi expresión.

—¿Por qué?

Tragué saliva, como si ponerlo en palabras fuera más complicado de lo que pensaba.

—Porque todo lo que se vuelve importante… da miedo.

Asintió. No necesitaba más explicación. Lo entendía demasiado bien.

Y, como si mi mente se empeñara en sabotearme, pensé en Ángel. En cómo algo que parecía bonito se había vuelto dolor. En cómo me prometí no volver a entregarme del todo. Me removí, incómoda. Lucas giró un poco la cabeza, notando el cambio.

—¿Todo bien?

—Sí… Solo recordé algo. Pero no quiero hablar de eso ahora.

Lucas no insistió. Solo deslizó su mano hasta la mía, dejándola ahí, cálida y firme. No dijo nada más. Y ese silencio… fue el mejor consuelo.

Viernes 16

Nos levantamos temprano. La casa estaba en calma, casi en silencio. Mientras recogíamos lo poco que habíamos dejado la noche anterior, Lucas me preparó el desayuno sin decir mucho. Se movía con soltura por la cocina, como si preparar dos tazas —la mía con Cola Cao— en lugar de una fuera lo más natural del mundo. Compartimos el desayuno en la barra, sentados uno frente al otro, con los pies descalzos rozando el suelo frío.

—¿Sabes lo que me encantaría? —pregunté de pronto, sin levantar la vista de la taza entre mis manos.

—¿El qué? —me miró intrigado, apoyando los codos sobre la encimera, dándome toda su atención.

Jugué con la cucharilla en el borde de la taza, sin atreverme del todo a sostenerle la mirada.

—Poder quedarme más, no quiero irme —susurré, más para mí que para él.

Lucas no respondió enseguida. Solo se quedó en silencio unos segundos, como si necesitara asegurarse de que lo había escuchado bien. Luego, su voz sonó baja, firme, sincera:

—Yo tampoco quiero que te vayas.

Levanté la mirada y me encontré con la suya. Estaba ahí, tan abierta, tan sin defensa, que algo se me removió por dentro.

—¿Y si lo arruinamos todo después de esto? —pregunté en voz baja, como quien lanza una pregunta al vacío sabiendo que da miedo la respuesta. Lucas me sostuvo la mirada.

—¿Y si no? —dijo, casi en un susurro, como si la esperanza pudiera caber en una sola frase.

Sus ojos tenían esa forma de mirar que siempre parecía ver más de lo que yo quería mostrar. No dijimos mucho más. No hizo falta. Cuando me alcanzó una tostada, sus dedos rozaron los míos de forma tan sutil que me dejaron la piel encendida. Nuestras miradas se encontraron tantas veces entre sorbo y bocado, entre silencios y

pequeñas sonrisas, que cada cruce parecía un pacto silencioso. Una promesa que no necesitaba ser dicha.

Nos movíamos por la cocina con una sincronía que no tenía sentido para dos personas que apenas estaban empezando a redescubrirse. Yo guardaba los platos; él enjuagaba las tazas. Como si hubiéramos hecho esto mil veces. Como si el cuerpo ya supiera lo que quería, aunque la cabeza aún dudara.

Antes de terminar de recoger, Lucas me pidió que revisara si tenía todo mientras él preparaba un termo con café para su viaje. Se agachó para coger la tapa del armario bajo el fregadero, con ese gesto cotidiano que, en él, se convertía en una muestra más de su manera de cuidar sin hacer ruido.

—¿Quieres algo para el camino? —me preguntó mientras cerraba el termo. Levanté la vista desde mi mochila, sorprendida por el detalle.

—No, gracias… —sonreí, con un nudo en la garganta—. Nadie me había cuidado así en mucho tiempo.

No dijo nada. Solo me miró. Y en ese gesto sin palabras sentí algo que pesaba más que muchas conversaciones enteras.

—Te avisaré cuando llegue al hotel —dijo mientras se ponía la chaqueta—. Ten cuidado en la carretera.

—Sí, tranquilo. Ve a por ello —respondí, acercándome un poco más—. Sé que saldrá genial, suerte con la reunión.

—Gracias. Nos vemos pronto.

—Nos vemos pronto —repetí, como si al decirlo en voz alta pudiera invocar ese reencuentro.

Cuando salimos hacia nuestras obligaciones, con las mochilas al hombro y los pasos tranquilos, supe que ya no volvería a ser la misma. Porque con Lucas, cada día había sido como una vida entera.

Y, aun así, quería más.

Capítulo 20

Lucas

El taxi se detuvo frente a la terminal, pero mi cabeza no estaba allí. Estaba a cientos de kilómetros. Estaba en Madrid. Estaba con ella.

Mientras el conductor me deseaba buen viaje y me tendía el recibo, yo solo pensaba en la forma en que Mar se había despedido esa mañana. Esa media sonrisa, ese *suerte en la reunión*, tan simple y tan cargado a la vez. Porque sabía que, detrás de esas palabras, había algo más. Y yo… joder, yo estaba completamente ido.

Crucé el aeropuerto en piloto automático. Me había subido a este vuelo cientos de veces. Había venido por trabajo, por presentaciones, incluso por vacaciones. Pero esta vez era distinto. Esta vez, cada paso que daba hacia el avión me alejaba de algo que no sabía cómo nombrar, pero que ya no quería soltar.

¿Cómo era posible que todo esto hubiera empezado hace solo unos días? ¿Cómo podía doler tanto dejarla atrás, aunque fuera por poco tiempo? Y lo peor… lo más jodidamente absurdo de todo, es que podríamos haber tenido esto hace años. Y no lo hice. No lo intenté. Por miedo, por inseguridad, o por puro orgullo. Me sentía un imbécil.

Pero lo que me dolía aún más —lo que hacía que apretara los dientes mientras pasaba el control de seguridad— era saber que ella, en algún momento, llegó a pensar que no era suficiente para mí. ¿Cómo? ¿Cómo podía no verse? ¿Cómo no podía entender que, desde que volvió a mi vida, no había podido pensar en otra cosa que no fuera ella?

La forma en que me miraba cuando creía que no la estaba mirando. Su risa. Su fuerza, su sensibilidad. Todo eso y más. Mar no era *suficiente*. Era *demasiado*. Era *todo*.

Ya en el avión, mientras el cielo empezaba a teñirse de tonos anaranjados, repasé mentalmente la agenda del fin de semana: reuniones con los directores de ingeniería y producto, cenas de trabajo con los socios estratégicos, y un desayuno clave con uno de los inversores más grandes del grupo. Era mi oportunidad para cerrar el proyecto, conseguir el visto bueno y que, por fin, pudiéramos entrar en la fase de pruebas y fabricación.

Todo lo que había trabajado durante meses, todo el esfuerzo acumulado, se jugaba este fin de semana. Y, sin embargo, mi atención estaba dividida.

***

Llegué al hotel con la misma sensación que me acompañaba desde que despegamos. De vacío. De ganas. De urgencia.

Me duché rápido, con el agua caliente cayendo sobre la nuca, pero ni eso me relajaba. Cogí el móvil más de una vez. Lo encendí. Lo desbloqueé. Y lo dejé otra vez en la mesilla.

¿Era muy pronto? ¿Pensaría que era un pesado? ¿Que estaba forzando las cosas? ¿Y si estaba trabajando? ¿Y si la distraía? ¿Y si creía que me estaba tomando esto demasiado en serio?

Intenté distraerme. Repasé los informes. Corregí un par de gráficas. Pero no podía concentrarme. Y cuando dejé la tablet a un lado, las imágenes de ella regresaron.

La recordaba bailando en la discoteca, con ese vestido negro que parecía hecho a medida, con su risa libre y su mirada brillante entre mis amigos. Y la terraza del Insólito… el vestido de flores, la ciudad iluminada detrás, y esa sonrisa. Esa maldita sonrisa que era incapaz de sacarme de la cabeza.

¿Cómo podía alguien llenar tanto sin apenas decir una palabra?

Antes de cagarla por precipitarme, marqué otro número.

—¿Lucas? —la voz de Alicia sonaba confundida al otro lado—. ¿Todo bien? Pensé que estabas en Barcelona.

—Hola, Ali. Lo estoy. Solo… necesito preguntarte algo.

—¿Qué pasa? —preguntó, aún con ese tono a medio camino entre la intriga y el "esto va a ponerse interesante".

—En un caso hipotético… si conocieras a alguien y conectaras con esa persona en serio… ¿te gustaría que te llamara pronto? Quiero decir, ¿aunque fuera solo para asegurarse de que has llegado bien? ¿O crees que sería demasiado?

Hubo una pausa. Muy breve. Y luego, una risa suave.

—No estás hablando de un caso hipotético, ¿verdad?

No respondí. No hacía falta.

Alicia bajó la voz. Su tono cambió.

—Llámala, Lucas. En serio, le alegrará. Lo sé porque lo he visto en sus ojos. Está tan metida como tú.

Sentí el rubor subirme a la cara como si tuviera quince años. Me pasé una mano por la cabeza, incómodo y agradecido a la vez.

—Gracias —murmuré, algo avergonzado.

—No tienes de qué. Y no me hagas quedar mal, ¿eh? —añadió con una risa.

Colgué. Miré el móvil. Respiré hondo. Y, por primera vez, dejé que la emoción le ganara al miedo. Pulsé el botón para llamarla.

Capítulo 21

Mar

Durante el camino de vuelta no dejé de pensar en la locura que había puesto patas arriba mi vida. ¿Cómo era posible que mi torpeza al correr me hubiera llevado a esto? Lucas es un chico increíble, pero también es cierto que nunca quise buscar nada más por algo.

Abrí la puerta de mi piso y solté un suspiro largo. El silencio me envolvió de inmediato, en contraste con los últimos días llenos de conversaciones, miradas y momentos con Lucas. Dejé la maleta a un lado y me pasé la mano por el cabello, sintiendo una extraña sensación de vacío.

Ya está. Se acabó.

No quería que sonara tan dramático, pero ¿qué otra cosa podía pensar? Una semana en su mundo había sido suficiente para sentirme completamente fuera de lugar en el mío.

—¡Por fin! —La voz de Mia me sacó de mis pensamientos. Apareció en el pasillo con una gran sonrisa y los brazos abiertos—. ¿Cómo ha ido todo? ¿Lo has pasado bien? ¿Hubo muchos más besos? ¿Momentos románticos dignos de película? ¿Y el sexo?

Reí sin ganas mientras me dejaba caer en el sofá.

—Hola, Mia. Sí, gracias, también te he echado de menos.

—Oh, por favor. No me vengas con formalidades. Cuéntamelo todo.

Abrí la boca para empezar a hablar, pero me detuve. ¿Por dónde se suponía que debía empezar? ¿Por la cita en el rascacielos? ¿Por la forma en que Lucas me miraba cuando creía que no me daba cuenta? ¿O por la sensación de que, ahora que había vuelto, todo podía desvanecerse en cuestión de días?

Mia frunció el ceño al ver mi expresión al entrar en el salón. Yo me dejé caer en el sofá, abrazando mis propias piernas, con la capucha

de la sudadera a medio subir.

—¿Mar? —preguntó, ladeando la cabeza con preocupación.

Jugueteé con la manga, sin atreverme a mirarla todavía. Notaba el nudo en la garganta desde que crucé la puerta.

—Fue increíble —dije por fin, casi en un suspiro—. Pero también… no lo sé.

Mia se sentó a mi lado despacio, abrazando un cojín contra el pecho, como si necesitara amortiguar lo que estaba a punto de escuchar.

—¿Qué pasa?

Me quedé mirando un punto fijo en la alfombra, como si ahí pudiera encontrar una respuesta mejor que la que ya conocía y Audrey se tumbó entre nosotras.

—Es Lucas. Su vida es… enorme. Su trabajo, sus proyectos, todo lo que tiene por delante. Y yo soy…

—No empieces —me cortó, alzando la mano y señalándome con el dedo—. No me salgas con la tontería de que "solo" eres una ilustradora.

Me encogí de hombros, sintiéndome ridícula por decirlo y, al mismo tiempo, convencida de que era verdad.

—No es una tontería —murmuré, con la voz más baja—. Quiero decir… ¿por qué querría seguir hablando conmigo cuando tiene tantas cosas más importantes en qué pensar?

Mia bufó, dejando el cojín a un lado con gesto brusco.

—Mar, ¿escuchas lo que estás diciendo? —se giró hacia mí completamente—. Si no le importaras, no te habría llevado a esa cita, no te habría hecho un hueco en su semana, no se habría esforzado en hacerte sentir parte de su mundo.

Desvié la mirada. La pared me resultó más fácil que sus ojos.

—Sí, pero ahora ya se acabó.

Ella parpadeó, como si no pudiera creérselo, y luego soltó una risa seca, incrédula.

—¿Se acabó? ¿Perdona? —Se acercó un poco más, como si necesitara asegurarse de que me oía bien—. Mar, llegaste hace menos de dos horas. ¿Y ya has decidido que todo se ha terminado sin siquiera darle la oportunidad de demostrar lo contrario?

Sentí cómo me ardían los ojos. Me los froté con la manga sin mirarla. No quería llorar. No otra vez.

Abrí la boca para responder justo cuando comenzó a sonar mi móvil.

Mia y yo nos miramos al mismo tiempo.

—Si es publicidad —murmuró ella—, juro que voy a gritar.

Tragué saliva y cogí el móvil. La pantalla mostraba su nombre: Lucas.

Mi corazón se aceleró al instante.

Mia, a mi lado, me hacía gestos exagerados con las manos, indicándome que contestara ya. Asentí, pero antes de deslizar el dedo por la pantalla, tuve que tomar aire. Sentía el pulso en las sienes.

—Hola —dije, con la voz un poco más baja de lo habitual.

—Hola —su voz sonó cálida, como si me acariciara desde el otro lado—. ¿Llegaste bien?

Cerré los ojos un segundo, dejándome envolver por ese tono familiar. Sentí cómo el alivio me recorría despacio, como si no me hubiera dado cuenta hasta entonces de lo mucho que necesitaba escucharlo.

—Sí, hace un rato. ¿Y tú?

—Un vuelo aburrido, pero bien. Quería llamarte antes de que empiece el caos mañana.

Me mordí el labio, jugueteando con la manga de mi sudadera.

—¿Caos?

—Reuniones desde temprano, comidas de trabajo... Mis jefes quieren que hable con absolutamente toda persona que tenga que dar el visto bueno al proyecto. Va a ser un no parar —explicó con tono cansado, pero sin queja.

Noté una punzada en el estómago. Intenté que mi voz no la reflejara.

—Vaya, sí que estarás ocupado.

Lucas suspiró al otro lado. Lo escuché con claridad.

—Sí. Pero quería avisarte. No creo que vaya a poder estar mucho al móvil este fin de semana, pero el lunes te llamaré en cuanto regrese a Madrid.

Apreté el móvil un poco más fuerte. No respondí de inmediato. Mi parte racional entendía la situación. Pero otra parte, más frágil, no podía evitar preguntarse si lo decía por compromiso. Si era una despedida disfrazada de promesa.

—Está bien —logré decir, manteniendo el tono firme, aunque sentía el pecho un poco más apretado de lo que me gustaba admitir.

Mia me miró de reojo desde el sofá, sin decir nada, pero con una ceja levantada. Yo giré un poco para que no viera mi expresión completa.

—Hablamos pronto, ¿vale? —dijo él—. Pásalo muy bien este finde.

—Vale —respondí, tragando saliva—. Gracias. Suerte con el proyecto.

—Gracias. Descansa, Mar.

—Y tú también.

Cuando colgué, la pantalla se volvió negra. Me quedé un segundo con el móvil entre las manos, como si todavía pudiera sentir el eco de su voz ahí dentro. Mia me observaba con una ceja arqueada.

—¿Se acabó, decías? —preguntó, cruzándose de brazos como si disfrutara más de la situación de lo que debía.

Me pasé una mano por la cara, intentando no reírme, aunque ya me temblaban los labios.

—Cállate —murmuré, sin conseguir disimular la sonrisa que se me escapaba.

Ella soltó una risa suave y se inclinó para abrazarme de lado, con un gesto cálido, de esos que solo Mia sabía dar sin ponerse intensa.

—Tranquila. Si él no ve lo increíble que eres, es un idiota. Pero te aseguro que no lo parece.

Apoyé la cabeza contra el respaldo del sofá y dejé escapar el aire lentamente, como si el solo hecho de decirlo todo en voz alta hubiera aligerado un poco el peso. El nudo en el estómago seguía ahí, persistente, pero ahora era un poco más fácil de ignorar. Como si al compartirlo, se hiciera más pequeño.

—Voy a preparar un café —dije de pronto, incorporándome con movimientos algo lentos.

—¿A las nueve de la noche? —Mia me miró con burla, una ceja alzada y los brazos abiertos en gesto teatral—. ¿Piensas dormir en

algún momento? Además, tú no tomas café…

Me giré con una sonrisa ladeada mientras caminaba hacia la cocina.

—Tengo trabajo —solté, como quien lanza una excusa demasiado conveniente.

Mia suspiró, dramatizando aún más.

—Venga, cuéntame.

Me detuve justo al llegar al marco de la puerta. La miré por encima del hombro, con una sonrisa cansada, pero distinta. Una que traía algo nuevo detrás.

—Tengo claro lo que quiero hacer para la exposición.

Ella se incorporó de golpe, con los ojos bien abiertos.

—¡Por fin! ¿De verdad?

Asentí, jugando con la manga de la sudadera entre los dedos.

—Sí. Ahora todo tiene sentido en mi cabeza. Solo tengo que plasmarlo bien.

Mia dio un pequeño salto en el sofá, emocionada, como si la noticia fuera suya.

—¡Mar, eso es genial!

Se levantó de un salto y me abrazó como si acabara de anunciarle que había ganado la lotería.

—Bueno, bueno, aún tengo que trabajar en el dossier, y ni siquiera es la versión final.

—Da igual. Es un paso enorme.

Sonreí. Lo era.

***

Ese fin de semana lo pasamos juntas. Mia me obligó a ver películas románticas —de esas con finales previsibles y música emocional—, y yo la convencí para ver una de acción llena de explosiones, persecuciones imposibles y diálogos que nos hacían reír por lo malos que eran. Pasamos horas criticando vestuarios, debatiendo si los personajes estaban bien escritos y, sobre todo, riéndonos como hacía tiempo que no lo hacíamos.

También leímos un rato, cada una con su libro y los pies entrelazados, con Audrey encima sirviéndonos de manta. Salimos a

pasear por el pueblo, esa rutina tranquila que tanto bien nos hacía. Merendamos en nuestra cafetería favorita, la de siempre, con sus tazas de colores y los bizcochos caseros. Allí, entre sorbos de batidos y bocados dulces, le conté con todo detalle cómo había ido mi semana con Lucas: desde el primer desayuno en pijama hasta la última conversación en la cocina. Mia escuchaba con los ojos muy abiertos y una sonrisa pegada al rostro, como si estuviera viendo una película en directo.

También aprovechamos para dar paseos largos con Audrey. Nunca venía mal tener un perro para hacer ejercicio, aunque no fuese mío. Audrey nos llevaba de un lado a otro con una energía inagotable, y Mia y yo nos turnábamos para sujetar la correa entre carcajadas y confesiones improvisadas.

Mia me ayudó a organizar el dossier de la exposición. Aún faltaban semanas para entregarlo, pero la empresa quería las ideas principales para empezar a planificar, y yo tenía la reunión el lunes a primera hora. Discutimos posibles temas, agrupamos conceptos, reordenamos las ilustraciones preliminares e incluso diseñamos una portada provisional. Su ayuda fue clave, pero lo que más agradecí fue su entusiasmo sincero, la forma en la que creía en mí incluso cuando yo dudaba.

El domingo, cuando terminamos de encuadernar el dossier, nos tiramos en el sofá, exhaustas pero satisfechas, preparadas para cenar la pizza que habíamos pedido. Mia debió ver mi cara de emoción por haber avanzado tanto, porque sonrió con esa expresión suya, entre cómplice y orgullosa.

—Y hablando de pasos enormes… —Mia se mordió el labio, con un brillo de emoción en los ojos—. Creo que ha llegado el momento de hablar con el profesor.

—¿En serio? —Me giré hacia ella, sorprendida—. ¿Después de tanto tiempo suspirando por él?

—Después de tanto tiempo, sí. —Se encogió de hombros a modo de disculpa—. Si no lo hago ahora, me arrepentiré toda la vida. Prefiero que me diga que no está interesado a quedarme con la duda para siempre.

La miré con admiración genuina.

—Me encanta esta locura tuya.

Mia sonrió.

—Las mejores decisiones suelen parecer una locura al principio.

—Sí… —Susurré, mi mente regresando sola a Lucas. A lo vivido. A lo que quizás podía ser.

Ella me estudió con atención y, sin decir nada más, me pasó la lata de Coca-Cola.

—Por nosotras. Por las locuras que valen la pena.

Chocamos los vasos con una sonrisa. Y aunque la incertidumbre seguía ahí, por primera vez en mucho tiempo sentí que todo estaba donde debía estar. Al menos, lo relativo al trabajo. Por momentos, me sentía tranquila, emocionada por todo lo que estaba por venir. Pero en otros, el nudo en mi estómago volvía, apretando justo cuando me permitía imaginar más de lo que debía.

Lucas no me escribió. No me llamó. No es que esperara que lo hiciera. Me lo había advertido. Sabía que tendría un fin de semana lleno de reuniones, cenas y responsabilidades. Y aun así, no podía evitar pensar en él. En su voz. En sus ojos. En cómo me hizo sentir durante esos días. Como si todo encajara. Como si, por fin, alguien hubiera visto quién era realmente y hubiera decidido quedarse.

Capítulo 22

Mar

El lunes por la mañana llegué a la empresa con el corazón latiendo a un ritmo que no lograba controlar. El aire fresco no bastaba para calmarme. Sabía que la reunión con Carlos y Victoria sería intensa, como siempre, pero esta vez tenía algo importante entre manos. Me sentía orgullosa del dosier e imprimí varias copias para mostrarlo sin dificultades. Había avanzado mucho durante el fin de semana, lo suficiente como para pensar que quizá, por primera vez, las cosas fluirían sin demasiada resistencia.

Respiré hondo antes de entrar a la sala de reuniones. Carlos, con su expresión serena de siempre, me saludó con una leve sonrisa. Victoria, en cambio, apenas levantó la mirada de los papeles que tenía frente a ella. Su impecable blazer beige y su moño perfectamente recogido no ayudaban a calmar mis nervios.

Dejé los dosieres sobre la mesa con las manos más firmes de lo que me sentía por dentro. Comencé la presentación, desglosando cada una de las ideas principales con voz medida. Les mostré los primeros bocetos, acompañados de las emociones que pretendía transmitir con cada obra. A medida que hablaba, sentía cómo la tensión disminuía levemente. Tenía un buen proyecto. Lo sabía. Y durante unos segundos, el silencio tras mi explicación me pareció positivo.

Carlos hojeaba los papeles lentamente. Victoria los analizaba con el ceño ligeramente fruncido. El tiempo se estiraba con una lentitud cruel. Mi corazón empezó a retumbar otra vez. Finalmente, Victoria levantó la vista.

—Mar, esto es brillante —dijo con una sonrisa sutil—. Tiene fuerza, tiene mensaje y tiene sensibilidad. Es justo el tipo de trabajo que queremos mostrar.

Sentí una oleada de alivio tan intensa que casi me mareo. Sonreí, relajando los hombros por primera vez en toda la mañana. Pero cuando miré a Carlos, su rostro seguía inmóvil, casi preocupado.

—¿Pasa algo? —pregunté, el alivio transformándose en una nueva punzada de inquietud.

Carlos suspiró y desvió la mirada hacia Victoria, quien asintió con suavidad. El silencio se volvió espeso.

—Tu propuesta es excelente, pero hay un problema —dijo al fin, sin rodeos.

Mi estómago se contrajo.

—¿Qué problema?

Victoria dejó el dosier cerrado sobre la mesa, cruzó las manos con calma y me miró fijamente.

—La exposición ha sido adelantada. Necesitamos que esté lista para el 20 de mayo.

Durante unos segundos, las palabras no tuvieron sentido. La fecha sonaba lejana en teoría, pero yo sabía exactamente lo que implicaba.

—¿Perdón? —logré decir—. ¿Pero no se suponía que sería en julio?

Carlos asintió, con un tono comprensivo pero firme.

—Lo era. Pero hubo cambios de última hora en la disponibilidad del espacio. Y si no lo aprovechamos ahora, lo perderemos.

—No podemos darnos el lujo de esperar —añadió Victoria—. La inversión ya está comprometida. Y tú eres la cara de esta exposición. La que da coherencia a todo el discurso visual.

Mi mente empezó a calcular, a multiplicar, a dividir. Hoy era 19 de abril. Tenía exactamente un mes. Veinte piezas. Algunas solo esbozadas. Otras, ni siquiera pensadas. No era presión. Era una avalancha.

—Sabemos que es una locura —dijo Carlos, bajando un poco la voz—. Por eso no pedimos un dosier final ahora. Pero la agencia de comunicación necesita al menos diez obras terminadas en dos semanas para empezar a mover la campaña. Carteles, web, redes sociales...

Las palabras se acumulaban como una catarata. Diez obras. Catorce días.

Intenté disimular el temblor en mis manos. Respiré profundo, agarrándome a cualquier brizna de valentía que quedaba en mí.

—Lo haré —susurré. Mi voz no tembló, pero mi cuerpo sí.

Carlos me miró largo rato antes de asentir.

—Sabemos que puedes con esto. Solo… ten cuidado. No queremos que te quemes.

Victoria, en cambio, me dio una sonrisa breve pero genuina.

—Confiamos en ti, Mar.

Salí de la sala sintiéndome al mismo tiempo una heroína y una impostora. Como si acabara de aceptar una misión imposible y solo ahora fuera consciente del precio.

Durante el camino a casa, el ruido de la calle se convirtió en un murmullo lejano. Sentía que llevaba encima una losa invisible. Conduje sin recordar ni un segundo del trayecto. Cuando llegué, cerré la puerta con el mismo cuidado con el que se cierran los secretos. Dejé el bolso en el suelo y, sin pensarlo, me dejé caer junto a él. Mis manos cubrieron mi rostro mientras el vértigo se expandía por mi pecho.

Las lágrimas salieron sin permiso. De frustración. De miedo. De agotamiento anticipado. No sabía por dónde empezar. No sabía si podía hacerlo sola. No sabía nada.

Escuché la llave girar en la cerradura. Mia entró con su energía habitual, pero al verme en el suelo se detuvo de golpe.

—Mar… —se acercó de inmediato, su voz cargada de preocupación —. ¿Qué ha pasado?

No pude responder enseguida. Solo lloré. Cuando finalmente logré hablar, le conté todo: la nueva fecha, el cambio de planes, la locura que ahora era mi agenda. Mia escuchó con atención, sin interrumpirme, y cuando terminé, se arrodilló frente a mí y me abrazó con fuerza.

—Vale —dijo al separarse—. Lo primero, respira. Lo segundo, no estás sola. Yo me encargaré de que comas, de que duermas, y de que no te conviertas en un zombi histérico.

A pesar del caos en mi pecho, solté una risa ahogada.

—Gracias, Mia.

—No me des las gracias aún. Porque te voy a controlar. Y vas a odiarme en el proceso. Pero no pienso dejarte sola en esto. Lo vamos a sacar adelante.

Asentí, limpiándome la cara con las mangas. Tal vez fuera una locura. Tal vez no pudiera con todo. Pero si alguien podía ayudarme a sostener el mundo mientras lo intentaba, era Mia.

Me levanté, hice un café y me metí en la habitación.

—¡PERO SI TÚ NO BEBES CAFÉ! —me gritó Mia mientras me iba, con cara de sorpresa.

—Pues imagínate lo desesperada que estoy —cerré la puerta y me fui a mi escritorio para ponerme manos a la obra o, en mi caso, a las obras.

***

Esta semana estaba siendo una mierda. No había podido parar de trabajar ni un segundo, con el objetivo obsesivo de llegar a la próxima reunión con todo perfecto. Pero lo peor no era el trabajo. Lo peor era la idea que me rondaba desde hacía días: presentar esta exposición sin Lucas. Cada hora que pasaba sin noticias suyas hacía que esa posibilidad fuera más insoportable.

No sabía nada de él desde el lunes. Me escribió para decirme que había llegado, que estaba hasta arriba con el cierre del proyecto, que necesitaba concentrarse. Y ya está. Nada más. Silencio.

Sabía que eso podía pasar. Sabía que su vida seguía, que el proyecto que tenía entre manos podía absorberlo por completo. Pero una parte de mí, la que siempre había sido más insegura, no dejaba de pensar que, si el silencio había durado tanto, quizá significara que todo se había terminado antes siquiera de empezar. Que yo me había imaginado más de lo que había. Que había sido una ilusión bonita... y unilateral.

Y si era así… ¿qué sentido tenía lo que estaba haciendo?

Lucas no lo sabía, pero tuve la idea de mi exposición por él. Por cómo me sentí después de ese fin de semana, por las cosas que me inspiró sin siquiera saberlo. No se lo comenté porque quería sorprenderle. Porque quería que viera algo de sí mismo en cada una

de las ilustraciones. Pero tampoco me atreví a hablarle en toda la semana. No por orgullo, sino por miedo. Miedo a que no respondiera. Miedo a que lo hiciera con frialdad. Miedo a confirmar que lo nuestro no tenía futuro, que no estaba tan interesado, que yo no era suficiente.

Y eso… eso sí que me hundiría.

Durante esos días, Mia había estado más pendiente de mí que nunca. Me dejaba platos de comida junto al escritorio, me recordaba que debía salir a tomar el aire, me hablaba de cualquier cosa menos del tema que me tenía al borde. Agradecía todo eso, pero no podía corresponderle. No tenía energía. Me sentía atrapada en un ciclo de ansiedad del que no podía salir. Si me detenía, aunque fuera un segundo, todo se vendría abajo.

El jueves por la noche, después de otro día igual a los anteriores, me senté en el sofá. Mia estaba ahí, como siempre, con su té y su paciencia infinita. No planeaba decir nada, pero las palabras salieron solas.

—Siento que todo esto va a salir mal, Mia. No sé nada de Lucas… y sin él, esto no tiene sentido.

Mia me miró y, por un momento, vi algo parecido a la lástima. Se recompuso enseguida y habló con suavidad.

—Estoy segura de que todo irá bien. Aunque no hayas sabido de él, sabes que estaba terminando el proyecto. Además, tú tampoco le has hablado, ¿no?

Asentí con la mirada baja.

—Pues ahí lo tienes. Cuando las cosas se calmen un poco, seguro que retomáis el contacto. Pero ahora, sigue con tu idea, porque es preciosa. Y porque es tuya, Mar.

No respondí. No quería hablar más del tema. Solo asentí y me obligué a aceptar su optimismo, aunque no lo compartiera. Al final, me levanté y me fui a la cama. Tenía que madrugar. Tenía que avanzar con esto, costase lo que costase.

El viernes me sumergí en el trabajo como si mi vida dependiera de ello. La ilustración en la que estaba trabajando no salía como quería, pero insistía. Una parte de mí necesitaba terminarla. Otra parte… solo quería distraerse. No pensar. No sentir.

Me había mudado al sofá porque necesitaba más luz, más espacio, más aire. Pero ni con eso lograba alejar el nudo que tenía en el pecho desde hacía días. Un nudo que se apretaba cada vez que miraba el móvil y seguía sin notificaciones nuevas.

¿Y si solo había sido un pasatiempo para él? ¿Y si la ternura, la complicidad, incluso el sexo, habían sido solo eso: un escape momentáneo antes de volver a su vida real? ¿Y si nunca pensó en mí como algo más?

La idea me quemaba por dentro. Me hacía sentir pequeña. Me recordaba por qué me daba tanto miedo abrirme de nuevo.

El timbre sonó, sacándome de mis pensamientos. Mi respiración se detuvo.

No podía ser.

Capítulo 23

Lucas

El lunes por la mañana, el tren salió puntual de la estación. Decidí volver en tren para poder llegar lo antes posible a casa desde Atocha. Me pasé la última hora del trayecto mirando por la ventana, sin ver realmente nada. Estaba nervioso. Más que antes de cualquier presentación de proyecto o reunión con altos cargos. Mi cabeza no dejaba de repetirme una sola frase: que salga bien.

El cierre del proyecto había sido un éxito. Los jefes estaban satisfechos, los ingenieros de producto hicieron mil preguntas, y los directivos me dieron más de una palmada en la espalda al despedirse. Incluso mis jefes me recordaron que debía cogerme los días libres que me quedaban estas semanas, que me los había ganado. Y ahí supe que no había excusas.

Mar estaba en mi cabeza desde hacía días, y no de forma romántica o idealizada. No. Estaba en mi cabeza como una necesidad. Como una urgencia. Como algo que no podía dejar pasar.

Sabía que iba a tener una reunión importante esa mañana, así que decidí llamarla más tarde, para asegurarme de que estaba libre y así no parecer tan desesperado.

Cuando Mia contestó mi llamada, su voz fue suficiente para saber que algo no iba bien. Me habló con sinceridad, sin rodeos. Mar no estaba bien. El trabajo la tenía al límite. Me explicó los cambios de fecha, lo brutal que era todo el trabajo que iba a tener que hacer en tan poco tiempo. En ese momento, sentí cómo debía estar Mar. La había visto tan ilusionada, trabajando y sacando tiempo; podía entender, sin conocerla a la perfección, que esto se le había hecho demasiado grande.

Yo me quedé en silencio, con el móvil pegado al oído y la mandíbula apretada. Caminaba en círculos por la habitación, como si

eso fuera a calmar la tensión que me ardía en el pecho. El eco de mis pasos era lo único que se oía mientras Mia hablaba al otro lado de la línea, con su voz contenida pero firme.

—Lucas, está bloqueada —dijo en un susurro casi roto—. Sé lo que viene: apenas va a dormir, apenas va a comer. Si no hacemos algo, se va a venir abajo del todo. Yo la ayudo como puedo, pero no sé si será suficiente.

Tragué saliva con dificultad. Me pasé la mano por la nuca, deteniéndome frente a la ventana, sin mirar realmente lo que había al otro lado. Parte de mí seguía dudando. No quería irrumpir. No quería molestar. Cruzar una línea que quizá no me correspondía. Pero otra parte, más profunda, gritaba que no podía quedarme quieto.

—Voy a ir —solté, más para mí que para ella.

—¿Qué? —Mia parecía confundida, como si necesitara asegurarse de que me había oído bien.

—Mia, tengo que cerrar cosas del trabajo esta semana, pero me cogeré unos días. Podría ir… y ayudar. O eso creo.

Hubo un silencio. La escuché moverse, como si se hubiera incorporado de golpe.

—Madre mía, Lucas, ¿harías eso? —su tono era mitad incredulidad, mitad alivio—. No sé por qué me sorprende, después de las locuras que llevas hechas —añadió con una risa nerviosa—. Lucas, eso sería fantástico. Pero si se lo dices, no va a querer. Y no sé si es bueno que se distraiga. Puede que… tengas que alejarte un poco estos días para ayudarla de verdad. Ya el viernes vienes. Yo estaré aquí y lo prepararé todo.

Volví a sentarme en el borde de la cama, dejando caer la cabeza entre las manos. Las dudas se colaban por todas partes. Esto podía salir fatal. Podía parecer invasivo. Egoísta. Demasiado.

—¿Y si no quiere verme? ¿Y si piensa que es demasiado?

—Puede que se enfade, sí —dijo ella con calma, como si ya hubiera pensado en ese escenario—. Puede que al principio incluso quiera matarnos. Pero tú y yo sabemos lo que más necesita ahora: saber que no está sola. Y no creo que te cierre la puerta cuando te vea ahí.

Me incliné hacia atrás, apoyando la nuca contra la pared. Cerré los ojos.

—No me gusta mentirle —murmuré.

—Ni a mí tampoco —respondió enseguida, con un tono más suave —. Pero a veces… cuidar a alguien también es tener el valor de hacer lo necesario antes de que sea tarde. Si no lo hacemos ahora, ¿cuándo?

Y ahí lo supe. Como si su voz pusiera nombre a lo que yo ya llevaba sintiendo desde hacía días. No podía quedarme quieto. No podía mirar hacia otro lado. No con ella.

—Está bien —dije con un suspiro que parecía haber estado esperando salir—. Termino aquí el jueves. Si todo va como esperamos, el viernes después de comer estoy allí. Podría quedarme unos días. Quizá ver a mis padres también. Pero ir… voy seguro.

Del otro lado de la línea, Mia soltó un suspiro largo. Uno de esos que no solo alivian, sino que duelen.

—Gracias. De verdad, Lucas. No sé si esto saldrá como esperamos, pero… gracias por no dejarla sola.

—Nunca lo haría —respondí sin pensar, con una certeza que me llenó entero—. Ya no.

***

Durante la semana, seguimos en contacto a escondidas. Mia me enviaba pequeños informes por Instagram. Me contaba que Mar apenas hablaba, que no mencionaba mi nombre, pero que miraba mucho el móvil. Que estaba obsesionada con el trabajo y que su miedo a fracasar parecía crecer cada día.

Yo contaba las horas para salir de allí. Por más que el proyecto hubiera sido un éxito, nada me hacía ilusión si no podía compartirlo con ella. Le había enviado un mensaje diciéndole que necesitaba dejar varios cabos atados, pero ella tampoco intentó contactarme. Eso me hacía dudar bastante del plan. Podía arruinarlo todo.

Llegué al pueblo después de comer. Caminé hacia la casa con el corazón en la garganta. Llevaba una mochila con ropa para unos

días, mi portátil por si acaso, y el cuaderno donde había anotado cada una de las ideas que había tenido durante la semana.

La calle estaba tranquila. Había silencio. Mia me había dicho que Mar estaría en casa, seguramente trabajando. Que apenas salía. Que la ansiedad la había consumido por completo. Que la única manera de ayudarla era estando cerca.

Me dijo que no me preocupara. No me dio detalles, pero sabía que Mar estaba preocupada por no saber de mí. Esa noticia me dio el empujón para seguir adelante con esto.

Me detuve frente a la puerta. Toqué el timbre. Escuché pasos desde dentro.

—Mia, abre tú, por favor —oí su voz al otro lado. Sonaba cansada, apagada.

La puerta se abrió. Mia me hizo una seña rápida y desapareció hacia la cocina. Y entonces, en el salón, la vi.

Mar estaba sentada en el sofá, rodeada de papeles, con la tablet sobre las piernas y el cabello recogido en un moño mal hecho. Tenía la camiseta arrugada, ojeras marcadas y los labios apretados en una línea tensa. Era preciosa. Incluso así. Especialmente así.

Apareció un teckel que se abalanzó en busca de caricias y, cuando me agaché para acariciarlo, el lápiz digital se le cayó de los dedos a Mar. Tenía la vista levantada y nuestros ojos se encontraron.

Mar no decía nada, pero la forma en que me miraba, con los ojos abiertos y un leve temblor en los labios, decía más que cualquier palabra.

Y lo supe: había valido la pena.

Capítulo 24

El viernes a mediodía, Mia estaba desesperada. Mar llevaba toda la semana encerrada en un ritmo frenético y autodestructivo, y cada vez le quedaban menos fuerzas. Faltaban apenas unos días para la entrega de las primeras diez ilustraciones, y si seguía así, no iba a aguantar.

Desde que había vuelto de la reunión el lunes, Mar se había encerrado en sí misma, trabajando sin descanso, apenas comiendo, durmiendo poco. Mia había hecho todo lo posible por sostenerla: le dejaba comida lista, la sacaba a pasear con Audrey, le hablaba de cualquier cosa para distraerla. Pero nada funcionaba. La chispa de Mar se había apagado. Y eso, más que cualquier grito o llanto, era lo que más le preocupaba.

Cuando el timbre sonó, Mia se adelantó a abrir. Su corazón latía con fuerza mientras giraba el picaporte. Al otro lado, Lucas sostenía una pequeña maleta y una expresión seria, casi tensa.

—¿Estás lista para que esto explote en nuestra cara? —bromeó con una sonrisa nerviosa.

—Ni de lejos —respondió Mia con una risa tensa. Pero al ver a Lucas allí, con los ojos llenos de preocupación, supo que había hecho bien. Lo que él estaba dispuesto a hacer por Mar era más de lo que cualquier otro había hecho nunca. No venía por obligación. Venía porque le importaba. Y mucho.

Lucas dejó la maleta junto a la puerta, y Mia le indicó con la cabeza hacia el salón. El ambiente estaba cargado. Mia contenía el aliento. Sabía que el momento era delicado. Que una palabra de más podía hacer que todo el plan se desmoronara.

Lucas avanzó con pasos lentos hasta que la vio. Mar, en el sofá, con la tablet sobre las piernas y una expresión agotada, ajena a todo lo que la rodeaba. El corazón se le encogió. No se la imaginaba tan mal. Dudó. Por un segundo pensó en dar media vuelta. Pero entonces, Audrey saltó del sofá y se lanzó a las piernas de Lucas,

moviendo la cola con alegría. En ese momento, Mar alzó la vista. Lo vio. Y se quedó paralizada. El lápiz digital cayó de sus dedos. Sus ojos se abrieron con incredulidad. El mundo se congeló por un instante.

Y luego, sin decir una palabra, se levantó y lo abrazó.

Lucas tardó un segundo en reaccionar. Sus brazos la rodearon con delicadeza, como si temiera que se rompiera. Y tal vez, en cierto modo, era así. Mar se aferró a él como si no supiera si estaba soñando o no. La tensión de toda la semana se deshizo en ese gesto. Mia, al fondo, los observaba con una mezcla de alivio y emoción. Lo habían logrado. Al menos, de momento.

Se sentaron en el sofá. Mar aún tenía los ojos húmedos. Mia entró con tres refrescos en la mano y las palmas alzadas en señal de paz.

—No me mates, ¿vale? Solo intento ayudarte —dijo con una sonrisa nerviosa.

Mar le lanzó una mirada fulminante, pero no tenía fuerza para enfadarse de verdad. Solo estaba… aturdida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en voz baja, aún sin soltar del todo la mano de Lucas.

Lucas respiró hondo antes de hablar.

—Mia cogió el teléfono el lunes y me explicó lo del cambio de fechas, lo estresada que estabas. Yo acabé mi proyecto esta semana. Me quedaban días de vacaciones por usar, y… no quería quedarme de brazos cruzados. Pensé que podía ayudar. Puedo quedarme aquí si quieres o, si prefieres, puedo ir a casa de mis padres. Pero no quería que pasases por esto sola.

Mar tragó saliva. Todo en su interior se debatía entre la sorpresa, la confusión y una chispa de algo que no había sentido en días: alivio. Comprensión.

—Puedo estar hasta el dos de mayo, aunque ese día probablemente esté con mi familia por el Día de la Madre —añadió Lucas, mirándola con cautela—. Pero si te parece bien, podría quedarme esta semana y, si necesitas, podrías venir unos días la próxima para ayudarte con los últimos detalles.

Mar bajó la mirada, sin saber qué decir. Quería enfadarse. Quería decirle que no necesitaba que nadie la salvara. Pero la verdad era

otra. Se sentía vista. Sostenida. Como si, por fin, alguien estuviera dispuesto a compartir la carga.

—Esto… esto es mucho —murmuró—. Pero gracias. A los dos. No sabía cuánto lo necesitaba hasta ahora.

Mia suspiró con alivio, sintiendo cómo se le aflojaba el pecho. Había temido que su amiga se lo tomara como una traición, que la empujara lejos. Pero Mar no lo hizo. No podía hacerlo. Porque, en el fondo, esa aparición inesperada no era una intromisión. Era una promesa silenciosa de que no estaba sola.

Lucas sonrió, aún sin soltarle la mano. Sus dedos envolvían los de Mar con una suavidad que no pedía nada, pero lo decía todo.

Y Mar, por primera vez en toda la semana, sintió que algo dentro de ella se encendía de nuevo. Una pequeña luz, tenue pero cálida. Como un aro de luz en medio de la oscuridad. Como una llama que, contra todo pronóstico, aún no se había apagado del todo. Lo miró un segundo más de la cuenta, como quien necesita confirmar que lo que está sintiendo es real.

—Menos mal que no me has matado —interrumpió Mia, riéndose desde el otro extremo del sofá—. Si no, no podría seguir hablando con el profesor.

Lucas parpadeó, confuso, girando la cabeza hacia ella.

—¿El profesor?

Mar soltó una risa breve, todavía con la mirada fija en sus manos entrelazadas.

—Ni la escuches —dijo, mirándola y sacudiendo la cabeza con cariño—. Los ligues imposibles de Mia y sus locuras.

—Ya, Mia y sus locuras… —repitió Lucas con una sonrisa ladeada, lanzándole una mirada cómplice—. Me empiezan a sonar.

Se agachó entonces junto a su mochila, rebuscó unos segundos y sacó algo envuelto en papel regalo, con las esquinas dobladas de forma imperfecta y una rosa seca.

—Por cierto —añadió mientras se incorporaba y se lo tendía a Mar —. Aunque no estés muy enfadada… te he traído esto. En son de paz.

Mar lo miró, sorprendida, y cogió el paquete con cuidado, como si temiera estropear ese momento. Rasgó el papel con dedos lentos y,

al abrirlo, se quedó en silencio. Era el nuevo thriller de Ana Lena. La portada recién impresa, el tacto firme del lomo, el olor a tinta.

Se quedó en shock mirando el libro. Luego lo levantó un poco y lo sostuvo entre las manos, como si pesara más de lo que en realidad pesaba.

Levantó la vista hacia Lucas. Sus ojos brillaban, queriendo decir gracias, queriendo decir te he echado de menos, queriendo decir tantas cosas que se le perdieron en los labios.

Era 23 de abril.

—Oh, por favor… qué pesados con los thrillers —se quejó Mia con fingido dramatismo, levantando las manos al cielo—. A mí me podéis regalar un buen romance si queréis.

Su mueca exagerada rompió el hechizo con una carcajada inesperada. Mar soltó una risa suave, seguida por la de Lucas, y por primera vez en días, los tres se rieron a la vez. Sonó sincero. Casi limpio. Como un primer paso.

El ambiente, aunque aún frágil, ya no era el mismo. Había una grieta en la tristeza, sí. Pero por esa grieta… empezaba a colarse la luz.

Capítulo 25

Lucas

Cuando abrí los ojos el sábado por la mañana, me costó unos segundos recordar dónde estaba. No era mi cama ni mi almohada, sino el salón de Mia y Mar. Me había quedado dormido en el sofá después de ayudar a Mar a organizar parte de su semana para que pudiera concentrarse en la exposición sin sentirse abrumada. Ella estaba agotada, y yo también. Pero había algo en esa casa, en esa rutina improvisada, que me hacía sentir más cómodo que en ningún otro lugar.

Lo primero que escuché al abrir los ojos fue el sonido de la cafetera. Me incorporé en el sofá, parpadeando un par de veces para ubicarme, y vi a Mia en la cocina, con el pelo recogido en un moño alto y una camiseta enorme con el logo de una banda que no reconocí. Iba descalza, moviéndose por la encimera con soltura, como si esa cocina fuera su segundo hogar.

—Buenos días —dije al acercarme, estirándome ligeramente.

—Hola, chef invitado —bromeó ella, girándose con una sonrisa mientras sostenía dos tazas humeantes—. Mar está en su habitación. Dice que necesita silencio absoluto para una de las ilustraciones.

Asentí y abrí el armario de las tazas para coger una. Me serví café con movimientos lentos, tratando de no hacer ruido, aunque el aroma ya llenaba el espacio como una señal de vida.

—Necesita concentrarse —comenté, removiendo el café con la cucharilla—, pero también necesita no olvidarse de respirar.

Mia me observó de reojo, con una media sonrisa que no terminaba de convertirse en preocupación.

—Pensaba pasarme hoy por casa de mis padres —añadí, apoyándome en la encimera—. Están insistiendo mucho. No entienden que me quede aquí todo el fin de semana.

—¿Y se lo vas a contar? —preguntó, arqueando una ceja y girándose hacia mí con la taza entre las manos.

Me encogí de hombros y di un sorbo al café.

—Solo que estoy ayudando a unas amigas, y que Mar está preparando algo importante.

Dejé la taza sobre la encimera y me froté la nuca.

—Quizá me quede a dormir alguna noche con ellos. Tampoco quiero molestar mucho… y así estarán tranquilos haciéndome un buen interrogatorio.

Ella soltó una risa breve y asintió, como si entendiera perfectamente a los padres que no paran de preguntar.

Después del desayuno, salimos los tres a pasear a Audrey. El aire fresco de la mañana era limpio y agradable, y parecía sentarle bien a Mar. Caminaba a mi lado, sin prisa, con las manos en los bolsillos de su chaqueta y los ojos algo más relajados que en los últimos días. A ratos, el viento le movía el pelo y ella se lo apartaba con los dedos sin dejar de mirar al frente.

En un momento en que Mia se adelantó con la perra, dándole conversación como si Audrey pudiera responderle, aproveché para acercarme un poco más a Mar.

—Alicia me preguntó por ti ayer —le dije en voz baja, sin romper el ritmo del paseo—. Le conté lo de la exposición… y el cambio de fechas.

Ella frunció ligeramente el ceño, girando la cabeza hacia mí, inquieta.

—¿Le contaste todo?

—Lo justo —aseguré, mirando al frente—. Y te manda ánimos. Me dijo que deberías saber que puedes con esto. Que no te ha escrito porque no quería molestar.

Mar bajó la mirada, dejando que el pelo le tapara un poco el rostro. Vi cómo sus labios se curvaban apenas, como si no supiera qué hacer con esa ternura inesperada.

—Es muy maja —dijo tras un segundo—. Me hace ilusión que alguien como ella quiera hablar conmigo.

—Estoy seguro de que os llevaréis bien —respondí con calma, girando un poco para verla de perfil—. Las dos sois más parecidas

de lo que creéis.

***

Pasamos el resto del día entre tareas pequeñas: reorganizar las carpetas digitales, preparar el calendario con entregas y pendientes, y buscar imprentas con plazos razonables. Mar insistía en no enseñarme nada de lo que estaba dibujando.

—Quiero que sea una sorpresa —decía cada vez que intentaba acercarme.

Yo solo sonreía. Me gustaba verla entusiasmada, aunque eso significara estar vetado de sus ilustraciones durante unos días.

Por la noche, cociné para las tres. Nada complicado: ensalada fresca con salsa casera y pan de ajo. Cuando serví los platos, Mia se dejó caer en la silla con un suspiro exagerado.

—Mar, nos lo vamos a quedar. Nos vendría genial tener un chef fijo en casa.

—Podrías al menos fingir que me queréis por mi carisma —respondí, arrancando una carcajada a Mar.

Durante la cena hablaron de Dylan, de mensajes, de frases crípticas y de diferencias de edad. Mia se reía, pero había algo serio debajo.

—Solo quiero que me diga que no le gusto. Pero que no me rechace por unos años de más o de menos. Si no lo intento, me voy a arrepentir.

Mar le dio la razón con un asentimiento lento. Yo también. A veces, lo único que hace falta para que algo funcione es atreverse.

Capítulo 26

Mar

Llevábamos apenas dos días conviviendo con Lucas y ya sentía que algo en mí había cambiado. No solo porque ahora tenía a alguien cocinando platos deliciosos para nosotras, o porque Mia lo miraba como si ya formara parte del mobiliario, sino porque, de alguna forma, su presencia me daba estructura. Me ayudaba a mantenerme a flote. Y eso, sin que yo tuviera que pedirlo.

No hablábamos mucho del proyecto. Lucas respetaba mis silencios. Cada vez que pasaba a mi lado, me preguntaba si necesitaba algo: manzanilla, agua, comida, o simplemente aire. Yo negaba con la cabeza la mayor parte del tiempo, pero él se las ingeniaba para dejarme un vaso cerca o una fruta cortada. Cosas sencillas. Cosas que decían mucho.

Seguía sin enseñarle mis ilustraciones. No porque no confiara en su opinión, sino porque había algo en mí que quería que fueran una sorpresa. Que las viera todas juntas el día de la exposición y entendiera lo que había significado para mí tenerlo cerca. Pero, incluso sin verlas, Lucas me ayudaba a avanzar. Habló con la imprenta, organizó los horarios de recogida y entrega para que pudiera concentrarme en crear. Me diseñó una especie de agenda compartida que colgó en la nevera con imanes de colores. Y, sin que me diera cuenta, empezó a cuidarme de formas que no sabía que necesitaba.

Un par de noches cenamos los tres juntos. Lucas preparó pasta casera una de ellas, y Mia, con la boca llena, bromeó con quedárselo otra vez. Lucas se rió, y yo también, aunque por dentro sentía algo que no sabía nombrar. Calidez, tal vez. O esa sensación de pertenencia que a veces llega sin avisar, como si hubiéramos formado, sin darnos cuenta, una pequeña familia improvisada.

Algunos días salíamos a pasear con Audrey por el parque cercano. Mia se quedaba trabajando o hablando con Dylan —sí, al final le escribió y él la rechazó con argumentos estúpidos sobre la edad—, pero eso no impidió que ella decidiera intentarlo de nuevo. Quería una oportunidad. Y a Dylan, al parecer, Mia le atraía más de lo que había querido admitir en un principio. Sus mensajes se habían vuelto más frecuentes, y ella no podía disimular la sonrisa tonta que le salía cada vez que sonaba su móvil.

Una mañana, mientras Lucas visitaba a sus padres, aproveché para repasar mis ilustraciones. Las extendí por el salón, ordenadas por temáticas, por emociones, por intensidad. Mia se unió a los pocos minutos y nos sentamos en el suelo, observándolas con el ceño fruncido. El silencio era cómodo, cargado de respeto.

—Están preciosas —dijo ella en voz baja—. Hay tanto sentimiento en cada una...

Asentí, pero algo me inquietaba.

—Siento que les falta algo.

Mia giró la cabeza para mirarme.

—¿El qué?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Cuentan cosas. Cada una. Pero quiero que transmitan luz. Quiero que, cuando alguien las mire, se sienta un poco mejor. Como cuando te toca el sol en invierno. Que duela, pero también reconforte.

Ella se quedó pensativa y luego, como si la idea hubiera estado todo el tiempo rondando, dijo:

—A veces, algo de color puede ser esa luz.

La miré. Y algo hizo clic dentro de mí.

Esa noche, cuando todos dormían, saqué los materiales y empecé a experimentar con acuarelas. Toques pequeños, sutiles. Un rastro de azul. Una pincelada de dorado. Sombras lilas donde antes había solo grafito. Y con cada trazo, sentía que las piezas se completaban. Como si por fin tuvieran voz propia. Cada ilustración me hablaba de nuevo, más fuerte, más claro, con un timbre que antes no sabía que podían tener.

Al terminar, respiré hondo. Por primera vez en semanas, me sentí orgullosa. No solo de las ilustraciones, sino de haber llegado hasta ahí. De no haberme rendido. De haber buscado una forma de sanar a través del arte.

Todavía no había enseñado nada. Ni a Lucas, ni a Mia. Pero sabía que pronto tendría que hacerlo, al menos a ella. La siguiente semana tocaría preparar los archivos para imprimir. Y entonces, ya no habría vuelta atrás. Añadiría a todos los trabajos el toque de acuarela, ese que hablaba de mí sin gritar, que acariciaba sin empujar.

Pero, mientras tanto, esa noche sentí que estaba un poco más cerca de la versión de mí misma que quería mostrarle al mundo. Y quizás, también, a él.

Capítulo 27

Lucas

Nada más abrirme la puerta, mi madre me abrazó como si hubieran pasado años.

—¿Qué haces aquí, cariño? —preguntó, sin disimular su sorpresa.

—Tenía unos días libres —respondí con una sonrisa—. Estoy en casa de unas amigas, ayudando un poco con una situación complicada. Pensé que podía quedarme esta noche con vosotros.

Mi padre frunció el ceño, curioso.

—¿Qué clase de situación complicada? ¿Estás bien? ¿Tienen problemas?

Me senté en el sofá y respiré hondo. No quería dar demasiados detalles, pero tampoco esquivar lo esencial.

—Una de ellas tiene un proyecto muy importante que ha sufrido cambios de última hora. Ha estado bastante estresada, así que estoy echando una mano. Solo eso.

Mi madre se sentó a mi lado, ladeando la cabeza con esa expresión que me recordaba a cuando sospechaba que le ocultaba algo.

—¿Y estás seguro de que "solo eso" es todo lo que hay?

La miré, divertido, pero también un poco nervioso.

—No lo sé aún. Pero quiero estar cerca. Me importa mucho.

Ambos se miraron como solo los padres saben hacerlo. Luego mi padre suspiró, y su gesto se suavizó.

—Bueno, entonces quédate. Pero tráela un día a cenar, ¿eh? Si estás tan implicado, ya va tocando que la conozcamos.

—Mamá, por favor. No somos nada. No me atosigues, si alguna vez se convierte en algo te la presentaré —prometí, riendo.

Esa noche me quedé en mi antigua habitación, tumbado boca arriba, con la mirada clavada en el techo. Todo parecía igual, pero yo

no lo era. Me sentía suspendido entre dos mundos: el de antes y el que estaba empezando a construir, día a día, al lado de Mar. Había algo en esa idea que me estremecía. Como si por fin pudiera aspirar a algo que no solo era mío, sino también compartido

***

Al día siguiente regresé justo a la hora de comer. Mia no estaba, y la casa se sentía tranquila, pero no vacía. Era como si incluso el aire se hubiera vuelto más suave. Mar había preparado algo sencillo y me esperaba sentada en la mesa pequeña de la cocina, con Audrey acurrucada a sus pies como una guardiana fiel.

Nos sentamos juntos, uno frente al otro, compartiendo la comida entre pequeñas risas, charlas suaves y esa complicidad que parecía crecer sola, sin esfuerzo. Audrey nos observaba como si también esperara su parte del menú, con esos ojos enormes y expresivos que pedían sin decir nada. Mar le lanzó un trozo de pan y yo aproveché para mirarla. No solo la miré, la observé: la forma en que se concentraba mientras cortaba el pan, cómo se reía con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, la paz que desprendía en medio del caos que había sido su semana.

Después, nos tumbamos en el sofá con una película de fondo, una que ninguno estaba viendo realmente. Audrey, rendida tras su intento fallido de conseguir comida —o eso pensaba Mar—, dormía con la cabeza sobre sus piernas. Yo me acomodé a su lado, sin saber en qué momento exacto habíamos empezado a encajar tan bien.

Noté su mirada fija en mí. Giré la cabeza y la miré, curioso.

—¿En qué piensas? —pregunté con una sonrisa ligera, intentando sonar despreocupado, aunque por dentro me ardía la necesidad de saberlo.

Ella parpadeó, como si la hubiera sacado de un pensamiento profundo.

—En ti —respondió con una sinceridad que me dejó sin palabras —. En todo esto. En lo mucho que estás haciendo por mí y que no sé cómo devolverte.

Me incliné ligeramente hacia ella, sin dejar de mirarla.

—No tienes que devolverme nada —dije, cogiéndole la mano con suavidad—. Pero si insistes… cuando todo esto acabe, me deberás unas vacaciones. De verdad. De esas sin relojes ni responsabilidades. Solo tú y yo.

Su risa fue baja, dulce. Y en el calor de esa risa nos acercamos más, tanto que nuestras frentes se tocaron, tanto que nuestros latidos comenzaron a marcar el mismo ritmo. El beso surgió sin pensarlo, suave, lleno de todo lo que no habíamos dicho. No hubo urgencia, solo una certeza: estábamos ahí, en el mismo lugar, queriendo lo mismo. No necesitaba más pruebas. Lo sentía en su forma de mirarme, en cómo acariciaba mi mejilla con el dorso de los dedos, como si tuviera miedo de romper algo valioso.

Terminamos recostados en el sofá, Audrey aún dormida entre nosotros, riéndonos bajito.

—Si Mia se entera de esto, nos mata —murmuró Mar, con esa sonrisa cómplice que empezaba a ser adictiva.

—Entonces será nuestro secreto —susurré, besándola de nuevo, mientras el sol de la tarde se colaba por la ventana y convertía ese instante en uno de esos que sabes que vas a recordar siempre.

Capítulo 28

Lucas

Era sábado por la noche. Estaba dormido en la cama de Mar, envuelto en el aroma cálido de sus sábanas, cuando un ruido me despertó de golpe. Abrí los ojos desorientado y la vi rebuscando en el escritorio con manos temblorosas. El brillo del flexo era lo único que rompía la oscuridad del cuarto.

—¿Qué pasa? —murmuré, incorporándome.

Se giró hacia mí, pálida, con los ojos abiertos como platos.

—La tablet… se ha apagado. No se enciende. Lucas, no se enciende.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Salté de la cama y me acerqué. Mar tomó aire de forma entrecortada mientras enchufaba el cargador con torpeza.

—Debe de ser la batería —intenté calmarla.

—No, no, ya probé. No es eso. ¡No responde! ¡Lucas, ahí están los últimos retoques! ¡No tengo esas versiones guardadas en ningún otro sitio!

Su voz subía en volumen, en velocidad, en desesperación. Me apresuré a buscar otro cable, otro enchufe, otro milagro. Probamos tres cargadores diferentes. Reiniciamos todo lo que podíamos. Nada funcionaba.

—No puede ser —susurró Mar, y entonces la vi romperse.

Comenzó a hiperventilar, las lágrimas brotaron sin freno. Me acerqué rápido y la sujeté por los hombros.

—Eh, eh, tranquila. Mar, mírame. Respira conmigo, ¿vale? Inhala. Exhala. Estoy aquí. Vamos a solucionarlo.

Ella negaba con la cabeza, incapaz de frenarse. Me levanté de golpe y fui a buscar ayuda.

—¡Mia! —toqué su puerta con fuerza—. Mia, por favor, necesito tu ayuda. Mar está teniendo un ataque de ansiedad.

Mia salió en pijama, desorientada, pero al ver a Mar se puso en marcha al instante. Fue directa a la cocina y volvió minutos después con una tila caliente. Se la puso entre las manos y le acarició el hombro mientras yo me sentaba a su lado. Decidimos ir al salón para estar todos más tranquilos.

—Voy a encontrar a alguien. Mañana, sin falta. Aunque sea domingo. Me las apañaré, lo juro —le dije mientras ella respiraba como podía—. Tú ahora necesitas descansar. Mañana vemos cómo lo arreglamos.

Mar asintió débilmente. Se quedó acurrucada en el sofá, con la taza entre las manos, respirando como podía. Finalmente, el agotamiento venció al caos. Se durmió. La llevé de nuevo a la cama y Mia se fue a su habitación. Yo me quedé despierto, pensando. Planeando.

Al amanecer, me puse en marcha. Hablé con varios amigos que aún vivían por aquí. Uno de ellos me pasó el número personal de un técnico informático que a veces hacía favores fuera de horario. Me agarré a esa esperanza como un náufrago.

Fui directo a la tienda con la tablet bajo el brazo. El local era pequeño, en una calle secundaria del centro del pueblo. Cuando entré, una campanilla sonó sobre mi cabeza.

Y entonces lo vi. Me congelé.

Ángel.

Lo reconocí al instante. Era imposible no hacerlo. Lo había visto en fotos de redes, alguna que otra vez por curiosidad malsana. El ex. No supe por qué habían roto; Mar no quiso entrar en detalles, aunque parecía que había herido a Mar más de lo que ella admitía. Y ahora era la única persona que podía ayudarnos.

—¡Hola! —me saludó con una sonrisa amistosa, como si fuéramos conocidos—. Lucas, ¿verdad?

Tragué saliva y asentí.

—Hola. Me han dado tu contacto… Es una situación urgente. Una amiga tiene que entregar un proyecto esta semana. Su tablet se

apagó y no conseguimos que encienda. Hay archivos que necesita sí o sí.

Ángel cogió el aparato con gesto profesional.

—Déjamela. Veré qué puedo hacer. Trabajar en festivo saldrá más caro, pero si es tan importante… Intentaré tenerlo para mañana o pasado.

—Lo que haga falta —dije sin dudar.

—¿La va a recoger ella?

—Probablemente —respondí. No supe por qué no lo negué ni quise decir su nombre. Algo en mí me decía que no debía hacerlo. Todavía no.

Asentimos. Me dio un resguardo y me fui. Caminé por la calle sin rumbo, con el corazón acelerado. No sabía cómo abordar esto. No sabía si debía contárselo a Mar. No sabía si había hecho lo correcto.

Pero sí sabía una cosa: Tenía que conseguir que su trabajo se recuperara. Costara lo que costara.

Capítulo 29

Mar

El domingo amanecí con una sensación extraña, como si el sueño hubiese sido un telón delgado entre la calma y el caos. Abrí los ojos bruscamente, recordando lo que había pasado la noche anterior. Me incorporé con rapidez, el corazón en un puño. Mi tablet. Mi proyecto. Todo en lo que había volcado mi energía, al borde del colapso con un solo fallo.

Salí del cuarto a toda prisa y encontré a Mia en la cocina, ya vestida, como si supiera que necesitaría su consuelo. Había preparado el desayuno: pan tostado, mermelada y un vaso de mi zumo favorito.

—No has dormido bien, ¿eh? —dijo con suavidad, sentándose frente a mí.

Negué con la cabeza, apenas pudiendo tragar.

—No puedo dejar de pensar en ello, Mia. Si no se puede recuperar, estoy perdida.

Ella me miró con una mezcla de firmeza y ternura.

—Lucas fue a buscar ayuda esta mañana. No quiso despertarte. Deja que se encargue, Mar. Por una vez, deja que alguien te ayude.

Antes de que pudiera responder, sonó el timbre. Mia se levantó rápido y fue a abrir la puerta. Escuché el sonido familiar de sus voces y luego, pasos. Entró Lucas, con el rostro un poco pálido, como si viniera de recibir una noticia que no esperaba.

Me puse en pie de inmediato.

—¿Se puede arreglar? —pregunté, sin poder ocultar la urgencia en mi voz.

Lucas parpadeó, como si acabara de volver a la realidad después de varios segundos atrapado en sus propios pensamientos. Asintió despacio, con los labios apretados.

—Sí. El técnico me ha dicho que puede tener noticias mañana o el martes. Ya está trabajando en ello.

Sentí que el aire volvía, por fin, a mis pulmones. Me llevé una mano al pecho, soltando un suspiro entrecortado.

—Gracias a Dios...

Pero cuando levanté la vista hacia él, algo en su expresión me descolocó. No parecía aliviado. Sus hombros estaban tensos, y su mandíbula también. Su gesto no era el de alguien que acababa de resolver un problema. Había algo más, algo que no encajaba.

—Lucas, ¿qué pasa?

Él bajó la mirada de inmediato y se frotó la nuca con una mano, un gesto que ya empezaba a reconocer como su forma de prepararse para dar una mala noticia.

—Lo siento —murmuró, sin atreverse a mirarme aún—. No había muchas opciones. Y necesitábamos a alguien que pudiera trabajar un domingo festivo.

Fruncí el ceño, sintiendo un leve cosquilleo de alarma en la nuca.

—¿Y eso qué significa?

Lucas levantó la mirada despacio. La tensión se marcaba en sus cejas, en la forma en que apretaba los labios antes de hablar. Su voz fue apenas un susurro.

—Mar... Es Ángel. El que va a arreglar la tablet es Ángel.

Mi cuerpo se quedó completamente quieto. Congelado.

Durante un segundo, no supe si respirar o contener el aire. Las palabras quedaron suspendidas en el espacio entre nosotros, pesadas, densas.

Sentí cómo una oleada de emociones me atravesaba, todas a la vez: sorpresa, rechazo, un leve temblor de rencor que no esperaba, como un eco antiguo. Pero también... entendí.

Entendí que Lucas había hecho todo esto por mí. Que, incluso así, había intentado encontrar una solución.

Tragué saliva. Respiré hondo, llenando los pulmones como si el aire pudiera ordenar el caos por dentro. Levanté la vista con firmeza.

—No te preocupes, Lucas. Está bien. Lo importante es que se arregle.

Él me miró como si quisiera leerme más allá de las palabras, como si temiera que lo que decía no coincidiera con lo que sentía. Sus ojos se clavaron en los míos, escudriñándome en silencio.

—¿Estás segura?

Asentí con suavidad y di un paso hacia él. Rodeé su torso con los brazos y apoyé la frente sobre su hombro. Tardó un segundo en corresponderme, pero cuando lo hizo, sentí cómo su cuerpo se relajaba apenas. Como si hasta entonces no hubiera estado respirando del todo.

—Claro que sí —susurré contra su pecho—. Gracias. Por todo lo que estás haciendo por mí.

Nos quedamos así unos segundos, hasta que Mia nos llamó para terminar de desayunar. La tensión disminuyó poco a poco mientras compartíamos pan y risas disimuladas. Lucas, aún con la expresión preocupada, terminó su taza de café y se levantó para despedirse.

—Voy a comer con mis padres. Pero os escribo en cuanto tenga noticias.

Mia le dio un abrazo rápido, agradeciéndole de nuevo su ayuda.

Yo lo acompañé a la puerta. Nos quedamos unos segundos en silencio, y luego me giré hacia él.

—Lucas... Gracias. De verdad. No sé qué habría hecho sin ti, sin vosotros esta semana.

Sonrió con ternura y acarició mi mejilla.

—Cuando todo esto termine, me debes unas vacaciones de verdad.

Le di un beso suave antes de verlo marcharse.

***

El resto del día, Mia y yo lo pasamos celebrando el Día de la Madre con nuestras familias, lo que, en cierto modo, fue una liberación. Estar rodeada de ruido, conversaciones ajenas y abrazos compartidos me permitió desconectar, aunque solo fuera por unas horas, de todo lo que se me venía encima. Pude respirar sin el peso constante en el pecho, sin sentir que mi mundo se tambaleaba con cada pensamiento. Pero al volver a casa, ya entrada la noche, la

realidad me esperaba en el recibidor. No fue un golpe seco; era más bien un susurro insistente que se colaba entre las rendijas del silencio. Me senté con Mia en el sofá, y cuando me tendió una taza caliente entre las manos, supe que no tenía escapatoria. Tenía que enfrentar lo que venía.

—¿Tenías su número bloqueado? —preguntó con suavidad, como si no quisiera remover nada que aún no estuviera listo para salir.

Asentí despacio.

—Sí… pero tendré que desbloquearlo si quiero saber si ha podido arreglar la tablet. —Miré la pantalla de mi móvil como si fuera un artefacto extraño, ajeno—. ¿Sabrá que es mía?

—Vete tú a saber. ¿Qué vas a hacer?

—Mañana por la mañana le llamaré. Si puedo evitar verle… lo haré. No me siento preparada para eso.

Mia no dijo nada durante unos segundos. Solo me observó, como si intentara calibrar hasta qué punto podía empujar sin hacerme caer.

—Seguro que se soluciona —dijo finalmente, con esa firmeza tan suya—. Y me tienes aquí, ¿vale? Para lo que necesites.

La miré, y algo dentro de mí se aflojó. No eran solo las palabras. Era su manera de estar. Su forma de sostenerme sin apretar. Me incliné hacia ella y la abracé con fuerza, sintiendo el nudo de ansiedad aflojarse un poco más entre sus brazos.

—Gracias. De verdad.

Me separé lentamente y, con un suspiro largo, decidí que necesitaba salir. Escapar. Tomar aire, aunque solo fuera por unos minutos.

—Voy a sacar a Audrey, ¿vale? Así despejo un poco la cabeza.

Ella asintió y fue directa a la cocina a empezar la cena. Mientras tanto, me puse una chaqueta ligera, le enganché la correa al arnés a Audrey y salí.

El aire nocturno me envolvió con una calma extraña. Caminamos por las calles del barrio en silencio. Audrey olisqueaba cada esquina con la alegría inocente de quien no arrastra cicatrices, y yo la envidié un poco.

Estas últimas semanas... habían sido demasiado.

Desde aquel choque literal con Lucas durante una carrera matutina hasta la noche anterior, cada día había estado cargado de algo nuevo. Una emoción. Un miedo. Una certeza o una duda. Conectar con Lucas había sido como abrir una caja cerrada durante años. Su presencia me había descolocado, me había hecho recordar todo lo que una vez sentí… y me había demostrado que seguía sintiendo. Pero también estaba el trabajo, la presión, el cambio inesperado de fechas que me dejó sin aliento. La ansiedad que me robó el sueño y la paz.

Y justo cuando comenzaba a encontrar algo de equilibrio, a sentir que Lucas y Mia eran anclas en medio de esta tormenta, llegó lo peor. La tablet apagándose. El caos. El vértigo. La posibilidad de perder días y días de trabajo en los que había dejado parte de mí. Y, como si fuera poco, la vida decidió rematarme con un giro de guion cruel y absurdo: Ángel.

La idea de que fuera él quien tuviera entre sus manos mi trabajo, lo que quedaba de mi estabilidad, me revolvía por dentro. No estaba preparada para volver a verle. No ahora. No después de todo. No cuando, por fin, estaba empezando a reconstruirme.

Pero también sabía que Lucas solo intentaba ayudar. Porque nunca nadie había estado tan pendiente. Nunca nadie se había movido tanto por mí.

Apreté un poco más la correa de Audrey y aspiré hondo.

Capítulo 30

Lucas

Nunca pensé que mi vida estaría patas arriba de esta manera. Mi proyecto iba viento en popa, mis jefes estaban satisfechos y ya habíamos empezado con las pruebas y el proceso de fabricación de las piezas. Tendríamos que realizar varias reuniones en Barcelona con los proveedores e ingenieros, revisar resultados y coordinar la certificación con la EASA. En teoría, todo iba como debía.

Y, sin embargo, mi cabeza estaba en otro lugar. O mejor dicho, con otra persona. Mar.

Desde lo de la tablet, no consigo pensar en otra cosa. No fue solo el susto, ni la tensión del momento… fue su cara. Esa mezcla de miedo, desesperanza y cansancio acumulado, como si el mundo se le viniera encima. Nunca había visto tanto dolor en sus ojos. Tanta impotencia. Y me dolió. Me dolió profundamente. Porque la conozco lo suficiente como para saber cuánto ha invertido en esa exposición. Cuánto de ella hay en cada trazo.

Espero que Ángel pueda solucionarlo. Lo espero de verdad. Pero cada vez que lo pienso, algo se me revuelve por dentro. No son solo celos —aunque sería estúpido negarlos—, es una inquietud más cruda. Como si hubiese abierto la puerta a alguien que no debería volver a entrar.

Sé que Mar me dice que está bien, que no pasa nada. Pero verle, dejarle tocar su trabajo, dejarle manejar su tablet como si nada… es como permitirle volver a ocupar un lugar que ya no le corresponde. Y no puedo dejar de preguntarme si eso podría remover cosas. Heridas. Dudas. Recuerdos. Porque no le conozco lo suficiente —solo de vista—, pero puedo intuir que no es de los que se conforman con mirar desde lejos.

Y todo esto fue idea mía. Fui yo quien llevó la tablet a la tienda. No sabía que era él, claro. Pero ahora… ahora no puedo evitar pensar que fue un error. Que, si hubiera esperado un poco más, si hubiera buscado otro técnico, podríamos haber evitado este reencuentro. Esta amenaza.

Pasé la mañana con el móvil en la mano. Lo revisaba cada pocos minutos. ¿Habrá ido ya? ¿Le habrá dicho algo? ¿Habrá intentado algo? Me sentía estúpido, paranoico, pero no podía evitarlo. No cuando sé lo que ella vale. No cuando sé que está en un momento frágil. Y él, tan cerca, con la excusa perfecta.

A la hora de la comida no aguanté más y decidí llamarla. Tenía la voz más tensa de lo que esperaba cuando por fin respondió.

—Hola, preciosa. ¿Sabemos algo de la tablet?

—Hola, Lucas. Sí. Esta mañana llamé a Ángel y me dijo que la tablet no funcionará, que necesito comprar otra, pero que puede sacar los archivos para pasármelos a la nueva.

Cerré los ojos. Bien, los archivos no se perderían. Pero el nudo en mi estómago no desaparecía. Había tenido que llamarle. Le había hablado. Habían vuelto a cruzar palabras. ¿Con qué tono? ¿Con qué mirada? ¿La reconoció enseguida? ¿La trató como a una clienta más o como a algo que una vez fue suyo?

—Me alegro de que puedas recuperar los archivos. Y… siento que tenga que ser él —dije, intentando que no se me notara la tensión.

—No te preocupes, Lucas. Tú no lo sabías. Además, está siendo profesional. He ido a comprar la tablet nueva. Luego tendré que llevársela a la tienda.

Y ahí volvía. Otra visita. Otra conversación. Otro rato con él.

—Si lo necesitas, puedo ir yo —le ofrecí, sin pensar.

—No te preocupes, puedo yo. Tranquilo. Te escribiré luego para contarte qué pasa al final.

—Vale. Hablamos luego.

Cuando colgué, me quedé con el teléfono en la mano. No me gustaba esta sensación. Me hacía sentir impotente, fuera de su mundo. Como si él tuviera un pase directo a algo que yo apenas estaba empezando a conocer. Y eso me quemaba. Porque quería protegerla. Porque me importaban sus miedos. Porque, joder, no

podía permitir que alguien que le hizo daño volviera a tener poder sobre ella. Ni aunque fuera con guantes de técnico.

Me tumbé en el sofá, con la tele encendida solo para hacer ruido. No le escribí más. No quería agobiarla. Pero tampoco conseguía dejar de pensar. ¿Y si él seguía queriendo algo de ella? ¿Y si ella… no había cerrado del todo esa puerta? ¿Y si ese reencuentro casual se convertía en algo más? En una grieta. En un retroceso.

Por la noche, revisé su Instagram como si fuera un oráculo. Nada nuevo. Ni una pista. Y lo peor era que esta angustia no nacía de la desconfianza en ella. Nacía de lo que siento por ella. De lo que temo perder.

A la mañana siguiente, recibí su mensaje:

Mar: *Como el proceso es lento, voy a ir sacando los archivos a un pendrive para poder terminar algunas ilustraciones y mandarlas a imprimir. Luego volveré para que Ángel deje todo listo con el resto de documentos.*

Volví a leerlo. Luego otra vez. Otra visita. Otra excusa para que él la vea. Para que hable con ella. Para que intente meterse donde no debe. Y yo, desde fuera. Observando como si fuera un espectador de una película donde el rival tiene más tiempo en pantalla que el protagonista.

¿Estaba exagerando? Podía ser. Tal vez lo que más me dolía era darme cuenta de que, si él quisiera jugar sucio, tenía el momento perfecto para hacerlo. Y yo, en cambio, solo tengo mis dudas.

Lucas: *Gracias por contármelo. Mucha suerte con todo, Mar. Estoy seguro de que llegarás a tiempo con todo.*

Envié el mensaje. Corto. Correcto. Sin carga emocional. Porque no quería ser una carga para ella. Pero mientras lo enviaba, una parte de mí se rompió un poco.

Le daría espacio. Vería qué pasaba. Pero si algo me inquietaba era esa idea que no podía sacarme de la cabeza: que, en medio de todo este caos, el pasado se colase por la puerta trasera. Y que, al final, el que sobraría en esta historia… sería yo.

Capítulo 31

Mar

Martes por la mañana. Me desperté con el peso de los nervios incrustado en el estómago. Sentía que todo lo que había logrado organizar la noche anterior podía venirse abajo en cualquier momento, pero no podía permitirme pensar en eso. Tenía que avanzar. Había conseguido terminar las diez primeras ilustraciones, retocarlas, montar los bocetos y, por fin, hoy podría llevarlas a imprimir. La decisión de usar **Dibond** fue un impulso que ahora me parecía acertado: una impresión directa sobre aluminio que daría a cada pieza una presencia mucho más contundente, profesional.

Había preparado las ilustraciones sobre folios especiales, lo suficientemente gruesos como para aguantar los toques de acuarela que les añadí a mano, uno a uno, la noche anterior. Era mi forma de darles alma. De asegurarme de que, cuando alguien las viera, sintiera algo. Algo de lo que yo había sentido al crearlas. Al inspirarme.

Dejé las obras en la imprenta, donde comenzaron a preparar los archivos para imprimir en Dibond. Acordamos que podría recogerlas el jueves por la tarde, si todo iba bien. Sentí una mezcla de alivio y ansiedad. Parte del trabajo estaba en marcha, pero aún quedaba mucho por hacer. Tenía que entregar el miércoles los archivos en formato digital a la empresa.

Aprovechando el rato de espera, decidí ir a la tienda para que Ángel terminara de pasar todos los documentos a mi nueva tablet. No quería hacerlo. No me hacía ninguna gracia verle de nuevo, pero era necesario. Me había gastado un dineral en esa tablet, y lo último que quería era que todo ese esfuerzo se fuera al traste por orgullo. Si la exposición salía bien, cada euro invertido habría valido la pena.

Cuando entré en la tienda, estaba vacía. Ángel alzó la vista desde el mostrador.

—Hola, traigo la tablet. Si pudiera tener todo para mañana, me vendría genial. Tengo una reunión y luego necesito seguir trabajando. Tengo muy poco tiempo.

—No te preocupes. Tardaré un rato en terminar de pasarte todo, pero podrás irte hoy con la tablet lista —dijo, sin levantar demasiado la voz.

Asentí.

—Muchas gracias. Es un alivio.

La tensión se podía masticar. Intenté concentrarme en mi móvil, en mirar los productos de la tienda como si me interesaran, pero la verdad es que solo quería salir de allí. Lucas no me había vuelto a escribir desde el último mensaje. Estaba algo más seco de lo habitual y no sabía si había sido por todo esto o si me lo estaba imaginando. Mia tampoco respondía; supuse que estaría con el profesor.

Y yo... yo solo podía pensar que, tal vez, todo esto había sido demasiado para él. Demasiadas complicaciones para su vida tranquila.

Ángel interrumpió mis pensamientos.

—¿Y cómo estás? —preguntó, rompiendo el silencio con un tono que intentaba sonar casual, pero que para mí sonaba cargado de tensión.

Levanté la vista, obligándome a mantener una expresión neutral.

—Bien. Bastante ocupada —respondí, notando cómo un ligero temblor comenzaba a extenderse por mis manos, como si mi cuerpo no supiera si prepararse para huir o enfrentar el momento.

Ángel se inclinó un poco hacia adelante, sus ojos oscuros recorriendo mi rostro con una intensidad que me incomodaba, como si intentara leer algo en mis gestos, buscar alguna señal de vulnerabilidad.

—¿Estás con ese chico? Lucas, ¿no? Iba a nuestro instituto.

Sentí cómo mi pulso se aceleraba, una mezcla de sorpresa y molestia recorriéndome el cuerpo, pero no aparté la mirada. No le iba a dar el gusto de verme dudar.

—No creo que esta conversación sea necesaria, Ángel —respondí con un tono que intentaba sonar firme, aunque notaba cómo el calor subía lentamente a mis mejillas.

Sonrió. Una sonrisa torcida, molesta, cargada de algo que no me gustó nada.

Se hizo un silencio. Revisé el reloj. Se hacía tarde. Escribí a Mia para ver si podía pasarse por la tienda y volver juntas a casa. No quería estar allí ni un minuto más de lo necesario. Seguí mirando correos hasta que ya me pareció que llevaba demasiado rato pendiente del móvil. No quería que él notase mi incomodidad.

Pero antes de que pudiera volver a meter el móvil al bolso, Ángel volvió a hablar:

—Veo que sigues con las ilustraciones.

Fruncí el ceño.

—No he mirado nada, tranquila. Pero todos los archivos que querías recuperar llevan ese nombre.

—Sí, sigo ilustrando. Y me va bastante bien.

—Él era ingeniero, ¿no?

Lo miré con incredulidad.

—¿Y eso qué más da?

—Vamos, Mar. Un ingeniero con una ilustradora. No es por ir a malas, solo te aviso para que tengas cuidado. Es muy probable que no signifiques nada para él.

No me dio tiempo a responder. La puerta se abrió y Mia entró con paso decidido. Me miró, captó el ambiente cargado y preguntó:

—¿Ya habéis terminado?

Ángel respondió que sí y me devolvió la tablet. Le pagué sin decir una palabra más, y justo antes de salir por la puerta, me giré.

—Yo no me creo más ni menos que nadie, Ángel. Lo único que sé es que no me merezco a ningún gilipollas como tú.

Mia se giró hacia mí con los ojos brillantes. Me agarró del brazo y salimos juntas de la tienda.

—Le has dejado seco. Te juro que quiero enmarcar esa frase.

No dije nada. Aún tenía un nudo en el pecho.

—Oye —continuó Mia, bajando un poco el tono—. He oído lo que te ha dicho desde la puerta. Y quiero que sepas que no tiene razón.

Ni un poco.

Asentí, con una sonrisa débil.

—Eso creo...

Ella me abrazó por los hombros, y seguimos caminando en silencio hasta casa.

Tal vez, después de todo, estaba más preparada de lo que creía para dejar el pasado en su sitio y seguir adelante. Con la cabeza en alto. Y con la gente adecuada cerca.

Aunque una pequeña parte de mí no estaba segura de merecer a alguien como Lucas.

Después de cenar, Mia se fue a dormir y me dejó trabajando. Estaba concentrada organizando los archivos cuando me llegó un mensaje de Alicia:

Ali: *¡Hola guapa! Sé que queda poco para la exposición, me han contado el imprevisto con la tablet, pero me alegro de que se haya solucionado. Cualquier cosa que necesites, avísame. ¡Besos!*

Sonreí. Alicia era encantadora. Me alegraba muchísimo haberla conocido, aunque una parte de mí no podía evitar pensar que sabía todo por Lucas. Él seguía sin escribirme. Tal vez no quería molestarme. O tal vez... mejor no pensar en eso.

Pensé que, si mañana tenía la reunión en Madrid, quizá podría verla. Me apetecía hablar con alguien. Con ella. Puede que conociera a Lucas incluso mejor que yo.

Mar: *¡Alicia! Muchísimas gracias, eres un amor. Justo mañana tengo que ir a Madrid, si acabas pronto podríamos dar una vuelta o comer juntas si te apetece.*

No tardó en responder:

Ali: *¡Claro! Los miércoles salgo a las 12. Avísame y nos encontramos. Me encantaría verte.*

Acepté sin dudarlo. Sentir que había alguien más al otro lado, aunque fuera para hablar de cualquier cosa, me reconfortaba más de lo que imaginaba.

Capítulo 32

Mar

Hoy tuve mi reunión con Carlos y Victoria para entregarles las diez primeras ilustraciones. Estaba algo nerviosa porque, aunque me dieron el visto bueno inicial, lo que vieron solo fueron bocetos, y no tienen mucho que ver con el resultado final. Esperaba que siguieran contentos con la idea.

Había venido a Madrid intentando vestirme formal pero cómoda, ya que luego iba a quedar con Ali. Quedar con ella inevitablemente me hacía pensar en Lucas. Mi cerebro no lograba comprender cómo había podido conectar tanto con alguien en tan poco tiempo y sentir algo tan intenso… pero bueno, mi corazón iba por libre.

Llegué al edificio y me dirigí directamente a la sala de reuniones. Aún no habían llegado mis jefes, así que aproveché para prepararme una manzanilla. Mientras removía el azúcar y repasaba mentalmente los puntos clave, abrí los archivos para tenerlos listos en la pantalla. Justo cuando me di la vuelta para coger la taza, Carlos entró por la puerta.

—Buenos días, Mar. Victoria llegará con cinco minutos de retraso, ha tenido una pequeña avería con el coche —dijo mientras se quitaba la chaqueta.

—Buenos días, Carlos. No hay problema —respondí, intentando sonar más tranquila de lo que me sentía.

—¿Todo preparado? —preguntó mientras se servía un café.

—Sí, creo que sí —asentí con una sonrisa leve.

—Eso me gusta —dijo, dándole un sorbo a su taza—. Si te parece, puedes empezar a enseñarme lo que tienes mientras esperamos.

Asentí y me coloqué frente a la pantalla. Comencé mostrándole el boceto de la sala: la distribución, los puntos de luz que quería utilizar y el efecto que provocarían sobre cada obra. Después pasé,

una a una, las ilustraciones, explicando las emociones que buscaba transmitir, el simbolismo detrás de ciertos detalles y cómo la técnica del Dibond potenciaría cada trazo.

Cuando estaba llegando a las últimas, escuché cómo se abría la puerta sin hacer ruido. Victoria entró sigilosa y se sentó sin interrumpirme, simplemente observando. Continué con mi exposición y, al final, mostré cómo quedarían todas ubicadas en el espacio simulado. Cada obra en su lugar, con su propia historia, pero formando parte de un conjunto.

Ambos revisaron las imágenes con atención. El silencio me pesaba un poco más de lo que me gustaría. Pero entonces, Carlos asintió con una expresión satisfecha.

—Han quedado magníficas, Mar. Tienen fuerza y, sobre todo, transmiten. Se nota el trabajo que hay detrás.

Victoria cruzó las piernas con elegancia y asintió.

—La propuesta de iluminación me parece muy interesante. Hablaré con los responsables del local para que sus técnicos lo valoren y nos digan cómo podemos implementarla.

Suspiré, aliviada. Todo había ido bien. Mejor de lo que esperaba. Les dejé una copia de los archivos y, tras despedirme, salí del edificio con el pecho un poco más ligero.

Todavía eran las once y media, así que decidí escribirle un mensaje a Ali: *Ya he salido. Si te parece, te espero en la esquina del Museo Thyssen, la que da a la rotonda.*

Ella trabajaba cerca del museo, dando teoría del arte en la Escuela SUR, y habíamos hablado de entrar antes de comer.

Como mi empresa estaba en la zona de Chamberí, decidí ir caminando. Es un paseo de unos treinta minutos, y la idea de caminar me ayudaría a ordenar mis pensamientos. Llegué prácticamente a la vez que Ali.

Cuando la vi, me saludó con entusiasmo. Nos habíamos caído muy bien en la discoteca y habíamos intercambiado algunos mensajes desde entonces, pero esta era la primera vez que quedábamos a solas.

Decidimos entrar al museo. Ese año había una exposición especial de los *Tesoros de la colección de la familia Thyssen-Bornemisza*.

Recorrimos las salas admirando las piezas. Nos detuvimos ante una escultura de mármol tan delicada que parecía respirar. Ali me contó cómo le fascinaba el modo en que el arte clásico lograba captar emociones eternas. En otra sala, frente a una pintura de colores apagados, hablamos del simbolismo oculto, de cómo a veces lo más silencioso transmitía lo más profundo.

Le hablé de cómo estaba llevando a cabo el trabajo de mi exposición, de cómo cada detalle me importaba más de lo que pensaba, y ella me escuchó con atención. Me contó sobre las clases que impartía y cómo siempre se había sentido atraída por la historia del arte, aunque sus grandes pasiones eran la escultura y la pintura. Compartimos opiniones, nos reímos con anécdotas sobre alumnos despistados, y sentimos que el tiempo en el museo pasaba más rápido de lo que debería.

Después, fuimos a comer al restaurante Pizza Natura. Nunca había estado, pero me pareció increíble. El lugar tenía un estilo acogedor, con madera clara, plantas colgantes y una luz suave que entraba por las ventanas como si no quisiera molestar. Ali me contó que era especializado en platos sin gluten y que solía ir porque ella no podía tomarlo. Me lo había pintado genial, y entendí el porqué al instante: la comida estaba deliciosa, el ambiente era relajado y la atención, impecable.

Mientras probábamos unas pizzas de masa crujiente y sabores sorprendentes, seguimos hablando de nuestras vidas, hasta que finalmente Ali se animó a preguntarme por Lucas. No sabía si él le había hablado de mí, pero decidí sincerarme.

Le conté que últimamente no sabía muy bien cómo estábamos. Que la última vez que hablamos, Lucas sonó un poco seco, y que desde entonces no habíamos vuelto a hablar. Que tenía que centrarme en la exposición, pero que una parte de mí temía que todos los problemas que habían surgido, y la velocidad a la que se dieron las cosas, hubiesen sido demasiado para él.

—A veces, aunque lo odio, no puedo evitar pensar que Ángel podía tener razón —le confesé—. Que yo soy solo una ilustradora y él... un ingeniero. Que quizá en su vida no hay lugar para alguien como yo.

Ali me miró con una mezcla de ternura y firmeza que me sorprendió.

—¿Eso es lo que pensabas cuando lo conociste? —preguntó con suavidad.

Asentí despacio.

—Sí... cuando nos conocimos, yo me veía menos que él. Nunca pensé en dar un paso más, porque era absurdo pensar que alguien como él pudiera querer algo conmigo. Y aunque lo odio, a veces mi cabeza se llena de esas ideas. Y ahora que hemos logrado dar el paso, vuelvo a sentir lo mismo.

Ali me tomó la mano con delicadeza.

—Eso es un sinsentido, Mar. Pero te entiendo. Y... si me dejas decirlo, es posible que él también esté sintiendo algo parecido. Quizá crea que tú no has pasado página del todo con Ángel.

Me quedé atónita.

—¿Lucas? ¿De verdad crees que puede pensar eso?

—¿Se lo has contado? Lo que ocurrió de verdad.

Y ahí me di cuenta. No. Nunca le conté con detalle lo que pasó. Pensé que no era necesario, que estaba superado. Pero puede que él no lo viera así. Tal vez lo había estado imaginando todo este tiempo.

Terminamos de comer y Ali me propuso ir a su casa a tomar un café. Vivía cerca, y desde allí podría coger el metro para llegar a la parada donde dejé el coche. Le dije que no tomaba café, pero acepté encantada. Estaba siendo un día precioso, y lo último que quería era volver corriendo a mis preocupaciones. Además, hoy Mia tenía cita con Dylan, el profesor, y quería llevarse a Audrey, así que tenía todo el tiempo del mundo.

Ali era increíblemente fácil de tratar. Era como Mia, pero en modo artístico. Me hacía sentir comprendida, tranquila, incluso ilusionada por todos estos nuevos comienzos. Por una vez, decidí que pasaría el resto del día sin más preocupaciones en la cabeza. Solo disfrutar.

Capítulo 33

Lucas

Esta semana estaba siendo una auténtica mierda. No por el trabajo —en eso todo iba bien: el proyecto avanzaba, los jefes estaban satisfechos—, sino porque no podía quitarme a Mar de la cabeza.

No sabía nada de ella. Y ni siquiera me atrevía a escribirle.

Una parte de mí moría de ganas de saber cómo estaba, qué tal iba todo. Pero la otra... la otra tenía miedo. Miedo de que, si rompía el silencio, me diera cuenta de que no teníamos futuro. De que lo que habíamos construido era más frágil de lo que quise creer.

Así que, en uno de los descansos del trabajo, mientras me preparaba un café sin demasiado ánimo en la pequeña sala común, me encontré con Jorge.

—¿Todo bien, tío? —preguntó, arqueando una ceja mientras se apoyaba en la encimera.

Debí de poner muy mala cara, porque dejó su taza a un lado y se cruzó de brazos, esperándome.

Suspiré, apoyándome también contra la encimera.

—No lo sé... Creo que entre Mar y Ángel podría seguir habiendo algo.

Jorge parpadeó, sorprendido.

—¿Pero, qué dices? ¿Te lo ha dicho ella?

Negué, frotándome la nuca.

—No... No hemos hablado. Tengo miedo de parecer desesperado si le escribo. Y también miedo de descubrir que... que no soy lo que quiere. Que siga anclada en el pasado y no haya sitio para mí.

Jorge frunció el ceño, como si le costara creerlo.

—¿Sabes qué sería peor que eso? —dijo con calma—. No preguntar y quedarte con la duda.

Antes de que pudiera contestarle, sonó su móvil. Lo miró y soltó un resoplido.

—Mierda, tengo que volver. Oye —añadió mientras se marchaba—, pásate esta noche por casa. Carlos y yo vamos a pedir unas pizzas. Te vendrá bien desconectar un rato.

Asentí, agradecido.

—Gracias, tío.

***

Esa noche llamé al piso y fue Carlos quien abrió la puerta. En calzoncillos. Y sin camiseta. Me lo quedé mirando de arriba abajo, reprimiendo una carcajada.

—No me puedo creer que no hayas sido capaz ni de vestirte.

Carlos se rascó la cabeza, bostezando.

—A eso iba. Iba a ponerme un pijama por respeto. Y por no escuchar tus quejas.

—Te lo agradezco —contesté, cruzando el umbral mientras él se giraba hacia el salón—. De verdad.

El piso olía a pizza y desorden. El salón estaba a medio recoger, con cojines por el suelo y una manta colgando de un brazo del sofá. Me sonreí. Carlos era todo un personaje. Veterinario de vocación y desastre humano a tiempo completo. Lo había conocido en una fiesta en la universidad, una de esas en las que acabas haciendo de niñero del que peor lo lleva. Tuve que sacarlo de un lío monumental por culpa de la borrachera que llevaba encima. Desde entonces, no habíamos perdido el contacto.

Más tarde, cuando Jorge buscaba compañero de piso, los presenté. Y aunque su convivencia era más una comedia de enredos que otra cosa, aún seguían vivos y hablando entre ellos, así que algo debían de estar haciendo bien.

Jorge me saludó desde el sofá y me pasó una cerveza que tenía a medio enfriar. Me dejé caer junto a ellos, rodeado de cajas de pizza abiertas y servilletas arrugadas.

—¿Entonces? —preguntó Jorge, dándome un codazo con una ceja levantada—. ¿Te has decidido ya a escribirle?

Rodé los ojos mientras le daba un trago a la cerveza.

—¿En serio? Creía que ya habíamos hablado de esto esta mañana.

—No puedes dejarlo ahí, tío —insistió, señalándome con la botella —. Pregúntale y sales de dudas. No pierdes nada.

Carlos, que seguía engullendo su porción como si no hubiera un mañana, intervino con la boca medio llena:

—¿Habláis de tu novia?

Negué con la cabeza, soltando un suspiro mientras dejaba la botella sobre la mesa.

—No es mi novia. No sé si lo será alguna vez. Creo que no ha olvidado a su ex… y yo, sin querer, se lo puse en bandeja. No sé nada de ella y, sinceramente, me da palo hablarle.

Carlos frunció el ceño y levantó una ceja, como si estuviera a punto de dar con una genialidad.

—Bueno… pregunta a Ali.

Parpadeé, desconcertado.

—¿Ali?

—Sí —asintió, como si fuera la cosa más evidente del mundo, limpiándose las manos en una servilleta—. Había quedado hoy con ella.

Jorge se giró hacia él, con el ceño fruncido.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Carlos se encogió de hombros con una sonrisa de autosuficiencia.

—He hablado con ella esta tarde. Me lo ha dicho.

Le miré, intentando procesar la información. Carlos hablando con Alicia. Alicia habiendo visto a Mar. Quizá… quizá Ali supiera algo que yo no.

Volví a apoyarme en el respaldo del sofá, dándole vueltas a la idea.

Tal vez valía la pena escribirle. Aunque solo fuera para intentar sacar algo de información.

Lucas: ¡*Ey, Ali! ¿Qué haces?*

Ali: *Hola, Lucas. Pues acabamos de cenar Mar y yo. Ya se ha ido a casa, así que me iré a dormir en breves. ¿Necesitas algo?*

Lucas: *Saber cómo está…*

Ali: *Lucas…*

Lucas: *Por favor.*

Ali: *Lucas, tenéis que hablar. Ya no sois niños. Llámala mañana y se lo preguntas tú mismo.*

Lucas: *Vale… Gracias, Ali. Descansa.*

Ali: *Buenas noches.*

Después de esa conversación y de acabar las pizzas, decidí que era hora de irme a dormir. Me despedí de mis amigos y me fui a casa pensando en que tenían razón: debía hablar con Mar ya, porque no saber qué pasaba estaba pudiendo conmigo.

Capítulo 34

Mar

El jueves por la mañana me desperté envuelta en una mezcla incómoda de inseguridad y emoción. Inseguridad porque sabía que, tarde o temprano, tendría que hablar con Lucas. No podía seguir escondiéndome detrás del miedo o de las suposiciones. Y emoción porque hoy, por fin, vería mis ilustraciones terminadas.

Me duché rápido y elegí algo cómodo para salir. Mientras me vestía, Audrey me seguía por la casa como una sombra silenciosa, moviendo la colita cada vez que me cruzaba con ella. No pude evitar sonreírle y agacharme para acariciarla antes de terminar de preparar mis cosas.

Mia había salido temprano para trabajar en sus clases, así que la casa estaba en silencio, salvo por el sonido de mis propios pasos y algún que otro bostezo de Audrey. Me tomé un zumo deprisa y salí a la calle con el corazón golpeándome en el pecho, como si supiera que hoy era uno de esos días importantes.

El trayecto hasta la imprenta se me hizo eterno y corto a la vez. Mi cabeza no dejaba de repasar todo lo que había pasado en las últimas semanas: el reencuentro con Lucas, la conexión que no había esperado, el caos de la exposición adelantada, el miedo a perderlo todo con el fallo de la tablet...

Y ahora, por fin, un pequeño momento de tregua.

Cuando llegué a la imprenta, respiré hondo antes de entrar. El olor a tinta y papel me envolvió de inmediato, un aroma que siempre había asociado a comienzos. El encargado me saludó con una sonrisa y me indicó que las piezas estaban listas, apoyadas con cuidado en una de las mesas grandes.

Me acerqué conteniendo la respiración y, cuando vi la primera ilustración, casi se me llenaron los ojos de lágrimas. Allí estaban. Mis

obras. Reales. Terminadas. Brillaban bajo la luz tenue del local, impresas en Dibond como habíamos acordado. Cada trazo, cada detalle, cada matiz de acuarela parecía cobrar vida sobre las láminas de aluminio.

Me tomé mi tiempo para observarlas una por una, acariciando con la mirada las historias que había intentado contar. Eran más hermosas de lo que había imaginado. Eran mías.

Sonreí, dejando que ese orgullo tibio se instalara en mi pecho. Había valido la pena. Todo: las noches en vela, la ansiedad, el miedo, la duda... Cada minuto había llevado a esto.

El encargado se acercó mientras yo seguía embobada.

—¿Te gustan? —preguntó.

—Me encantan —respondí con una sonrisa genuina—. Gracias por el trabajo.

Pagamos el encargo y me ayudó a embalar las obras con cuidado para que no se dañaran. Cuando salí de la imprenta con el paquete entre los brazos, sentí que algo dentro de mí se acomodaba de una forma nueva, distinta. Había logrado algo. Algo mío. Algo que ni siquiera mis inseguridades podían empañar.

Subí al coche con el corazón lleno y, mientras arrancaba, pensé que tal vez... tal vez estaba lista para enfrentar también todo lo demás. Incluido Lucas.

Salí de la imprenta con una sensación de felicidad que no recordaba haber sentido en meses. No podía esperar a compartirlo.

Envié un mensaje rápido a Mia y otro a Ali: *Ya tengo mis ilustraciones impresas. ¡Han quedado increíbles! Estoy tan feliz... Ahora las voy a llevar a la empresa para que las guarden hasta el montaje. ¡Gracias por todo vuestro apoyo!*

Sonreí al ver sus respuestas casi inmediatas, llenas de corazones y mensajes de ánimo.

Dejé las ilustraciones en la oficina, asegurándome de que las guardaran con cuidado para enviarlas todas juntas al local de exposición.

Cuando llegué a casa ya era la hora de comer. Al abrir la puerta, el olor a pasta recién hecha me envolvió como un abrazo. Dejé las

llaves en el mueble de la entrada y avancé hacia la cocina, donde Mia, sonriente, removía la salsa.

Al verme, dejó la cuchara y vino directa hacia mí para abrazarme. Yo correspondí al instante, sintiendo una felicidad tan sencilla, tan real, que casi me dieron ganas de llorar.

—¡Estás a punto de conseguirlo! —dijo, apretándome.

—No me lo creo, Mia... ¡No me lo creo!

Nos reímos como niñas mientras nos servíamos los platos. Nos sentamos a comer en la pequeña mesa de la cocina, compartiendo ese momento como si fuera uno de esos pequeños grandes hitos que nadie más entiende.

Entre bocado y bocado, Mia me lanzó una mirada de medio lado.

—¿Y qué vas a hacer con Lucas?

Me encogí de hombros, jugando con el tenedor.

—No lo sé. Tengo miedo de que todo esto lo haya sobrepasado. Pero también sé que necesito explicarle las cosas. No quiero dejarlo en el aire, no después de todo lo que hemos vivido.

Mia me miró con esa mezcla de ternura y decisión que tanto la caracteriza.

—Entonces háblale. No puedes adivinar lo que piensa. Y si sientes que tienes algo que decir, hazlo. No te quedes con la duda.

Asentí, aunque una parte de mí seguía temblando por dentro.

—Por cierto... —añadió Mia, sonriendo con picardía—. ¿Podrías quedarte con Audrey este finde? Dylan me ha propuesto quedar el sábado y... bueno, me gustaría estar tranquila.

Me reí.

—Claro que sí. Me encanta quedarme con Audrey. —Y, sobre todo, me alegraba ver a Mia tan ilusionada después de todo lo que había pasado.

Tras comer, recogimos rápido. Mia se fue por la tarde a sus clases y yo decidí sacar a Audrey para despejarme un poco. El paseo me sentó bien, el aire fresco me ayudaba a despejar el nudo que sentía en el estómago desde hacía días.

Dejé el móvil en casa sin querer, así que cuando volví y lo encendí, vi que tenía una llamada perdida de Lucas. Mi corazón dio un brinco,

como si no estuviera preparada para verlo ahí, tan simple y tan contundente.

No dudé. Marqué su número enseguida, con los dedos más nerviosos de lo que me habría gustado admitir.

—¿Hola? —contestó al segundo tono, su voz suave, pero con una tensión apenas disimulada.

—Hola, me has llamado —dije, intentando sonar casual mientras me recogía el pelo en un moño deshecho, solo por hacer algo con las manos.

—Sí... pero si estás ocupada... —su voz titubeó, como si quisiera dejar la puerta abierta a desaparecer sin hacer ruido.

—No, no —me apresuré a decir, cruzando el salón con pasos lento —. Estaba con Audrey y me dejé el móvil en casa.

—Vale... bueno... ¿qué tal? —preguntó, y cada palabra salió con cuidado, como si las eligiera una por una, evitando decir demasiado.

—Muy bien. ¿Y tú? —ladeé la cabeza, deseando poder ver su rostro, descifrar lo que no decía.

—Yo... bien, como siempre —respondió, y el "como siempre" sonó tan vacío que dolió un poco más de lo que esperaba.

El silencio que siguió fue espeso. De esos que nadie se atreve a cortar por miedo a decir algo que cambie todo. Notaba cómo la garganta se me cerraba poco a poco. Hasta que decidí romperlo.

—Oye, Lucas... me encantaría poder hablar contigo —dije, bajando un poco la voz, como si confesarlo me hiciera vulnerable.

—Sí. Yo también querría —respondió rápido, pero su voz bajó casi al susurro, como si al decirlo, se le formara un nudo en la garganta.

—¿Puedes quedar mañana? —pregunté con un leve temblor en la voz, pasando el dedo por el borde de la mesa sin darme cuenta.

—Tengo varias reuniones... —hizo una pausa, como si dudara—. ¿El sábado?

Me mordí el labio, echando una mirada a Audrey, que dormía hecha un ovillo en su cama.

—Tengo que quedarme con Audrey... pero puedes venir si quieres —añadí con suavidad, sin saber si lo decía como invitación o como excusa

—Vale. Sí, iré —respondió al instante, con una firmeza que no esperaba. Como si él también lo necesitara.

—Gracias, Lucas. Y oye... —mi voz se volvió más suave, más íntima.

—Dime —contestó con una calma que parecía frágil.

—Me alegra escucharte —confesé, con el corazón latiendo fuerte. No por lo que esperaba, sino por lo que todavía no entendía.

Hubo un silencio breve. Al otro lado, sentí que él también respiraba hondo.

—Y a mí, Mar —su voz fue tan baja que casi parecía un pensamiento en voz alta—. Que pases buena tarde.

—Igualmente —dije en un susurro, aunque él ya no podía verme asentir.

Colgamos. Me quedé con el móvil en la mano un rato más, como si aún pudiera atrapar un poco de su voz entre los bordes de la pantalla. Sentía el pecho en una mezcla extraña de alivio, ansiedad y algo que no sabía nombrar. Su voz sonaba triste. Lejana. Como si lo tuviera cerca, pero en otro lugar distinto.

Sabía que algo no iba bien. Lo sentía en cada pausa, en cada palabra que no dijo. Pero también sabía que el sábado tendríamos por fin esa conversación pendiente. Y hasta entonces, solo me quedaba hacer lo único que me ayudaba a pensar con claridad: trabajar, dibujar, perderme entre líneas y acuarelas. Refugiarme en ese rincón donde el mundo no me dolía tanto.

Capítulo 35

Lucas

Después de colgar, me quedé con el móvil en la mano y el corazón en la garganta. No sabía qué significaba esa llamada: si era el principio de algo nuevo o el final educado de lo que apenas habíamos empezado. Solo sabía que quería verla. Y que el sábado no podía llegar lo suficientemente pronto.

El viernes dormí mal. Me despertaba a ratos, repasando cada palabra que habíamos dicho, cada silencio que se había quedado flotando. Y aunque intentaba convencerme de que debía mantener la calma, la idea de perderla me encogía el pecho.

El sábado por la mañana me pasé una hora delante del armario como un idiota. Nada me parecía bien. Me cambié tres veces de camisa, hasta que decidí que daba igual. No se trataba de cómo me viera, sino de lo que necesitaba decirle.

Cuando llegué a su casa, tenía las manos húmedas por el nerviosismo. Respiré hondo antes de tocar el timbre, pero ni eso evitó que el corazón me golpeara el pecho como si quisiera salir corriendo. La puerta se abrió y allí estaba ella. Mar. Con una sonrisa amplia que me descolocó por completo.

—Vamos, entra —dijo alegre, apartándose para dejarme pasar, como si no llevásemos días sin hablar.

Entré, y durante un instante nos quedamos ahí, uno frente al otro. Mirándonos con todas las preguntas sin decir, con todas las dudas que no sabíamos cómo empezar a resolver.

Y entonces ella se adelantó y me abrazó.

Me quedé inmóvil. Era como si no esperara ese gesto, como si el simple contacto me desarmara. Pero luego, poco a poco, le devolví el abrazo. Cerré los ojos. Solo quería quedarme ahí.

Cuando se separó, sonreía con dulzura.

—¿Quieres un café o algo?

Negué con la cabeza.

—No, gracias.

—Voy a prepararme una manzanilla. Si quieres, siéntate en el sofá.

Me senté, intentando controlar el temblor que sentía por dentro. Jamás había conectado tan fuerte y tan rápido con alguien. Y el miedo a perder eso… era como una losa sobre el pecho.

Ella volvió con su taza caliente y se sentó a mi lado. Me miró. Y esa mirada me empujó a hablar, aunque no estuviera listo.

—Mira, Mar… siento haber ido tan rápido contigo. Siento si en algún momento te has sentido obligada a seguir esto sin estar segura. No era mi intención. Pero… me gustas. Mucho. Pensé que lo de tu ex estaba superado, pero si no lo está… lo entiendo. No voy a negarte que me duela, pero me gusta verte feliz, sea conmigo o con quien tú quieras.

Su mirada se transformó a cada palabra. Al principio parecía confundida. Luego sorprendida. Y al final, algo más profundo. Como si mi torpeza la hubiera dejado sin palabras.

Yo, por dentro, me estaba arrepintiendo. Cada segundo de silencio era una daga. Madre mía, pensé. Soy un imbécil. Un completo imbécil.

Entonces ella abrió la boca. Tardó en encontrar las palabras.

—¿Cómo?

—Que yo… siento que…

—¿Qué crees? ¿Que sigo colada por Ángel?

No supe qué responder.

—Pensé que…

—¿Estás loco? ¿Con ese cretino?

Y entonces lo vi. El odio en su mirada. No rabia ni resentimiento. Era algo más. Una herida. Algo que dolía más de lo que yo podía entender.

—Te… ¿te hizo algo? —pregunté, bajando la voz.

Mar me sostuvo la mirada, firme.

—Ángel es un gilipollas. Me puso los cuernos, y ni siquiera lo vi venir. Y el otro día, después de ayudarme con la tablet, intentó

hacerme sentir menos por lo que soy. Me dijo que no encajaba contigo, que no significaría nada para alguien como tú.

No podía creerlo. El nudo en la garganta se convirtió en rabia. Y también en culpa.

—Lo siento, Mar. La culpa es mía. Tendría que haber buscado otra solución.

Ella negó de inmediato, acercándose un poco más.

—No, Lucas. Tú no tienes la culpa. Hiciste todo por ayudarme. No sabías lo que había pasado con él. Y soy yo la que debería habértelo contado. Siento haberte hecho creer que podía sentir algo por él.

Me quedé callado un momento. Y luego, sin pensarlo, le tomé la mano.

—Gracias por decirme todo esto. Y… gracias por no echarme a patadas por ser tan paranoico.

Ella se rió, suave, con un brillo en los ojos.

—Un poco paranoico sí que eres. Pero me gustas igual.

Y entonces lo supe. Que, pasara lo que pasara a partir de ahora, ella también quería intentarlo. Que había esperanza.

Y eso, por ahora, era todo lo que necesitaba.

Mar bajó la mirada, y después de un momento de silencio, la levantó para buscar mis ojos.

—Hubo un momento —confesó, con la voz apenas temblando— en que dudé. Y odio a Ángel aún más por eso. Porque por un instante pensé que tal vez tenía razón. Que toda esta situación me habría superado, que quizá era cierto que no era suficiente para ti… para un ingeniero como tú, con todos tus proyectos y tu vida tan estructurada. ¿Qué sentido tendría perder el tiempo con una ilustradora con la cabeza llena de ideas imposibles?

No podía creer lo que estaba escuchando. Algo dentro de mí se revolvió, como si cada palabra que salía de sus labios me doliera más que la anterior.

—Mar —dije, con la voz ronca de emociones contenidas—. De verdad… no puedo entender cómo eres capaz de pensar eso. No sé cómo hacerte ver que jamás, ni un solo segundo, te he visto como otra cosa que no sea una chica increíble. Con carácter. Con más narices que yo mismo. Me produces admiración. Verte luchar, verte

esforzarte tanto o más que yo por tus sueños… me parece increíble. Me dejas sin palabras. Y además —acercándome despacio, rozando su mejilla con mis dedos— tienes esa maldita sonrisa… podría perderme en ella sin querer salir jamás.

Ella me miró, descolocada, como si esas palabras fueran más de lo que esperaba escuchar. Y sin pensarlo más, se inclinó y me besó. Un beso corto, urgente, que decía mucho más que cualquier explicación.

Se apartó solo lo justo para hablar, con sus ojos verdes brillando.

—No sabes lo feliz que estoy con el resultado de las ilustraciones. Ya he empezado algunas de las que faltan por terminar… y creo que, por fin, voy a conseguirlo.

No pude evitar sonreírle con un orgullo casi doloroso. Apoyé mi frente en la suya.

—Esa es mi chica. Sabía que lo lograrías.

Volví a buscar sus labios, esta vez con una lentitud que parecía querer memorizar cada roce, cada suspiro. Nos besamos, primero suaves, luego con una necesidad creciente. Mar enredó sus dedos en mi pelo mientras yo no podía apartar las manos de su cintura, pegándola más a mí, como si eso pudiera hacer desaparecer toda la distancia que alguna vez hubo entre nosotros.

Pero, por supuesto, Audrey decidió ladrar justo en el momento menos oportuno.

Nos reímos los dos por la interrupción y la tensión rota.

—Siento haber sido tan idiota —Murmuré finalmente, con una voz baja pero firme, como si las palabras me pesaran en mi garganta.

Mar giró ligeramente la cabeza, sus labios entreabiertos, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para responderme. Pero en lugar de hablar, se inclinó hacia mí, apoyando suavemente una mano en mi brazo. Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo. Esa mano, pequeña pero firme, tenía el poder de calmar mis tormentas internas de una forma que nadie más conseguía.

Sin atreverme a mirarla directamente, giré la muñeca y entrelacé mis dedos con los suyos. Noté cómo sus manos temblaban ligeramente, pero no apartó la suya. Nuestros pulgares comenzaron a trazar pequeños círculos nerviosos sobre la piel del otro, como si

en esos gestos sutiles intentáramos decirnos lo que las palabras no podían.

Nos quedamos así unos segundos, el silencio entre nosotros cargado de emociones que ninguno se atrevía a verbalizar. El aire se volvió más denso, cada respiración un recordatorio de lo que estábamos arriesgando al dejarnos llevar.

Mar soltó un suspiro suave, bajando la mirada hacia nuestras manos entrelazadas. Se mordió el labio, y no pude evitar mirarla, capturando cada pequeño movimiento, cada pestañeo nervioso. Noté cómo su respiración se hacía más profunda, sus hombros tensándose ligeramente, como si el peso de ese momento fuera demasiado para sostenerlo sola.

—A veces… me asusta lo fácil que es estar contigo —susurró finalmente, su voz apenas un hilo de aire, como si se arrepintiera de admitirlo en voz alta.

Apreté ligeramente su mano, intentando transmitirle que yo también me sentía igual. Que la calma que ella me traía era tan peligrosa como adictiva. Que, aunque a veces me aterrara, no podía dejar de querer más.

Casi sin darnos cuenta, nos giramos al mismo tiempo, nuestros rostros quedando a solo unos centímetros de distancia. Sentí su aliento cálido rozando mis labios, y por un segundo, el mundo se detuvo. Ni el zumbido lejano del aire acondicionado, ni las sombras que se alargaban en la pared, ni siquiera el sonido de un coche pasando por la calle existían en ese momento. Solo nosotros.

Finalmente, Mar se inclinó, sus labios rozando los míos con una suavidad que casi me hizo cerrar los ojos. Fue un beso corto, cargado de palabras no dichas y promesas que aún no nos atrevíamos a hacer. Cuando nos separamos, ella dejó su frente apoyada en la mía, nuestras respiraciones mezclándose, creando un pequeño mundo en el que solo cabíamos nosotros.

Llevé una mano a su mejilla, acariciándola con el pulgar, y ella cerró los ojos, inclinándose un poco más hacia mi toque. Era una declaración en silencio, una aceptación de que, por más complicado que fuera, ninguno de los dos quería dejar de intentarlo.

Capítulo 36

Mar

El domingo amanecí con una mezcla de emociones que apenas me dejaban respirar: ilusión, nervios, ansiedad contenida y un leve pero persistente miedo que me recorría por dentro. Me quedaban solo unos días para terminar todas las ilustraciones y, aunque sentía la presión de cumplir con los plazos, también me sentía profundamente agradecida por todo lo bueno que había comenzado a florecer en mi vida. El 20 de mayo estaba cada vez más cerca; casi podía tocarlo con los dedos, y todo debía estar listo. Eso significaba que el lunes tendría que tener las piezas terminadas para enviarlas a la imprenta. Con suerte, el miércoles por la tarde recibiría todas impresas y listas para ser transportadas al local de la exposición.

Desayuné con Mia mientras Audrey nos rodeaba con esa energía contagiosa, buscando caricias y atención. Había algo en esos domingos tranquilos que ofrecía una calma casi irreal. El sol se colaba a través del ventanal del salón, creando formas suaves sobre el suelo, y el olor del café recién hecho de Mia se mezclaba con el aroma de mis tostadas, llenando la casa de esa familiaridad reconfortante que me hacía sentir en paz, aunque fuera por unos minutos.

—Tengo un poco de miedo, ¿sabes? —le confesé mientras sujetaba la taza con ambas manos, buscando algo de estabilidad en ese calor que me llegaba a los dedos.

—¿Y eso por qué? —preguntó, con una expresión de preocupación y el ceño ligeramente fruncido.

—Porque va a venir mucha gente del mundo del arte y del sector empresarial... Y no quiero sentirme fuera de lugar en mi propia exposición. Me encantaría conectar con alguien, hacer contactos,

pero me asusta no estar a la altura, que me miren solo como la chica que dibuja bonito.

Mia soltó un suspiro exagerado, como si ya hubiera escuchado ese discurso mil veces y aún no pudiera creérselo.

—¿Estás boba? Sabes que voy a estar yo, y vas a invitar a Ali, ¿verdad?

Asentí con duda.

—Me encantaría que viniera, pero la conozco desde hace poco. No quiero que se sienta obligada a venir por compromiso.

Mia apoyó los codos sobre la mesa y me miró como si quisiera atravesarme con la mirada.

—Mar, en serio, hazte un favor: deja de infravalorarte. No solo invites a Ali, dile que avise a su grupo, que venga más gente si quiere. ¿Por qué no?

—¿Perdona? ¿Ahora quieres que convierta esto en una fiesta multitudinaria? —bromeé.

—Sí, y yo hablaré con Dylan. Estoy segura de que él también querrá venir. Tía, de verdad... esto va a ser increíble.

Solté una carcajada nerviosa, mezcla de incredulidad y entusiasmo.

—Qué nervios...

—Lo sé. Pero tranquila. Todo va a salir genial. Has trabajado demasiado como para que sea de otra forma.

Después de desayunar, me mentalicé: esta semana sería intensa, pero también la última etapa de algo que llevaba meses construyendo. Le escribí un mensaje a Lucas para contarle cómo me había organizado y que, si podía, quería sacar un rato para verle antes de la exposición. Su respuesta me tranquilizó más de lo que esperaba. Me transmitió justo lo que necesitaba: calma, confianza y, sobre todo, apoyo.

"Me parece perfecto, Mar. Si necesitas algo, estoy aquí. Tú termina esto. Estás a punto de lograr algo grande."

Sabía que le encantaría que me quedara en su casa, compartir estos últimos días juntos. Pero también comprendía que necesitaba estar sola, concentrarme y cerrar cada una de las piezas con el

detalle y el cuidado que merecían. Esta era mi oportunidad, y no podía permitirme fallar. Empezaba la cuenta atrás.

Lucas no sabía absolutamente nada de las ilustraciones. No le había dejado ver ninguna. La única persona que había visto los bocetos inacabados o alguna pieza medio montada era Mia. Mis jefes, Carlos y Victoria, habían visto las diez primeras, pero en digital y sin ninguna explicación profunda detrás. Porque la realidad es que nadie conocía el verdadero motivo emocional que había en cada una de ellas.

Mia pensaba que eran increíbles, y la forma en que sus ojos brillaban cada vez que se las mostraba me llenaba de orgullo. Tenía unas ganas inmensas de que Lucas las viera por fin, cuando estuvieran terminadas, impresas, colgadas y bañadas por la luz exacta que había imaginado desde el primer trazo. Deseaba que las recorriera, una a una y entendiera su significado. Porque cada ilustración no era solo un dibujo: era un fragmento de mí. De lo que era, de lo que me rompió, de lo que volví a construir. Cada pieza transmitía un momento diferente, emociones que intenté traducir en color, trazo y composición.

Sé que el público sentiría algo, se emocionaría, puede que incluso conectara con alguna. Pero ese "algo" que había escondido detrás de cada obra... ese mensaje implícito, esa historia que no se contaba con palabras... solo él, solo Lucas, podría entenderlo del todo. Y si lo hacía, sabría que todo, absolutamente todo, habría valido la pena.

Capítulo 37

Lucas

Desde que hablamos, algo dentro de mí se calmó. Saber que Mar estaba bien, que habíamos aclarado las cosas, que volvíamos a tocarnos y a decirnos lo que sentíamos… todo eso me hacía sonreír sin darme cuenta. Pero también había algo más: una impaciencia suave, una especie de ilusión que me llevaba directo al día de su exposición. Primero, porque quería verla feliz, realizada. Y segundo, porque no podía evitar querer pasar más tiempo con ella, de ese en el que no hace falta hablar para saber que todo está bien.

Estaba en casa, terminando de revisar unos informes, cuando mi teléfono vibró sobre la mesa. Al ver el nombre de Mia, lo abrí al instante. Estaba claro que, si Mia escribía, tenía que ver con Mar, y si tenía que ver con Mar, no podía permitirme ignorarlo.

Mia: *Me gustaría comentarte algo. ¿Podría llamarte en un rato? Voy a sacar a la perra.*

Respondí casi sin pensar:

Lucas: *Por supuesto.*

Y, aun así, me quedé con ese cosquilleo nervioso instalado en el estómago. No parecía algo grave, pero tampoco era una charla cualquiera. Y con Mia nunca se sabía: era directa, sensible, pero también protectora hasta la médula. Si decidía llamarme, era porque lo que tenía que decir no podía escribirse en un mensaje rápido. Y si era sobre Mar, probablemente se trataba de algo que ella misma no se atrevía a decirme directamente.

Empecé a impacientarme. Imaginé posibilidades que iban desde lo inofensivo hasta lo que preferiría no escuchar. Me pasé una mano por el pelo, cerré el portátil y me levanté de la silla. Caminé de un lado a otro del salón, con el móvil aún en la mano, esperando a que sonara. Cuando lo hizo, lo cogí en cuanto vibró.

—Buenas, Lucas, ¿qué tal? —dijo Mia al otro lado, con ese tono casual que no conseguía engañarme.

—Hola. Bien, bien... ¿ha pasado algo? ¿Mar está bien?

—Sí, sí. Tranquilo, todo está bien —respondió enseguida suspirando—. Solo quería hablar contigo un momento.

—Vale. Entonces dime.

—Verás… Mar está algo nerviosa con la exposición. Sabe que habrá mucha gente, pero casi todos serán desconocidos para ella. Y yo le propuse invitar a Ali, incluso que le dijera algo a vuestro grupo para que os animarais a venir. Pero ya sabes cómo es. Le da cosa. No quiere que Ali se sienta obligada a ir, mucho menos pedirle que arrastre a nadie más. Aunque, sinceramente, yo sé que le haría muchísima ilusión.

—Cuenta con ello. De verdad. ¿Crees que hablará con Ali?

—Puede. Pero la conozco, y ahora mismo cree que está siendo una pesada o que está pidiendo demasiado. Le cuesta ver lo que vale. Le cuesta entender que hay gente que quiere apoyarla sin condiciones. Y no debería ser así.

—Me encargo de eso. Gracias, Mia. Y oye… ¿por fin conoceremos al famoso profesor?

Mia soltó una risa breve, pero sincera.

—Parece que sí.

Colgamos después de unos minutos más de charla. No entiendo cómo Mar no ve el potencial que tiene y lo que genera en los demás. Yo soy tímido cuando conozco a gente nueva, pero ella… ella tiene miedo. Miedo a no gustar, a que algo salga mal. Pero tiene una luz que es imposible no ver.

Sin perder tiempo, escribí a Ali. Le expliqué lo de la exposición, y también le conté que Mar no quería hacerla sentir presionada, pero que su presencia le haría bien. Que le daría confianza. Y que, aunque no lo dijera, estaba deseando compartir ese momento con personas que la quisieran ver brillar.

Después de unos minutos, Ali me mandó un audio.

—Lucas, gracias por escribirme. La verdad es que me hace muchísima ilusión ir a la exposición. Mar es un encanto, y me encantaría acompañarla ese día. Si ella no me ha dicho nada,

entiendo por qué… pero no quiero que piense que está sola en esto. Además, ya le tengo ganas a ver qué ha creado. ¿Cómo no iba a querer ir? La escribiré sin sonar muy directa, a ver qué tal.

Le contesté agradeciéndole de nuevo su ayuda. Es una amiga increíble y Mar debería saber que merece a gente así en su vida.

Volví al portátil e intenté repasar un par de documentos. Pero ahora lo hice con una sensación distinta. Como si el plan se estuviera construyendo, poco a poco, alrededor de ella. De su talento. De lo que había creado con sus propias manos. De lo que estaba por compartir con el mundo. Y por primera vez en días, me sentí realmente tranquilo. Esperanzado. Como si, después de todo, lo bueno recién estuviera empezando.

Capítulo 38

Mar

La tablet estaba sobre la mesa, conectada al cargador. Había estado trabajando toda la mañana en los últimos detalles de las ilustraciones que faltaban. Algunas ya estaban listas para enviar a la imprenta; otras aún necesitaban un último repaso de color o corrección de líneas. Audrey dormía a mi lado, hecha un ovillo, como si sintiera que estábamos cerca del final de algo importante.

Mientras repasaba una de las imágenes con el lápiz digital, intentando decidir si añadía un poco más de acuarela en la esquina inferior, la pantalla del móvil parpadeó con una notificación. Era un mensaje de Ali.

Ali: *¡Hola, preciosa! Solo quería decirte que estoy deseando ver tus obras en la exposición. No te imaginas la ilusión que me hace. Y por supuesto, cuenta conmigo. Me encantaría ir. Un beso enorme.*

Me quedé un instante con el lápiz suspendido en el aire. No pude evitar sonreír. Ali era todo lo que alguien podría pedir en una amiga, incluso siendo nuestra amistad aún reciente. Había surgido con naturalidad, como si nos conociéramos desde mucho antes. Le respondí al momento, sin pensarlo demasiado.

Mar: *¡Ali! Qué ilusión me hace tu mensaje. De verdad, gracias por escribirme. Me daba cosa invitarte porque sé que no hace tanto que nos conocemos, pero me encantaría que vinieras. Significaría muchísimo para mí. Nos vemos el sábado 22.*

Volví a dejar el móvil en la mesa y acaricié suavemente el lomo de Audrey. Luego me levanté, estirándome un poco. Fui a la cocina por una manzanilla mientras repasaba mentalmente la lista de tareas que aún quedaban: revisar los últimos archivos, preparar el USB con las ilustraciones finales y dejarlas listas para llevarlas a la imprenta al

día siguiente. Quería tenerlo todo organizado para no perder ni un minuto el miércoles, cuando comenzaran los envíos al local.

El aroma de la manzanilla llenó la cocina mientras la taza humeaba entre mis manos. Me apoyé un momento en la encimera, sintiendo cómo el calor se extendía por mis dedos como una pequeña tregua. Cerré los ojos y dejé que ese instante me envolviera.

El mensaje de Ali me había dado un pequeño empujón. Una dosis de energía inesperada. No sabía si el resto del grupo iría, pero con ella allí, con Mia a mi lado, y Lucas…

Acaricié la pantalla de la tablet, donde la última imagen por fin parecía completa. No era perfecta. Pero era mía. Como todo lo que había logrado en estas semanas. Como cada paso dado para llegar hasta aquí.

Quería terminar lo antes posible las ilustraciones, porque mi intención era intentar pasar ese fin de semana con Lucas, el último antes de la exposición. Decidí llamar a la imprenta para concretar si podrían tener todas las ilustraciones listas para el miércoles.

En cuanto me dieron el visto bueno, preparé la última reunión con mis jefes. La haría unos días antes, el lunes, para enviarles todos los trabajos en formato digital y el jueves, llevarían los cuadros al local para comenzar a colocarlos. El viernes tendría que ir a la prueba de luz y a la elección de la música. Victoria tenía varias propuestas en mente y vendría conmigo para escoger.

Las editoriales no suelen esforzarse tanto con algo así, pero los libros que he ilustrado tuvieron muy buenas ventas y decidieron participar en este proyecto que podría darme a conocer y, a su vez, abrir puertas a la editorial con nuevos proyectos más grandes. Era algo bueno para todos y agradecía que contaran conmigo.

En cuanto cerré la reunión, miré el calendario de la nevera que puso Lucas y decidí que era hora de ponerme las pilas.

Trabajaba muy bien bajo presión y la emoción que sentía en ese momento era la carga que necesitaba. Tenía miedo, claro, pero también una certeza que latía bajo la piel: estaba donde quería estar, haciendo lo que siempre había soñado. Y, por primera vez, no me sentía sola.

Capítulo 39

Mar

No sabía en qué momento exacto había ocurrido, pero lo había sentido en cada gesto, en cada mirada, en cada paso dado durante el último mes: algo había cambiado en mí. Y por una vez, no era miedo, ni culpa, ni ese sentimiento agudo de no ser suficiente. Era todo lo contrario. Era una especie de certeza serena, como si al fin pudiera creer que yo también merecía que me pasaran cosas buenas.

Mia siempre había estado a mi lado. Eso no era nuevo. Pero ahora, había más. Estaba Ali, que se había convertido en un refugio inesperado. Estaban Carlos y Jorge, que, sin conocerme del todo, habían mostrado una versión amable de ese universo que rodeaba a Lucas y me habían escrito para preguntarme la hora de la exposición porque iban a ir con las chicas. Estaba, por supuesto, Lucas, que se había quedado. Que había elegido quedarse. Y yo… yo estaba dejando que todo eso me atravesara sin levantar las murallas de siempre.

Ver a Mia feliz con Dylan era otra forma de recordarme que el amor podía ser distinto. Sano. Luminoso. No necesitaba juegos de poder ni sacrificios desmedidos. Podía construirse a fuego lento, con gestos cotidianos, con la complicidad de las miradas y el respeto por los silencios del otro. Con Lucas lo estaba aprendiendo. Lo estaba viviendo. Y aunque a veces el miedo todavía susurraba, ya no gritaba tan fuerte.

En paralelo a ese cambio interno, había estado inmersa en el proceso de creación más intenso y significativo que había vivido nunca. Durante semanas, anoté ideas en libretas, en la app del móvil, en servilletas de cafeterías. Cualquier pensamiento fugaz podía ser el germen de algo. Pasé horas navegando en internet,

recopilando imágenes, escenas, rostros, atmósferas que luego me ayudaran a componer algo con sentido.

Los bocetos nacieron de forma orgánica, guiados por una historia secreta que solo existía en mi cabeza, pero que unía todas las ilustraciones como un hilo invisible. Fui afinando, descartando lo que no funcionaba, reordenando lo que sí. Cambié de pincel en la tablet, jugué con texturas, con capas, con transparencias. Cada pieza pasó por varias versiones hasta que, una tarde, sin saber muy bien cómo, supe que estaban listas.

Las imprimí en papel de alto gramaje, especial para acuarela. Probé combinaciones, mezclé colores, descubrí matices que no sabía que quería expresar. Y cuando finalmente encontraba la versión que resonaba conmigo, añadía la acuarela digital a la ilustración definitiva. Luego las pasaba a la imprenta y de ahí, directamente a la editorial.

El departamento de maquetación y marketing había estado trabajando en un folleto especial para el día de la exposición. Incluiría fotografías de las ilustraciones, sus títulos y una breve presentación que yo misma había redactado. Solo faltaría añadir las últimas piezas la semana que viene.

Las obras estarán a la venta al finalizar la exposición, excepto una. Esa he pedido quedármela. No sé si a alguien le interesará comprarlas, ni si entenderán del todo lo que significan. Pero si alguien, aunque sea uno solo, siente algo especial al verlas, eso me bastará.

Y si ese alguien es Lucas, si logra descifrar la historia secreta que esconden, entonces todo esto habrá valido mucho más de lo que jamás imaginé.

Capítulo 40

Lucas

Ha pasado la semana y Mar viene a pasar el fin de semana conmigo. Y sí, sé que es absurdo lo nervioso que estoy cuando ya ha estado aquí. Cuando ya hemos dormido en el mismo sofá, desayunado con las piernas entrelazadas, hablado hasta quedarnos en silencio. Pero ahora es distinto. Ahora hay algo más entre nosotros. Y quiero que esto, lo que sea que estamos construyendo, sea perfecto. No solo porque la quiero cerca, sino porque quiero que se sienta tranquila, segura, feliz. Quiero que su tiempo conmigo le pese menos que el mundo que lleva encima.

El sábado por la mañana, justo cuando el sol empezaba a colarse por la ventana del salón, escuché el timbre. Abrí la puerta y ahí estaba ella. Increíblemente preciosa. Llevaba un top blanco que insinuaba más de lo que mostraba y unos pantalones de flores que no sé cómo describir, pero que le quedaban tan bien que me dejaron sin palabras durante varios segundos. No me había parado a observar su estilo antes con detalle, pero ahora me resultaba tan natural, tan ella, que no podía dejar de mirarla.

Me sonrió, como si no tuviera ni idea del efecto que provocaba, y se acercó para besarme. Su boca era suave y segura, y cuando se separó, todavía me costaba creer que estuviera aquí. Había algo en su manera de llegar, de moverse por mi espacio como si lo conociera desde siempre, que me desarmaba cada vez más.

Sin soltar su cintura, la miré.

—¿Quieres desayunar?

Asintió, así que me fui a la cocina mientras ella dejaba su mochila en la habitación. Tenía preparado algo especial: tostadas con aguacate y salmón, porque sé que le encantan. Mientras preparaba su zumo y mi café, escuché sus pasos acercándose por detrás. Un

instante después, sentí sus brazos rodearme con suavidad, envolviéndome por la cintura. Apoyó la cabeza en mi espalda, justo entre los omóplatos, y dejó escapar un suspiro lento.

La calidez de su contacto fue como un ancla. Como si en ese gesto sencillo estuviera diciéndome todo lo que no hacía falta poner en palabras.

Me sentí en casa.

Madre mía… Me vuelve completamente loco.

—Te he echado de menos, ¿sabes? —susurró contra mi espalda, con la voz apagada por la cercanía, como si no quisiera romper la paz de la mañana.

Sonreí de lado, sin moverme. El café seguía goteando en la cafetera, pero el tiempo se había detenido.

—Me ha costado no tener a una chica tan bonita por aquí —dije con tono ligero—, pero bueno… valdrá la pena.

—Lucas… —murmuró con ese tono de reproche dulce que le salía sin esfuerzo.

Me giré despacio, todavía dentro de su abrazo, hasta quedar frente a ella. Nuestros cuerpos seguían tan cerca que apenas había espacio para el aire entre nosotros. Le mantuve la mirada unos segundos, sin prisa.

—Gracias. Por todo —dijo, bajando la voz con sinceridad.

Parpadeé una vez y asentí con una sonrisa pequeña pero firme.

—Gracias a ti.

Frunció un poco el ceño, sin entender del todo.

—¿Y eso?

—Por haberte lanzado a esto —respondí, buscando sus ojos—. Por intentarlo, a pesar de todo lo que tienes encima.

Tragué saliva. Deslicé una mano hasta su mejilla y la acaricié con el pulgar, apenas.

—No lo podría haber hecho sin ti —dijo, con una certeza que me caló desde dentro.

Ella apoyó la frente en mi pecho, y durante unos segundos, nos quedamos así.

Su voz salió tan honesta que no necesité nada más para creerla. Le sonreí mientras la rodeaba con mis brazos de nuevo y la besaba

con suavidad. Se fue a sentar al taburete, me miró con esa carita hambrienta que me derrite. No entiendo cómo le puede gustar tanto comer alguien tan pequeña, pero me encanta. Por eso le dejé la tostada más grande sin decir nada.

Desayunamos sin prisas. Me puso al día de todo lo que tenía que organizar la semana siguiente y me impresionó, una vez más, la cantidad de cosas que era capaz de abarcar. Hablaba de la exposición con ese brillo en los ojos que solo aparece cuando estás haciendo lo que amas. Y aunque decía estar nerviosa, lo que se le notaba era ilusión.

Después del desayuno, fuimos al sofá. Se tumbó sobre mis piernas mientras yo le acariciaba el pelo, y aunque hablábamos, notaba el cansancio en su rostro. Estaba agotada, pero feliz. Me alegraba verla así, tan cerca de cumplir su sueño. Me perdí escuchándola hablar, jugando con sus dedos, y en un momento dado, se quedó dormida. La observé dormir, sintiéndome en paz. Ella era un caos hermoso, y yo había tenido la suerte de entrar en su órbita justo a tiempo.

Con cuidado de no despertarla, cogí el móvil y me alejé un poco. Sabía que Mar quería este finde solo para nosotros, pero no podía evitar pensar que una pequeña sorpresa podría venirle bien. Algo sencillo, algo que le recordara todo lo que había conseguido… y todo lo que todavía estaba por venir. Pero mientras tanto, dejé que durmiera. Que descansara. Porque si alguien se lo había ganado, era ella.

Capítulo 41

Mar

Me desperté de golpe, con el corazón acelerado y la mente todavía enredada entre sueños confusos. Tardé un segundo en darme cuenta de que no estaba en mi casa. Las paredes eran más amplias, la luz que entraba por la ventana tenía un tono distinto y el olor a café no era el de siempre. Me giré rápidamente, buscando mi móvil en la mesa. La pantalla me devolvió la hora con una crueldad silenciosa: la una de la tarde.

—¡No puede ser! —susurré, incorporándome de un salto.

Me froté los ojos, intentando despejarme del todo. Cuando por fin enfoqué bien, vi a Lucas en la cocina, de espaldas a mí, moviéndose con soltura entre la encimera. Vestía una camiseta negra ajustada que le marcaba los hombros y unos vaqueros que parecían hechos a medida. Estaba tan metido en lo que hacía que no me había escuchado.

Me levanté sin hacer ruido y me acerqué a él. Sin pensarlo demasiado, le di un manotazo en el hombro.

—¿Qué haces? —me miró, sorprendido, aunque con una sonrisa que le iluminó los ojos.

—¿Por qué no me has despertado? Me he quedado dormida —dije, con un toque de desesperación en la voz.

Lucas se rió, dejando la paleta de madera sobre el mármol y girándose para mirarme de frente.

—Estabas cansada. Necesitabas dormir un poco, no pasa nada.

Me crucé de brazos, intentando parecer seria, aunque por dentro se me derritieran las defensas al verle tan tranquilo.

—He venido aquí a verte, no a dormir. —Me mordí el labio, tratando de no parecer demasiado afectada.

Se acercó un paso, colocándose justo frente a mí. Me miró con esos ojos que siempre parecían ver más de lo que yo estaba dispuesta a mostrar.

—Anda, no seas boba —dijo, apoyando las manos en mis caderas y atrayéndome hacia él—. Además, esta tarde tenemos un plan sorpresa, y así, con un poco de descanso, podrás aguantar hasta por la noche —guiñó un ojo.

Sentí cómo mis mejillas se encendían. Maldita sea. Este hombre y su capacidad para hacerme sonrojar con tan poco. Lucas me besó, suave pero firme, y sentí que el mundo se encogía un poco, dejando espacio solo para nosotros dos.

—¿Me ayudas a preparar la comida? —me dijo, sin soltarme—. Estaba empezando a preparar pasta para hacer una ensalada, así es algo rápido.

Asentí, todavía algo aturdida por el beso, y me soltó lentamente, girándose de nuevo hacia la encimera.

Nos pusimos a preparar una ensalada de pasta. Yo preparaba queso y zanahorias para acompañar con hummus, algo que habíamos descubierto que a ambos nos encantaba. Mientras cortaba, lo miré de reojo. Se movía con seguridad, sin prisa pero sin pausa, como si cada gesto estuviera calculado para encajar perfectamente en el ritmo del día.

—No me vas a decir nada sobre el plan, ¿verdad? —le solté, fingiendo un tono casual, aunque por dentro me moría de curiosidad.

Lucas me miró con una sonrisa traviesa, secándose las manos en el paño de cocina.

—No, no voy a decirte nada. —Se inclinó un poco hacia mí—. Y no, tampoco te voy a dar pistas.

Resoplé, entre frustrada y divertida, y él soltó una pequeña carcajada al ver mi expresión.

—Al menos me podrás decir si tengo que ponerme algo especial o no —insistí, apuntándole con el cuchillo de forma teatral.

Lucas levantó las manos en señal de rendición, con esa sonrisa que tanto me desarmaba.

—No te preocupes. Así estás preciosa. —Sus ojos recorrieron mi rostro por un segundo más de lo necesario, y sentí cómo el calor volvía a subir por mis mejillas.

Cuando terminamos de preparar la comida, nos sentamos a comer tranquilamente en la mesa del salón. Entre bocados y miradas cómplices, intenté sacarle más información, pero Lucas se mantuvo firme, cambiando de tema cada vez que me acercaba peligrosamente a la verdad.

Después de recoger los platos, nos acomodamos en el sofá y él puso una película de acción que había salido el año pasado, una de esas que él adoraba. *Tyler Rake*, si no me equivoco. Me dejé llevar por la trama, aunque notaba que él me miraba de reojo de vez en cuando, como si estuviera más pendiente de mis reacciones que de lo que pasaba en la pantalla.

Cuando la película terminó, Lucas se levantó y me ofreció la mano, con esa mirada que hacía que me olvidara de todo lo que no fuera él.

—¿Nos vamos ya? —pregunté, sintiendo el cosquilleo de la anticipación en el estómago.

—Sí, coge tu bolso y vamos bajando —respondió, ayudándome a levantarme.

Me apresuré a recoger mis cosas, metiendo en el bolso lo que creía que podría necesitar, mientras él me observaba con una media sonrisa. Cuando salimos del piso, me di cuenta de que no tenía ni idea de adónde íbamos, pero algo me decía que ese misterio era parte del plan. Me encantaba y me aterraba. Pero, sobre todo, me hacía sentir viva.

De repente, Lucas se detuvo frente a un local con un cartel iluminado que leía "Six Board Game Café". Lo miré con el ceño fruncido, tratando de adivinar qué era ese lugar.

—¿Es aquí? —pregunté, desconcertada.

—Sí, pasa. Nos están esperando —respondió, empujándome suavemente hacia la puerta.

Lo miré de reojo, sin entender del todo a qué se refería, hasta que mis ojos se encontraron con un grupo familiar en una de las mesas

del fondo. Era su grupo de amigos. Todos sonrieron y levantaron las manos para saludarnos.

—¡Ey, por aquí! —gritó Jorge, haciendo un gesto para que nos acercáramos.

Me quedé de piedra, sin saber muy bien qué decir o hacer.

—No íbamos a ir a tu exposición sin conocerte un poco mejor —dijo Jorge, señalando los juegos de mesa apilados sobre la mesa—. Y qué mejor que esto.

Me senté aún en shock, mirando a todos con una mezcla de sorpresa y nerviosismo.

—¿Vais a ir a la exposición? —pregunté, todavía tratando de procesar la sorpresa.

Ali se inclinó hacia mí con una sonrisa cómplice.

—Pues claro, tía. No iba a ir sola, y se lo comenté a Carlos. Y al final, se han animado todos.

Carla, que estaba sentada junto a Fer, se levantó sonriente.

—Bueno, ¿qué queréis de beber? Voy a la barra. Fer, ve sacando los juegos.

Cuando Carla volvió con las bebidas, ya habíamos pensado con qué juego podríamos empezar.

—Vamos a empezar con "El Impostor". Preparaos para las risas —dijo Fer.

Jugamos varias rondas; yo estaba emocionada por haber ganado una, nadie se pensó que pudiera ser la impostora. Cambiamos de juego varias veces mientras cenábamos y estuvimos charlando un poco de todo. Conocí mejor a todo el grupo. Manu y Fer compartieron piso hace unos años. Fer es amigo de Laura desde el instituto; estudiaron lo mismo y se dedican a lo mismo, aunque en empresas diferentes. Manu, Carla y Jorge son compañeros de Lucas del trabajo.

Me sorprendió lo bien que se llevaban todos, como si el caos de sus vidas se hubiese sincronizado, al menos por unas horas, en esa mesa. Pero, sobre todo, me encantó que me hicieran sentir una más del grupo.

Capítulo 42

Lucas

Me desperté ahogado, con el corazón acelerado y una mezcla de emociones que me mantenía en vilo. La noche anterior había sido intensa: la quedada con mis amigos, la charla, la risa, y Mar... Menos mal que se me ocurrió dejarla dormir. Menuda noche… Me levanté sin hacer ruido para no despertarla y me propuse preparar el desayuno. Pasar tiempo con ella me tiene embobado, completamente atrapado.

Mientras cortaba el pan para las tostadas, escuché sus pasos suaves acercándose. Mar apareció en la puerta de la cocina, con el pelo revuelto, los ojos aún medio cerrados y las marcas de las sábanas en las mejillas. Llevaba solo mi camiseta, y esa visión, aunque me pareció tierna, también encendió una chispa peligrosa en mi interior. Me mordí el labio, recordando lo que habíamos compartido solo unas horas antes. Esta chica me tiene al borde.

—Buenos días, preciosa —dije, sin poder evitar que una sonrisa se asomara en mis labios.

Mar se frotó los ojos y se señaló con un dedo.

—No creo que "preciosa" sea la palabra —bostezó y se acercó para besarme suavemente en el cuello. Un toque ligero, pero suficiente para hacerme tensar los músculos.

Me mata. Esta chica me mata.

—¿Te ayudo con algo? —preguntó, mirando la cocina con curiosidad.

—No, ya he terminado —respondí, sirviendo las tostadas en un plato—. ¿Quieres zumo o Cola Cao?

Se quedó pensativa por un momento y luego sonrió, con esa sonrisa que me desarma cada vez.

—Zumo, gracias.

—Perfecto. Si quieres, siéntate en el sofá y hoy desayunamos allí —le guiñé un ojo y la vi caminar hacia el salón, con las piernas desnudas y esa camiseta mía que parecía hecha para ella.

Nos sentamos en el sofá, con las noticias de fondo. Mientras comíamos, hablamos de nuestra semana, de los planes que se acercaban. Mar me agradeció el plan de ayer con mis amigos. Noté en su rostro una mezcla de alivio y gratitud que me hizo sentir que había hecho algo bien. Creo que, para ella, saber que mis amigos irán a su exposición es más importante de lo que quiere admitir. Es como si estuviera comenzando a creer que también puede pertenecer a este mundo, al mío.

Decidimos ir a la que probablemente se convertiría en "nuestra" librería, Derivas. Mar quería mirar algún libro de romance para Mia. Cuando llegamos, estaba cerrada. Culpa mía por no mirar el horario, pero nos fijamos en que organizaban clubes de lectura y que estarían en la próxima Feria del Libro de Madrid. Me guardé ese dato mentalmente. Sabía que a Mar le podría gustar ir.

Decidimos volver a casa paseando. Nos tomamos nuestro tiempo, disfrutando del buen tiempo, de las miradas cómplices y de las manos que se encontraban sin esfuerzo. Como se hizo tarde para cocinar, pedimos algo de camino. El fin de semana estaba siendo perfecto. Todo parecía encajar. O eso pensaba, hasta que, llegando a casa, mi móvil comenzó a vibrar en el bolsillo.

Era mi jefe.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, sintiendo cómo el buen humor se desvanecía en un segundo.

—Tenemos un problema —dijo, su tono seco y directo—. Nos han adelantado la próxima reunión en Barcelona.

—¿Para cuándo? —mi voz sonó más tensa de lo que quería.

—Necesitamos estar allí el miércoles por la tarde, pero los proveedores alemanes quieren reunirse el viernes por la tarde.

Me detuve en seco, notando cómo Mar me miraba con el ceño fruncido, preocupada.

—¿Por la tarde pronto? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—No, a última hora. Hemos pensado en volver el sábado por la mañana, pero esta vez tendrá que ser en tren. Los vuelos están completos.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies. El sábado es la exposición de Mar. Necesito estar allí. Ella me necesita allí.

—Lucas, nos vemos mañana para detallar todo y prepararnos. Debemos adelantar los resultados de las pruebas de estrés, ¿de acuerdo?

—Sí, claro... de acuerdo. Hasta mañana.

Colgué el teléfono, con la mente girando a toda velocidad. Necesitaba pensar en un plan. No podía fallarle a Mar. No ahora.

Ella se acercó lentamente, apoyando una mano en mi hombro, con esos ojos llenos de preocupación.

—¿Lucas? —susurró, con la voz suave pero firme, como si supiera que algo estaba a punto de romperse.

La miré, con el corazón apretado. No tenía respuestas. No en ese momento.

Capítulo 43

Mar

Lucas me miró con una expresión que no me gustó nada. Algo le preocupaba, y no estaba acostumbrada a verlo así. Avanzó hacia la puerta, sacó las llaves del bolsillo y la abrió, empujándola suavemente para que entrara. Lo seguí, con el corazón latiéndome en las sienes.

Cerré la puerta tras de mí y me acerqué a él con pasos lentos, sintiendo cómo el aire entre nosotros se cargaba de tensión. Lucas se pasó una mano por el pelo, algo que solo hacía cuando estaba realmente nervioso. Me senté en el sofá, esperando que él hiciera lo mismo, pero se quedó de pie un segundo más, mirando al suelo como si las palabras se le atoraran en la garganta.

—Lucas, ¿qué pasa? —pregunté, intentando que mi voz sonara firme. Necesitaba entender qué lo tenía así.

Finalmente, se dejó caer a mi lado y suspiró, apoyando los codos en las rodillas, con las manos entrelazadas frente a él.

—Mar, hay un problema —comenzó, sin mirarme a los ojos—, pero voy a solucionarlo, te lo prometo.

Mi corazón dio un vuelco. Me incliné hacia él, colocando una mano en su espalda para intentar tranquilizarlo.

—Explícate, tranquilízate. Seguro que no es tan malo como piensas —le dije, forzando una sonrisa para calmarme a mí misma tanto como a él.

Lucas levantó la cabeza, finalmente encontrando mi mirada. Había una mezcla de frustración y culpa en sus ojos que me rompió un poco por dentro.

—Tengo que ir a Barcelona. Me lo acaban de decir. La reunión que pensábamos que sería la próxima semana se ha adelantado. Me tengo que ir este miércoles.

Sentí como si alguien me hubiera lanzado un jarro de agua fría. Intenté no dejar que mi expresión lo delatara, pero estoy segura de que algo en mi rostro se quebró por un segundo. Me obligué a respirar despacio, a no dejar que el miedo se notara en mi voz.

—Bueno, no pasa nada —contesté, intentando sonar despreocupada—. Podemos organizarnos. Mia me puede ayudar, ya casi tengo todo listo.

Pero Lucas negó con la cabeza, pasándose las manos por la cara como si intentara despejarse de un mal sueño.

—Mar... volvemos el sábado. —Su voz se quebró un poco en la última palabra, y en ese momento supe que él también sufría por esto.

El silencio que se formó entre nosotros fue como un abismo. Sentí cómo algo se rompía dentro de mí. No, no, no. Él tenía que estar allí. Había estado a mi lado en cada paso del camino. Era importante para mí que estuviera allí cuando todo se hiciera realidad.

—Vale, pues no pasa nada. Cuando llegues, vienes. No hay problema —respondí, apretando los dientes para no dejar escapar la desesperación que me quemaba por dentro. Me incliné hacia él y le besé suavemente, intentando transmitirle una seguridad que yo no sentía.

Lucas me devolvió el beso, pero lo sentí distante, como si su mente ya estuviera en otro lugar.

—Mar, te prometo que llegaré a tiempo —susurró, apretando mis manos con fuerza—. Siento no poder ayudarte y acompañarte desde el principio.

—Lucas, ya lo has hecho —respondí, forzando una sonrisa—. Has estado todo el rato y cuando más te he necesitado. Así que tranquilízate, que todo irá bien. —O eso espero, pensé para mis adentros.

El timbre sonó de repente, rompiendo la tensión en el aire. Nos miramos durante un segundo antes de que Lucas se levantara para abrir. Era la comida que habíamos pedido de camino.

Nos sentamos a la mesa, pero el ambiente estaba cargado de tristeza. Lucas intentó sacar temas de conversación, haciendo comentarios sobre el trabajo y preguntando por los últimos detalles

de la exposición, pero su voz sonaba forzada, como si tratara de convencerse a sí mismo de que todo iba a estar bien. Yo asentía, masticando lentamente, sin poder apartar de mi mente la imagen de esa sala vacía, sin él allí para compartir ese momento conmigo.

Intenté tranquilizarme, pensar en positivo, pero no podía dejar de sentir que esto era otra de esas pruebas que la vida me ponía, como si mi suerte no pudiera simplemente dejarme disfrutar de un momento perfecto. Como si algo, siempre, tuviera que interponerse en el camino.

***

Esa noche, cuando llegué a casa, el peso de la conversación con Lucas todavía me aplastaba el pecho. Audrey me recibió moviendo la cola, y me agaché para acariciarla, tratando de calmarme antes de enfrentarme a Mia. Necesitaba hablar, sacar todo lo que me estaba consumiendo, aunque fuera solo para escuchar mi propia voz y convencerme de que todo estaría bien.

Dejé las llaves sobre el mueble de la entrada y me dirigí al salón, donde Mia estaba en el sofá con el móvil en la mano, seguramente chateando con Dylan. Me miró al entrar, y su sonrisa se desvaneció al instante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, frunciendo el ceño y dejando el móvil a un lado.

Me dejé caer junto a ella, soltando un suspiro pesado.

—Lucas se va a Barcelona el miércoles y no vuelve hasta el sábado por la mañana.

Mia me miró en silencio por un segundo, como si procesara la información, y luego se acercó, rodeándome con un brazo.

—¿Pero no es tu exposición el sábado? —preguntó, con la voz teñida de incredulidad.

—Sí, justo eso —murmuré, con la vista fija en el suelo, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a acumularse en mis ojos—. Tenía que estar allí, Mia. Para él también es importante… para los dos.

Mia me apretó un poco más fuerte, como si su abrazo pudiera mantenerme unida cuando sentía que me rompía por dentro.

—Tía, sabes que, si puede, estará. Ese chico está loco por ti. Seguro que encuentra la forma de llegar.

Asentí, aunque sabía que no era tan sencillo. Lucas me había prometido que haría todo lo posible, pero la realidad era que no dependía solo de él.

—Voy a llamar a Ali —dije, sacando el móvil y desbloqueándolo con manos temblorosas—. Necesito contarle esto a alguien más.

Puse el altavoz para que Mia pudiera escuchar también. El tono sonó un par de veces antes de que Ali contestara con su habitual energía.

—¡Mar! ¡Cuánto tiempo! —dijo, con ese tono que siempre parecía sonreír—. ¿Qué tal? ¿Estás nerviosa para el sábado?

Mia y yo intercambiamos una mirada, y me aclaré la garganta antes de responder.

—Ali, hay algo que necesito contarte —dije, intentando que mi voz no se quebrara—. Lucas tiene que irse a Barcelona el miércoles. No vuelve hasta el sábado por la mañana.

Ali se quedó en silencio por un segundo, y pude imaginarla frunciendo el ceño al otro lado de la línea.

—Pero… ¿no es tu exposición el sábado? —preguntó, repitiendo casi las mismas palabras que Mia había dicho minutos antes.

—Sí, justo —respondí, dejando que las primeras lágrimas rodaran por mis mejillas—. Sabía que esto podía pasar, que su trabajo es importante, pero… no sé. Es diferente. Es mi exposición. Él tenía que estar allí.

Mia me abrazó con más fuerza, y sentí su apoyo silencioso mientras Ali soltaba un suspiro al otro lado del teléfono.

—Oye, Mar, tranquila. Lo importante es que él quiere estar allí. Sabes que hará lo imposible por llegar a tiempo. Y si no, yo misma me ofrezco a recogerle del tren y llevarle directo al local. Si hace falta, le secuestro para que no se escape —bromeó, tratando de aligerar el ambiente.

No pude evitar esbozar una pequeña sonrisa entre lágrimas. Ali no sabía cómo eran las ilustraciones ni el verdadero peso emocional que llevaban, pero entendía que esto era importante para mí. Que no se trataba solo de una exposición, sino de algo mucho más grande.

Algo que representaba todo lo que había vivido y sentido en los últimos meses.

—Gracias, Ali. De verdad —susurré, cerrando los ojos con fuerza, intentando calmarme—. No sé qué haría sin vosotras.

—Ni se te ocurra preocuparte por eso ahora —dijo Mia, acariciándome el cabello—. Ya verás que todo saldrá bien. Y si necesitas que te ayudemos con los últimos detalles, solo tienes que decirlo.

—Eso, tía —añadió Ali con entusiasmo—. Y si tienes que dar algún discurso o lo que sea, me lo paso a voz alta hasta que te lo sepas de memoria. Pero nada de agobiarse, ¿vale?

Asentí, aunque sabía que ellas no podían verme. Sentía el nudo en el pecho deshacerse poco a poco, como si sus palabras fueran el bálsamo que necesitaba para no venirme abajo. Me limpié las lágrimas y me obligué a sonreír, aunque fuera solo para mí misma.

—Gracias, chicas. En serio, gracias a las dos.

Colgamos después de unos minutos más de charla ligera y, aunque el peso seguía ahí, al menos no parecía tan insoportable. Miré a Mia, que me sonreía con ese cariño fraternal que solo ella sabía darme.

—Venga, tía. Ahora toca centrarse en la expo —me dio un pequeño empujón en el hombro—. Esto es tuyo. Lo has conseguido tú sola. No dejes que nada te lo estropee.

Me limpié los restos de lágrimas y respiré hondo. Tenía razón. Esto era mío. Mi sueño. Y aunque la incertidumbre seguía ahí, decidí que no me dejaría hundir. No ahora.

Capítulo 44

Mar comenzó la semana con el corazón dividido entre la emoción y la presión. Se sentó frente a su escritorio, donde las últimas ilustraciones aguardaban sus toques finales. Las había repasado una y otra vez, perfeccionando cada línea, cada sombra, cada matiz de color. Con cada trazo, sentía cómo se acercaba a ese sueño que tanto le había costado construir, pero al mismo tiempo no podía evitar el miedo a que algo saliera mal.

Por la tarde, envió los archivos finales a la imprenta. Los nombres de los archivos, tan familiares para ella, aparecían en la pantalla uno a uno: "Miradas compartidas", "El reflejo de un recuerdo"... Cada uno cargado de simbolismo y significado, pequeñas piezas de su corazón convertidas en arte. Cuando finalmente hizo clic en "enviar", se quedó unos segundos mirando la pantalla, como si esperara que algo mágico sucediera al otro lado del cable. Respiró hondo. Era un paso más, pero todavía no el último. Necesitaba que todo saliera perfecto.

Mientras tanto, Lucas se sumergía en una semana que se había vuelto más complicada de lo previsto. Las pruebas de estrés del proyecto resultaban más exigentes de lo que había anticipado. Entre correos para validar certificados, cálculos de resistencia y reuniones con proveedores, apenas tenía tiempo para pensar en otra cosa. Pero Mar estaba siempre presente, en el fondo de su mente, como un recordatorio constante de lo que realmente importaba. Había revisado los horarios del tren mil veces, ajustado su agenda para poder estar el sábado a tiempo, pero cada nueva notificación de cambio le hacía tensar el cuello. No podía fallarle.

Durante esos días, Mar también ajustaba sus propios planes. Había tenido varias reuniones con Mia y Ali para ensayar su discurso, preparar los detalles de última hora y asegurarse de que todo estuviera en orden. Las chicas se habían convertido en su red de apoyo, sus voces de aliento en los momentos de duda. Cada vez que

hablaba con ellas, sentía que el peso en su pecho se hacía un poco más liviano.

Lucas, por su parte, aprovechaba cada hueco entre reuniones para llamarla. A veces solo podían hablar unos minutos, pero esos pequeños momentos le recordaban por qué valía la pena tanto esfuerzo. Ella le contaba cómo las luces del local parecían resaltar las ilustraciones, cómo había dado instrucciones precisas para que todo se colocara tal y como lo había imaginado. Él sonreía al otro lado del teléfono, orgulloso de ella, sabiendo que estaba a punto de cumplir uno de sus mayores sueños.

El viernes por la noche, Mar recogió las ilustraciones. Las apiló con cuidado, cada lámina protegida con un fino papel para evitar daños. Las cargó en el coche de Mia y las llevó al local, donde finalmente pudo verlas en el espacio que había imaginado tantas veces. Las luces, los ángulos, las sombras... todo parecía encajar a la perfección. Pero una parte de ella seguía sintiendo ese vacío, ese nudo en el estómago por no poder compartir esas emociones con Lucas.

El sábado por la mañana, Mar se levantó temprano. Se puso un conjunto sencillo pero elegante: dos piezas en tono azul claro y un top blanco con la palabra "Art" en letras elegantes. Mia la ayudó a peinarse, recogiendo unos mechones y ondulando el resto del pelo. Se miró al espejo y Mia la miró orgullosa.

Lucas, mientras tanto, se despertó con el corazón acelerado. Había preparado todo la noche anterior para no perder ni un segundo. Se duchó, se afeitó y se puso una camisa azul clara que sabía que a Mar le gustaría, combinada con unos pantalones beige que hacían juego con sus zapatos nuevos. Pero cuando llegó a la estación de Sants, su corazón se hundió al ver las pantallas de salida: su tren tenía un retraso de una hora.

Se pasó la mano por el pelo, nervioso, sin saber si debía llamar a Mar para avisarle. No quería ponerla más nerviosa, pero el tiempo se le escapaba entre los dedos y el miedo a no llegar a tiempo comenzaba a hacerse insoportable.

Mientras tanto, Mar se aplicaba un poco de perfume y miraba el reloj. Quedaban apenas unas horas para la apertura y, aunque

intentaba mantenerse positiva, el peso de la incertidumbre comenzaba a calar en sus pensamientos. Necesitaba que todo saliera bien. Necesitaba que Lucas estuviera allí.

Lucas volvió a mirar el reloj, con el corazón en la garganta. Tenía que llegar. Como fuera. No importaba cómo, pero no podía fallar a Mar.

Capítulo 45

Mar

Eran las doce del mediodía, y el local se sentía inmenso. Las luces estaban atenuadas, creando una atmósfera íntima que solo intensificaba mis nervios. Había un pequeño catering en la entrada, con bandejas de canapés y copas de vino dispuestas sobre mesas altas. Al fondo, un pequeño escenario con un micrófono me esperaba, junto a un cartel de la exposición con el nombre en letras grandes y una tipografía artística, pero elegante: *Cielos de acuarela*.

Respiré hondo, sintiendo cómo el corazón me latía en las sienes. No sabía nada de Lucas, y la incertidumbre me estaba desgarrando por dentro.

Intenté distraerme saludando a algunos invitados que empezaban a llegar. Mia apareció primero, del brazo de Dylan. La vi buscarme entre la gente y, en cuanto me localizó, sonrió ampliamente. Me acerqué a ellos, sintiendo que al menos tenía un pequeño refugio en ese mar de desconocidos.

—¡Estás increíble! —exclamó Mia, dándome un abrazo apretado, como si quisiera transmitirme toda su fuerza—. Todo esto es una pasada.

—Gracias —susurré, intentando no parecer tan nerviosa como me sentía. Notaba cómo las manos me temblaban ligeramente y cómo la garganta se me secaba cada vez que pensaba en el discurso.

Dylan me dio un abrazo más contenido, pero igual de cálido.

—Encantado, Mar. Esto va a ser increíble, de verdad. Tienes que estar muy orgullosa.

Asentí, intentando sonreír, aunque mi mente seguía en otro sitio. ¿Dónde estaría Lucas? ¿Estaría ya en el tren?

La gente comenzó a llegar en grupos. Mis padres entraron, sus caras se iluminaron al verme, y algunos compañeros de trabajo

también se acercaron para saludarme y desearme suerte. Ali apareció con su grupo de amigos, todos menos él. Me sonrieron, me abrazaron, me desearon suerte, pero no pude evitar sentir ese vacío.

Ali me rodeó con los brazos y me susurró al oído:

—El tren se ha retrasado, pero Lucas está intentando llegar a tiempo. No te preocupes, lo conseguirá. Conozco a ese cabezota, no se va a perder esto.

Me aparté lo justo para mirarla a los ojos, intentando encontrar algún consuelo en su expresión. Ella me dedicó una mirada firme, como si sus palabras pudieran materializarse solo con su determinación.

—Gracias —respondí, sintiendo cómo mi garganta se cerraba de nuevo. Era como si el peso del mundo se apoyara sobre mis hombros en ese momento.

Mia se acercó de nuevo, esta vez con un vaso de agua en la mano.

—Toma, bebe un poco. Respira. Vas a hacerlo genial. Y Lucas llegará. Lo sé.

—Gracias, Mia —murmuré, apretando su mano un segundo antes de devolverle el vaso. Sabía que intentaba calmarme, pero el nudo en mi estómago parecía hacerse más grande con cada segundo que pasaba.

Los minutos seguían avanzando y mis jefes se acercaron para decirme que ya no podíamos esperar más. Eran las doce y media pasadas. El momento había llegado, y no podía retrasarlo más, aunque una parte de mí quería seguir esperando. Esperando a él.

Me acerqué al micrófono. La música de fondo se apagó lentamente y las conversaciones cesaron. Sentí todas las miradas en mí, algunas llenas de expectación, otras de curiosidad, y las más cercanas, de cariño. El silencio se hizo pesado, como si todos contuvieran la respiración conmigo.

Tomé aire y comencé:

—La vida son detalles que te hacen crecer y aprender —dije, mi voz sonando un poco más firme de lo que esperaba.

Justo en ese momento, escuché un ligero murmullo cerca de la puerta. Me detuve, el corazón latiéndome en la garganta. Lucas

estaba allí, con un ramo de tulipanes en la mano, su respiración agitada y sus ojos buscándome desesperadamente. Mi corazón dio un vuelco. Me sonrojé al verle, una oleada de alivio recorriéndome el cuerpo. Y continué, sintiendo que mi voz se hacía más firme:

—Vivimos muchas experiencias, pero son esos pequeños pellizcos de ellas los que se nos quedan grabados. La incertidumbre de no saber qué va a pasar nos desvela, pero esta vez, esa inseguridad ha sido mi inspiración. Espero que cada obra os haga revivir momentos, que os transmita la felicidad que hay en cada uno de sus detalles.

Las luces se encendieron, iluminando las primeras ilustraciones, y poco a poco se fueron descubriendo todas. Hubo aplausos y exclamaciones de sorpresa.

Lucas comenzó a abrirse paso entre la gente, sin dejar de mirarme ni un segundo. Cuando llegó a mi lado, me tendió las flores y me susurró, con la voz aún entrecortada:

—Perdón por el retraso. No me lo habría perdido por nada del mundo.

Sonreí, intentando no llorar delante de todos. El nudo en mi pecho se deshizo un poco y sentí cómo la sala se llenaba de luz, como si su presencia lo cambiara todo.

—Gracias por venir —susurré, mirándolo a los ojos, perdiéndome en ese azul que tanto me tranquilizaba.

Me dedicó una de esas miradas que hacen que el mundo parezca detenerse y se apartó un poco para dejarme terminar el discurso.

—Gracias a todos por estar aquí hoy. Espero que esta exposición os haga sentir, recordar y, sobre todo, disfrutar. —Hice una pequeña pausa, tomando aire una vez más—. Ahora, os invito a recorrerla conmigo.

Lucas se quedó a mi lado, su mano rozando la mía, y juntos comenzamos a caminar hacia las primeras ilustraciones. Vi cómo sus ojos se detenían en cada detalle, cómo reconocía los pequeños guiños, los momentos escondidos entre trazos y colores. Sabía que, aunque los demás solo verían arte, él entendería cada secreto que había dejado en esos cuadros.

Cuando llegamos al final del recorrido, se giró hacia mí, sus ojos brillando de asombro y gratitud.

—Es perfecto —susurró, su voz quebrándose ligeramente.

Me mordí el labio, intentando contener la emoción que me inundaba.

—Tú eres perfecto.

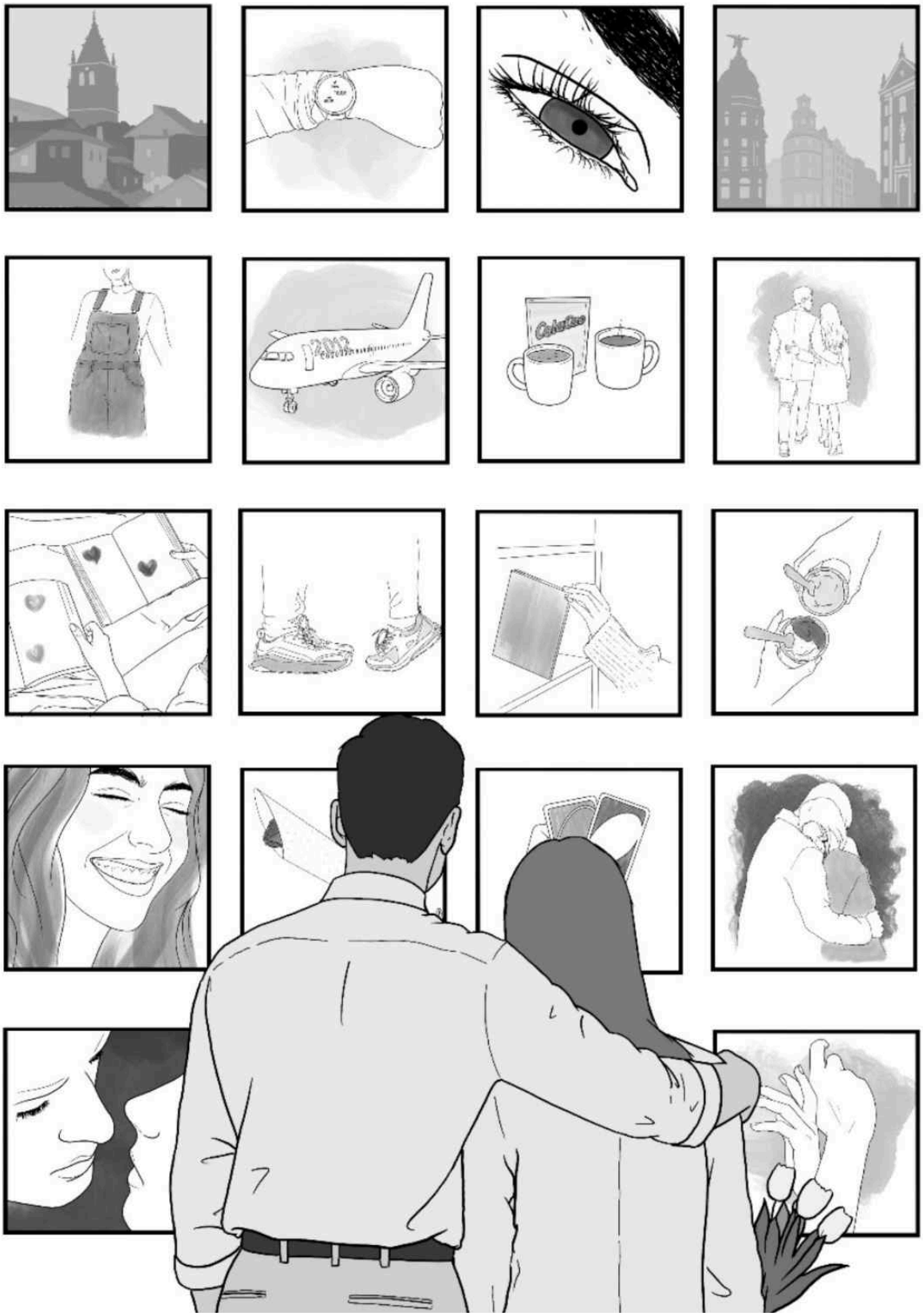
Se inclinó hacia mí, su frente tocando la mía, y en un susurro casi inaudible, dijo:

—Te quiero.

—Y yo.

Nos quedamos allí, rodeados de luces y murmullos, pero en nuestro propio mundo, donde solo existíamos él y yo, y las historias

que habíamos creado juntos.


Colutea

Epílogo

Mar

1 AÑO DESPUÉS

Nada más cruzar la puerta, el olor me llegó como una caricia familiar: salmón con arroz. Cerré detrás de mí y dejé el bolso en el suelo, junto al perchero, mientras me quitaba los zapatos con los pies. Caminé despacio por el pasillo, aún con la chaqueta puesta, guiada por el sonido del cuchillo sobre la tabla y ese aroma que llenaba la casa de hogar.

Al llegar a la cocina, lo vi de espaldas, concentrado en lo suyo. Llevaba el delantal a rayas y una camiseta blanca de manga corta que le quedaba un poco suelta. Sonreí sin hacer ruido, me acerqué por detrás y le tapé los ojos con ambas manos.

—Mmm... —dijo Lucas, deteniéndose sin asustarse—. ¿Quién será? ¿La mejor ilustradora del mundo?

Su voz tenía ese tono cómplice que me hacía sonreír sin querer. Antes de que pudiera responder, se giró y me agarró de la cintura para levantarme unos centímetros del suelo. Solté una pequeña risa, sorprendida, y lo besé en cuanto volvió a bajarme. Sus labios sabían a hogar, a casa, a todo lo que no sabía que necesitaba.

—Buenas tardes, mi chef favorito —susurré, aún cerca de su boca.

—Hola, preciosa —respondió, rozándome la nariz con la suya antes de volver a sus fogones—. ¿Qué tal la reunión?

Me apoyé en la encimera, desabrochándome la chaqueta con calma. Él seguía removiendo el arroz en la sartén mientras me escuchaba con atención.

—Ha ido genial. Victoria me ha confirmado que van a colaborar con una editorial inglesa para traducir varios títulos, y… me van a

encargar un porcentaje muy alto de las portadas. De hecho, casi todo el catálogo infantil y parte del juvenil.

Lucas dejó la cuchara apoyada sobre un plato y me miró como si acabara de darle la mejor noticia del año.

—¿En serio? Joder, Mar, eso es fantástico —se acercó para besarme en la frente con fuerza—. Estoy tan orgulloso de ti.

Le sonreí y me senté en el taburete de la cocina, cruzando las piernas.

—¿Y las exposiciones? —preguntó mientras terminaba de servir los platos.

—Carlos no estaba, pero me ha mandado un correo confirmando disponibilidad para las fechas. Así que a finales de verano nos vamos a Francia. Después tendré una en Barcelona en diciembre, que si tienes reuniones allí, podríamos cuadrarlo, y... estoy mirando opciones para el año que viene. Nueva York está entre las posibilidades.

Él dejó el plato frente a mí con una sonrisa que se le escapaba por los ojos.

—Ojalá. Sería brutal. ¿Sabes? Me encanta verte así, tan decidida. Y con lo que has conseguido... es que te lo mereces todo.

Comimos en calma, entre pequeñas risas y anécdotas del día. Me contó que su nuevo ayudante estaba funcionando mejor de lo esperado. Desde su ascenso, llevaba meses al frente de un equipo y, aunque al principio todo había sido caótico, Carla se había convertido en su apoyo fundamental para organizarlo todo. Mientras tanto, Jorge y Manu seguían en la compañía, aunque en departamentos distintos, y a veces se cruzaban en la cafetería para ponerse al día a gritos como si siguieran compartiendo oficina.

—Ah, me ha llamado Ali —dije mientras recogíamos la mesa.

Lucas alzó la vista de los cubiertos con curiosidad.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Dice que estaba ayudando a Carla y Laura con la mudanza, pero que llegará a tiempo esta noche.

—Perfecto —asintió, colocando los platos en el lavavajillas con gesto satisfecho—. Todo en orden, entonces.

Después de comer, nos tiramos en el sofá. Lucas se estiró como un gato y yo apoyé la cabeza en su pecho, escuchando el latido tranquilo que se mezclaba con su respiración pausada. Cerré los ojos, y por un momento, el mundo se desdibujó. Estaba a punto de dormirme cuando el móvil vibró en la mesilla.

—Hola, guapa —respondí, sin abrir del todo los ojos—. ¿Qué pasa?

—¡Hola! ¿Cuándo vais a venir? —preguntó Mia, con la voz llena de prisa.

Me incorporé del sofá con cuidado para no molestar a Lucas y me fui hacia la habitación.

—Ali estaba con la mudanza de las chicas. En cuanto termine, vendrá y saldremos. Supongo que llegaremos por la noche.

—Genial. Así Lucas descansa y Dylan preparará la cena para no pensar en la competición.

—¿Está nervioso?

—Qué va. El que debería estarlo es él, pero la que va por la casa como un alma en pena soy yo. Si se lesiona, le mato. ¡Y más cuando lo hace por disfrutar y no por ganar!

Solté una risa mientras me sentaba en el borde de la cama.

—Tranquila, Mia. Va a salir genial. Y más con todas sus grupis animando en la grada.

—Tía... ¿no te parece raro? —dijo de repente, con una voz más suave.

—¿El qué?

—Todo. Que no vivamos juntas. Que tengamos esta vida ahora. Que nuestros novios cocinen mejor que nosotras…

Apoyé la espalda en la pared, con el móvil pegado a la oreja y una sonrisa tranquila.

—Eh, listilla, que además yo cocino muy bien… —respiré hondo—. Yo también te echo de menos, ¿vale? Pero no me empieces con la melancolía, que nos vemos casi cada semana.

—Ya... pero con eso de que eres tan buena en tu curro… y que no me vas a llevar a Francia…

Fruncí el ceño y me enderecé.

—¿Pero, cómo sabes tú…?

Me giré hacia el salón con expresión de sospecha.

—¡LUCAS!

Desde el sofá, él alzó las manos sin dejar de reír.

—Solo dije que lo estábamos valorando… en el grupo. Muy brevemente.

—Vas a dormir en el sofá en Francia, por listo —dije entre dientes, mientras escuchaba a Mia reír al otro lado de la línea.

Tras unos minutos más de charla, cortamos la llamada y dejé el móvil sobre la mesilla. Volví al salón, y al ver a Lucas con los ojos cerrados y los brazos cruzados detrás de la cabeza, me acerqué en silencio, me incliné sobre él y dejé un beso suave en su cuello.

—Mar... no sigas... que nos tenemos que ir —murmuró sin abrir los ojos, pero con la sonrisa ya instalada.

—Ali todavía tiene que llegar. Le queda un buen rato —susurré, rozándole la mandíbula con los labios.

—No cambias... —respondió antes de levantarme en volandas por sorpresa.

Solté un grito entre risas mientras me aferraba a su cuello. Nos fuimos hacia la habitación como dos adolescentes que no aprendían a estarse quietos. No sé si descansaremos mucho antes de la competición de Dylan, pero eso... será problema de la Mar ilustradora del futuro.

Ahora mismo solo quiero esto. Su risa. Su boca. Su forma de mirarme como si el tiempo no existiera.

Agradecimientos

Este proyecto me ha hecho muchísima ilusión. Escribir una historia que me emocionara, que me hiciera sonreír y con la que pudiera compartir una parte de mí ha sido todo un regalo. *Cielos de acuarela* no es solo una novela, también es un pedacito de lo que soy: letras, colores y ese toque artístico con el que he intentado crear algo bonito y verdadero.

Gracias a Noelia (@imaginacion_escritura) por responder todas mis dudas y ayudarme a que este sea un trabajo bien hecho.

Gracias a mi madre, que, siendo amante del thriller, nunca se pierde ninguno de mis romances —y mi primera novela no iba a ser menos —.

A mi padre, por soportar mis bombardeos de preguntas y por su ayuda constante.

A mi chico, por animarme desde el primer momento, incluso cuando yo misma no sabía si todo esto tendría sentido.

Y a mis amigos, que han estado en cada etapa del proceso, escuchándome, aconsejándome y acompañándome sin condiciones.

En especial, gracias a Ari (@arianafranc), a Alba albitaentrelibros), a mis Madrileñas Readers (@booksjourney, artabookaholic, @meryliterature, @noe.books y @pxtbooks), y a todas mis chicas de Bookstagram. Sin vosotras, esta historia no habría sido lo mismo. Me habéis dado fuerza, confianza y la sensación de que no caminaba sola.

De verdad: gracias, por tanto.

A Mar y Lucas, por enseñarme que a veces solo hace falta dar un paso, incluso cuando da miedo. Por recordarme que los pequeños gestos también construyen cosas grandes.

Y a ti, que estás leyendo esto ahora, gracias por darle vida a *Cielos de acuarela*.

Ojalá esta historia te haya abrazado un poquito.

Nos vemos en la siguiente.